

AMOR  
a la tinta

FUNDACIÓN UNIVERSITARIA LUIS AMIGÓ  
FONDO EDITORIAL



CONCURSOS DE ESCRITURA FUNLAM 2010:  
CARTAS DE AMOR, CUENTO Y ENSAYO

**Fundación Universitaria Luis Amigó**

**AMOR A LA TINTA**  
**CONCURSOS DE ESCRITURA FUNLAM 2010:**  
**CARTAS DE AMOR, CUENTO Y ENSAYO**

Medellín - Colombia, 2011

# AMOR A LA TINTA CONCURSOS DE ESCRITURA FUNLAM 2010: CARTAS DE AMOR, CUENTO Y ENSAYO

©Fundación Universitaria Luis Amigó  
Transversal 51A N°. 67-90. Medellín, Antioquia, Colombia  
Tel: (574) 448 76 66 (Ext. 9711. Departamento de Fondo Editorial)  
www.funlam.edu.co - fondoeditorial@funlam.edu.co

ISBN IMPRESO: 978-958-8399-38-6  
ISBN DIGITAL: 978-958-8943-11-4

Fecha de edición impresa: 30 de marzo de 2011  
Fecha de edición digital: 11 de octubre de 2016

Diseño y diagramación: Carlos Hernando Zapata Sepúlveda

Correctora de estilo: Lina María Ruiz Guzmán

Editorial: Fundación Universitaria Luis Amigó

Hecho en Medellín-Colombia / Made in Medellín - Colombia

Financiación realizada por La Federación de Universidades Católicas y por la Fundación Universitaria Luis Amigó.

Los autores son responsables del contenido de este libro. Por lo tanto, no comprometen ni el pensamiento ni la integridad de la Fundación Universitaria Luis Amigó.

Se permite la reproducción parcial del contenido para efectos académicos y/o de investigación, siempre y cuando no se utilice con fines comerciales, se cite al autor y se den los créditos a la Funlam como institución editora. Prohibida la reproducción total, por cualquier medio o con cualquier propósito, sin autorización escrita de la Fundación Universitaria Luis Amigó.



El libro *Amor a la tinta*, publicado por la Fundación Universitaria Luis Amigó, se distribuye bajo una Licencia Creative Commons Atribución-NoComercial-SinDerivar 4.0 Internacional.

Permisos que vayan más allá de lo cubierto por esta licencia pueden encontrarse en <http://www.funlam.edu.co/modules/fondoeditorial/>

# CONTENIDO

PRESENTACIÓN ..... 7

## PRIMERA PARTE

### SELECCIÓN DE TEXTOS PARTICIPANTES EN EL CONCURSO DE CARTAS DE AMOR FUNLAM 2010

#### CARTA GANADORA

Carta para el señor profesor

*Bertrille Blandón* ..... 11

#### PRIMERA MENCIÓN

Espero que esta vez dispongas del tiempo para leer mi  
cartica

*Luisa Fernanda Suárez Monsalve* ..... 13

#### SEGUNDA MENCIÓN

Sin título

*María Camila Bermúdez Echavarría* ..... 15

#### TERCERA MENCIÓN

Carta a un amor imposible

*Juan Mauricio Giraldo Olarte* ..... 19

## SELECCIÓN DE OTRAS CARTAS PARTICIPANTES

### Querido F

*Viviana Restrepo Osorio* ..... 22

### Carta desde la guerra

*Laura Pardo Restrepo* ..... 25

### Vivirás aún más allá del tiempo

*María del Carmen Gómez Aldana* ..... 28

### Corazón de madre

*Camila Cartagena López* ..... 31

### Lady Steffanny

*Oscar Darío Bohórquez Marín* ..... 33

### Con tinta de olvido... Carta de un adiós

*Raúl Alberto Ruiz Madrigal* ..... 36

### Deja que te cante y que te adore

*Andrés San Juan Fajardo* ..... 39

### Presencia ausente

*Elkin Horacio Quirós Lizarazo* ..... 41

### ¡Qué finca tan rica!

*Luis Fernando Vallejo Gómez* ..... 44

### Al amor de mi vida: mi alma máter

*Elías Alexander Vallejo Montoya* ..... 48

## SEGUNDA PARTE

## SELECCIÓN DE TEXTOS PARTICIPANTES EN EL CONCURSO DE CUENTO FUNLAM 2010

### CUENTO GANADOR

#### Entre lienzos y olvido (la voz tras el espejo)

*Natalia Castrillón Pérez* ..... 55

<b>PRIMERA MENCIÓN</b>	
<b>Amores de trapo</b>	
<i>Marta Cecilia Álvarez Marchena</i> .....	64
<b>SEGUNDA MENCIÓN</b>	
<b>El primer y último viaje por los sueños</b>	
<i>Mónica María Cardona Zapata</i> .....	68
<b>SELECCIÓN DE OTROS CUENTOS PARTICIPANTES</b>	
<b>Elucubraciones</b>	
<i>Juan Camilo Galeano Orozco</i> .....	77
<b>Extirpe</b>	
<i>Hugo de Jesús Tamayo Gómez</i> .....	82
<b>De la soledad y la octava plaga</b>	
<i>Fredy Orlando Arango Martínez</i> .....	87
<b>TERCERA PARTE</b>	
<b>SELECCIÓN DE TEXTOS PARTICIPANTES EN EL CONCURSO DE ENSAYO FUNLAM 2010</b>	
<b>ENSAYO GANADOR</b>	
<b>¿Doscientos años de qué? Por una liberación del pensamiento colonial</b>	
<i>Norman Darío Moreno Carmona</i> .....	93
<b>PRIMERA MENCIÓN</b>	
<b>Después de 200 años de Independencia, ¿es ésta la Colombia que soñaron nuestros padres?</b>	
<i>Juan Mauricio Giraldo Olarte</i> .....	100
<b>CUARTA PARTE</b>	
<b>SELECCIÓN DE CUENTOS DEL TALLER DE ESCRITURA CREATIVA FUNLAM 2010</b>	
<b>La premonición</b>	
<i>Jorge Mario Gaviria Hincapié</i> .....	109

<b>Izinyanga</b>	
<i>Juan Mauricio Giraldo Olarte</i> .....	113
<b>Buscando a Alis</b>	
<i>Lorena Daniels Ávila</i> .....	115
<b>Café</b>	
<i>Anderson Arenas Piedrahita</i> .....	120
<b>Éxodo</b>	
<i>Martha Cecilia Álvarez Marchena</i> .....	122
<b>Viaje a casa (una historia en tres tiempos)</b>	
<i>Javier Esteban Suárez Zapata</i> .....	124
<b>Familia Tirada</b>	
<i>John Jaime Barrios Orozco</i> .....	128
<b>Claustrofobia</b>	
<i>Hernán Arias Moreno</i> .....	131
<b>Historia tonta con argolla</b>	
<i>Fabio Nelson Osorno</i> .....	134
<b>La ventana</b>	
<i>Felipe Sánchez Hincapié</i> .....	137
<b>Miguel</b>	
<i>Bertrille Blandón</i> .....	141
<b>Stora souvenir</b>	
<i>Vanessa Cardona Henao</i> .....	146
<b>Recordando a Lucho</b>	
<i>María Leticia Vélez Pérez</i> .....	148

# PRESENTACIÓN

Este libro es el resultado de la evaluación y selección de los trabajos presentados a los Concursos de Cuento, Ensayo y Cartas de Amor de la Fundación Universitaria Luis Amigó en el año 2010; pero también de una posterior y minuciosa corrección en la que los autores intervinieron, pues la labor de la escritura es también minucia y paciencia.

Así mismo, se presentan los trabajos del Taller de Escritura Creativa como una manera de estimular y agradecer a quienes, viernes a viernes, han venido presentando sus textos, sometiéndolos a la mirada de los demás para luego revisarlos, re-escribirlos y en algunos casos desecharlos; tarea difícil, pero muy productiva.

Todo esfuerzo por promover la escritura creativa jamás será en vano. Poco a poco, quienes envían sus textos a un concurso, quienes participan de un taller de escritura, podrán darse cuenta de que la buena intención no es suficiente, de que para escribir hay que saber hacerlo y que sin la lectura es muy difícil lograrlo. Que escribir una obra lleva tiempo, paciencia, ganas y humildad al mismo tiempo. Estas actividades, pues, serán siempre bienvenidas, a la vez que abren esos espacios de reflexión y de comunicación tan necesarios en los tiempos que corren.

En la bella sencillez de algunas de las cartas, en la lucha por encontrar la palabra precisa para explicar con claridad las ideas y argumentarlas, que es la ingente tarea del ensayista, y en el esfuerzo por contar una historia que interese al lector, que ponga en cuestión un mundo o que cree otro, está el sentido de estos concursos. Muchos de estos trabajos son textos logrados; otros, que no lo son tanto, tienen honestidad, frescura, inteligencia y originalidad, lo que les da valor y los convierte también en un valioso testimonio de lo que sueñan, piensan, esperan, temen y viven sus autores.

Sea ésta la oportunidad de agradecer a quienes abren estos espacios para que muchos estudiantes y profesores logren la aspiración no sólo de escribir, sino de ver su texto publicado en un libro luego de haber pasado por la creación y la dificultad. Una dificultad, que como lo escribió tan hermosamente Estanislao Zuleta, construye una sociedad más íntegra, en “la que sea realizable y necesario trabajar arduamente para hacer efectivas nuestras posibilidades”.

Agradezco nuevamente a la Funlam el darme la posibilidad de intervenir en este libro y de poder trabajar con los talleristas cada viernes en la mañana. El espacio de taller -en el que el mundo de afuera parece detenerse, en el que la discusión inteligente y la lectura de grandes autores siempre son momentos deliciosos, con la compañía de jóvenes que tienen verdadera pasión por la Literatura- es recompensa suficiente y motivación para el trabajo y para la vida. Para ellos, mi más grande gratitud y el deseo de que la escritura y la lectura les sean puertas propicias, inspiración y felicidad.

**Claudia Ivonne Giraldo Gómez**  
Directora del Taller de Escritura Creativa FUNLAM (2008-2010)

**PRIMERA PARTE**

**SELECCIÓN DE TEXTOS PARTICIPANTES  
EN EL CONCURSO DE CARTAS DE AMOR  
FUNLAM 2010**



## CARTA GANADORA

### Carta para el señor profesor

*Bertrille Blandón*

Medellín, febrero 16 de 1999

Señor profesor:

Hola amigo y compañero de clase. No puedo contener la alegría que siento cuando lo veo pasar por el zaguán del colegio, o cuando entra al salón de clase. Habla y habla de un tema que no entiendo, aunque sí me sé de memoria sus pasos, su risa o su enojo.

Usted sabe que lo miro distinto y que lo quiero.

Algunos que descubren lo que siento, dicen que soy muy joven para el amor y que usted no podría amarme. ¿Acaso no soy una mujer? ¿Acaso no le gusto?

Son dos preguntas que me hago a diario, pues no quiero que me vea como una chiquilla jugando al amor, pues yo lo puedo amar más de lo que se imagina.

Yo sé que le gusto, lo siento cuando sube las escaleras y me mira junto a las gradas. Parece un adolescente jugando a las miradas. Este sentimiento que nos invade, me da la fuerza para acercarme más y que juguemos desde el gusto incontrolado de nuestros cuerpos y calmemos la sed.

Señor profesor, no piense que es indiscreto lo que le digo, sólo le ayudo a descubrir sus sentimientos y a que sepa por completo los míos. Deseo besarlo y estar junto a usted toda una tarde, comer helado, tomar café o salir al parque, como hacen los enamorados.

Eso sí, tenga claro que no quiero ser su amante o el amor escondido del que únicamente nuestros mejores amigos puedan saber. Sólo quiero ser una mujer, una mujer para usted, una cómplice de sus tropiezos o de sus bienaventuranzas, una mujer por fuera de este uniforme de colegiala, una dama, su dama, su señora, su susurro, su suspiro, su aliento, su todo.

Por último, si desea este universo de energías profundas, no dude en llamarme, no dude en buscarme que estoy dispuesta para usted. Si no quiere nada más que olvidarse de mí, sepa que aun así yo no me iré de usted.

Gracias por leerme.

Quien lo quiere,

Alumna Dolores. 7º Grado.

*Bertrille Blandón Zapata*

Nací en Medellín. Soy actriz de teatro desde hace catorce años. Actualmente trabajo como artista en la Corporación Artística La Polilla; soy directora del grupo de Teatro Bakará y del Semillero Infantil. Estudio Filosofía en la Funlam.

## PRIMERA MENCIÓN

### Espero que esta vez dispongas del tiempo para leer mi cartica

*Luisa Fernanda Suárez Monsalve*

Sé que sospecha que no lo conozco lo suficiente, pero aunque sea incierto para usted, conozco más al amado mío que la ruta que recorre el Circular Sur que tomo todas las mañanas para ir a la U.

Sé bien que lo invade el mal genio cuando des-configuran su día; no ignoro que desayuna a las cinco, para estar en la ducha a las cinco y cinco. Tengo claro que llega al trabajo quince minutos antes que Felipe, el portero. Sé que después del trabajo debe estar en cama a las siete en punto. Sólo entonces piensa en llamarme, pero no lo hace, porque se debe dormir a las siete y media. Sé también que los fines de semana debe hacer informes, y que los festivos está excesivamente cansado como para salir de casa. Realmente comprendo al amado mío.

Recuerdo aún aquellos tiempos cuando comenzábamos a cultivar la confianza. Usted me pedía que nos comportáramos como una pareja común; que respiráramos juntos, riéramos juntos, nos estremeciéramos juntos, lloráramos juntos; ¿sabe?,

todo esto se ha cumplido excepto por el “juntos”. Yo he llorado, he respirado y me he estremecido y usted, supongo que ha reído, pero yo no lo he sabido. Amor mío, hoy recojo estas palabras no para un reproche, creo ser obvia al demostrarle que me complace recriminar menos y producir más, sino que hoy escribo para proponerle al amor mío viajar juntos por uno de sus días.

Ese día faltaré yo a mis clases y lo acompañaré en su rutina. Lo invito a la aventura de descubrir lo que para los demás es simplemente cotidiano. Que nos miremos tiernamente mientras caminamos por la acera; que juntemos nuestras manos para cruzar la calle; que peleemos en la estación del Metro; que nos odiamos en la cafetería principal de su lugar de trabajo; que nos reconciliemos después de leer el informe que usted debe entregar a su jefe; que nos besemos rápidamente mientras el ascensor llega el primer al piso; que preparemos grandes risas para los chascos que no faltan; que cuando las luces de la ciudad se enciendan separemos nuestras fatigadas manos y lleguemos a nuestras casas.

Sé que esa noche tampoco me llamará y pensará que me ha dedicado tiempo suficiente. Pero yo sólo quisiera que en el momento en el que usted toque la almohada, el teléfono de mi mesa de noche suene y usted al menos me diga: “Tengo que dormir, son las 7:30”.

*Luisa Fernanda Suárez Monsalve*

La psicología es mi pasión, adoro la vida, me encanta pensar en las huellas positivas que puedo dejar para el mundo, adoro escribir poesía, estar con mi familia, contar cuentos y escuchar trova.

## SEGUNDA MENCIÓN

### Sin título

*María Camila Bermúdez Echavarría*

Medellín, abril 6 de 2010

**M**irándote. Estamos frente a frente y ni te das cuenta de que estoy ahí. Contemplo tu hermosura mientras mi cuerpo se eriza con sólo un movimiento tuyo; estoy ahí, con ganas de decirte todo lo que siento, pero tengo tanto miedo que he decidido escribírtelo.

De un tiempo para acá he sentido algo extraño cada vez que te veo, cada vez que te escucho, cada vez que, mientras me hablas, tocas por un segundo mi brazo para confirmar que estoy a tu lado. Hace mucho tiempo que yo no sentía lo que era que un hombre se sentara a hablar conmigo sin el único interés de mi cuerpo o mi apariencia; la última vez que sentí eso tenía quince años y fue mientras hablaba con mi padre.

Tu desinterés por esas cosas y tu manera de ver la vida me comenzaron a conquistar sin darme cuenta; la delicadeza al

tratar a una mujer, cuando bailas y temes pisarme, pero a la vez pones toda tu confianza en mí, mientras te dejas guiar.

¿Sabes cuántas veces me he preguntado si realmente me conoces, si te das cuenta de que soy yo la que siempre te observa mientras te sientas por horas en el parque a escuchar la naturaleza? ¿Si realmente sabes que soy yo la que siempre se sienta a tu lado en el salón...?

Son muchas las preguntas que tengo, pero aquel día, mientras me hablabas, cerré mis ojos y de tu boca salían hermosas melodías; fue como si la mejor sinfonía de Mozart me embargara toda, y fue entonces cuando sentí que tus palabras eran sinceras.

Todo fue cambiando en mi vida al saber que éramos un buen complemento; y que aunque saliera de casa sin peinarme, te concentrarías siempre en la suavidad de mi piel, de mi olor o simplemente en mi voz. Cada vez me conmovías más.

Sé que te he enseñado a identificar cosas, que te he leído por horas mientras imaginas en tu mundo lo que te leo; pero aprender de ti ha sido mucho mejor, pues yo no sabía que, con sólo cerrar los ojos y concentrarme, podría detectar objetos a más de tres metros de distancia, ya que según tu teoría es posible ver con los oídos.

Sé que no me puedes ver con tus ojos, pero me enseñaste que con tu olfato, tus manos, tus oídos, me ves completamente y me conoces mejor que cualquier persona que día tras día sólo ve mi físico. Yo sí puedo verte y puedo decirte que tienes los ojos negros más hermosos del mundo y que tus labios fueron hechos a la perfección, pero tu olor, tu voz, tu forma de pensar y tu corazón son mil veces más hermosos que ellos.

Me he enamorado de un ciego que ve más que cualquier persona; el hombre perfecto, mi hombre perfecto. Todas

las noches, cuando sale la luna, me gustaría que pudieras contemplarla conmigo y pienso en regalarte mis ojos para que la veas, te la describo y te la imaginas tal como es. Eres tan perfecto que me doy cuenta de que no necesitas de tus ojos para saber de qué te estoy hablando.

Te estoy mirando y no sé por qué todavía no me detectas. Mi corazón late cada vez más rápido, mis manos quieren tocarte, mi voz quiere salir con mucha fuerza para contarte lo que siento. Estoy aquí, con temor de que no me aceptes en tu vida para siempre. Intento hablar pero mis nervios cada vez son mayores, intento pararme y salir corriendo pero mis piernas no responden.

Sólo decido mirarte y contemplar tu belleza. Las personas me miran, unas se ríen, otras preguntan si estoy loca al enamorarme de un ciego, y otras simplemente nos ignoran.

Una ligera sonrisa sale de tus labios y me doy cuenta de que sabes que estoy ahí, como una tonta mirándote; me hablas para decirme: “¿Por qué no te arriesgas a darme lo que escribes?”. Entonces es cuando salgo corriendo, como una niña, lo sé.

Escribo esta carta para que nunca puedas leerla. Me enamoré de un ciego que ve más allá de lo aparente y por eso decido que esta carta nunca sea entregada, que se quede guardada en mi corazón y en mi voz, en mis caricias, en mis suspiros y mis miradas, para que, así no puedas verla, detectes todo lo que aquí está escrito.

Para el hombre perfecto, con todo mi amor.

*María Camila Bermúdez Echavarría*

Nací en 1989 en la ciudad de Medellín. Estudié en el colegio San Juan Bosco de Belén, donde empecé a interesarme por la escritura

y a inclinarme por la Comunicación Social. Me gusta escribir. Siento que con la escritura se pueden mostrar todos los pensamientos, sentimientos y sueños, además de poder experimentar fantasías que nunca podrían ser vividas, pues mientras se escribe se puede uno trasladar en cuestión de segundos al lugar y al momento que está imaginando.

## TERCERA MENCIÓN

### Carta a un amor imposible

*Juan Mauricio Giraldo Olarte*

Querida locura de amor:

Estaba escampando un poco después de una fuerte tempestad. Sentía los árboles agitarse por la potente fuerza del vendaval. Una y otra vez arreciaba la tormenta y los truenos eran el grito de una noche turbada y dolorosa. La noche en que me he sentido más solo había llegado y dolía estar sin ti.

Siempre nos recomiendan no llenarnos de ilusiones cuando apenas conocemos a alguien. Sin embargo, yo me llené de todas, de todas las ilusiones. Pero que me amaras, tal vez, era un absurdo. La pasión me dominaba de repente, no como esa fuerza sublime de carácter fogoso, pero sí como una ilusión cursi, un sencillo deseo: un poco de tu atención.

Tal vez te exigí mucho y ni siquiera nos conocíamos. Por lo menos tú sabías de mi existencia por la red. Yo sí te veía, te conocía y tal vez hasta te perseguía con una ridícula esperanza. Y al contemplar tu rostro, me enloquecía sólo una cosa: no

tenerte, quedarme sin ti, quedarme sin tu amor... Me enloquecía no poder disfrutar incluso de tu desdén, de tus miradas, tal vez de tu preocupación. Estaba loco de un amor que seguía siendo etéreo y que hervía entre lo sagrado y lo profano.

La ternura que brota de un amor como el que siempre he sentido por ti no ha desfallecido con el transcurrir del tiempo. Hubiera querido que todo pasara contigo, pero no fue así, no sucedió tal propósito, o diré: tal despropósito.

Los cielos se confabularon para que un amor así no pudiera ser; y alimentar con expectativas tal sueño fue como establecer que era posible la nada. Pero aun así, esperando contra toda esperanza, yo me deshacía cada vez que pasaba cerca de ti, cuando me respondías en la red o al escucharte en una simple llamada telefónica.

Yo me desesperaba en fútiles esperanzas de que algún día tú me miraras, me miraras por fin a la cara y me dijeras que lo imposible era real. Tal vez pretendo mucho, pero esta soledad, ¡ay, Dios!, no se la deseo a nadie.

Sólo quisiera que supieras que he decidido terminar con esta mortal pretensión. No podría decir que terminaré con mi vida, pues ya el destino ha acabado con ella. Pero es hora, en este momento en que el silencio me toma, de terminar con un amor lacerante y, en cierta medida, dañino. Estaba sumido en el masoquismo de no poder vivir sin ti, pero no entendía por qué. Con la esperanza de estar a tu lado me destruía, estaba acabándome esta pena enajenante de una meta nunca realizada.

He decidido incorporarme a mí mismo, amarrar las pasiones que me genera tu sola existencia y comprobar, por una vez, que estando contigo pero sin ti me declaro un cadáver. Y, en un último grito, le pido a las constelaciones que se apague todo lucero, que los lirios se lancen por un precipicio, que la lluvia

## AMOR A LA TINTA

ascienda desde la tierra, que los pájaros se arrastren por las playas y los peces caminen sobre el agua, que los sauces hablen y el canario enmudezca, que los fríos se congelen mientras las marmotas duermen en primavera; que los gansos se rebelen y se queden en el invierno. Finalmente, que la vida dé su último respiro mientras la muerte empieza su decadencia burlona. Mi último grito es que me entierren vivo, porque vivir es puro desconsuelo; o que me borren la memoria para no recordarte; o que me devuelvan el tiempo para volver a ser un niño y evitar por un tiempo más el haberte conocido.

Pero ya sea borrado o enterrado o crucificado, he muerto por amarte, y por amor ya no vivo más.

Tuyo, tu olvidado y desdichado,

Filadelphos

*Juan Mauricio Giraldo Olarte*

Nació en la ciudad de Medellín en 1986. Estudia Comunicación Social en la Funlam, donde cursa quinto semestre. Realizó estudios en Filosofía y Educación Religiosa con la Comunidad Sodalicio de Vida Cristiana en Lima, Perú. Se retiró de la Comunidad para continuar una vida encausada a la reflexión independiente y a la construcción de una nueva identidad. Asiste al Taller de Creación Literaria con Claudia Ivonne Giraldo y a los círculos de poesía de la Revista Prometeo.

## SELECCIÓN DE OTRAS CARTAS PARTICIPANTES

### Querido F

*Viviana Restrepo Osorio*

**T**e habla el eco, la otra voz...

En medio del éxtasis y la iluminación de los astros, te escribo. Ahora intuyo más de mí, de ti, de por qué nos acercamos y por qué en ese momento.

Soy una mujer de fuego, pero mi ser reposa en el agua. La escritura es en mi vida, salvación, desde niña... Miro mis raíces, las amo y las odio al mismo tiempo; re-conocerlas, reconciliarme con Padre y Madre. Construyo nuevas formas de valorar: estoy haciendo mi propio hogar.

He vivido ya otras vidas, otros rostros, y mi alma se encontrará en otra tierra, o en otro mar. No en vano —te he contado mi historia en infinitas noches de placer y orgasmo— a

mí han llegado seres de otros lugares, tal vez ángeles y espíritus divinos a acompañarme. Soy una mujer sanadora: vientre. Los hombres que me han amado, los hombres que he amado, llegan en su destrucción, en su crisis y en mí se recuperan, hallan aquí el elixir y la seguridad para el vuelo... Tú fuiste y serás uno de esos bellos ángeles, un ser hermoso, como de otra órbita, que me cuidó y amó.

Te escribo lo que brotó de mi mano hace poco y que no había querido enviarte, me asustaba el imaginar tu mirada sobre mis letras. Si sólo la sombra de tus ojos fuera un oráculo en medio del mar, las bocas de la tierra no me hubieran tragado...

No remes en mis aguas. No salgas en busca de otras tierras desde esta orilla, no tendrías cómo sujetarte. No tengo un puerto seguro. Los cuerpos que se acercan a mi isla mudan de piel y parten a buscar un nuevo rostro. Un día, un ser que estaba sediento había venido del desierto y encontró aquí un manantial para su necesidad, se marchó cuando su vasija estuvo rebosante. Otro, que practicaba la magia, halló en mí un nuevo truco y salió a mostrárselo al mundo. Hubo un tercero, su arte era contar historias, amaba el vino, la sensualidad y los viajes, vivió aquí lo que dura un eclipse, luego partió a la selva. Han pasado los años y ninguno de esos espíritus ha regresado, sin embargo tres líneas se dibujan en el horizonte cada que quiero irme.

Sí, yo también deseo irme...

La mejor forma de viajar es sentir, por eso me gusta Pessoa: el viaje interior; y también Rimbaud, el viaje exterior y el exilio: "Exiliado aquí, tuve un escenario para representar las obras maestras de todas las literaturas".

Por eso nos encontramos, porque tú debías reafirmar la decisión del viaje en mí y yo empezaba a darle forma al mío.

Sé que nuestras almas se encontrarán, no sé donde, pero tú y yo estamos hechos de la misma materia... De palabras y caminos.

Ah, y otro asunto doloroso y que bien sabes que por estos días me atormenta: la academia... Algo que debo trabajar en mi interior. Tal vez aquí, en esta ciudad, mi espíritu no desee la realización y por eso la he dilatado tanto, tal vez no estoy a gusto aquí y no quiero acomodarme en un medio que me parece un tanto insoportable; por eso soñé un lugar con sabor a oriente y tierra amarilla en un momento, y luego con olor a selva y a tierra húmeda, en otro. El poeta canta al ser y al no ser, en el verso todo es válido, no es una paradoja desear dos tierras distintas, soy yo, es la máscara griega, es la representación de géminis, es el yin-yang, es lo blanco y lo negro, es el eclipse, es animal y dios, es el agua y el vino...

Necesitaba escribir estas líneas, decir todo aunque no puedas leerlo pronto, aunque no esté al alcance de tu mano.

Es mi voz la que está aquí y ahí quiero afirmarme.

.... ....

Mi amor, este amor que yo por ti siento... Estas palabras que me salen de la boca y te nombran...

Tuya: A

(Para Felipe Restrepo D, en su viaje)

*Viviana Restrepo Osorio*

Nació en Medellín en 1985. Promotora de lectura, ha trabajado en el sector cultural de la ciudad y con la Corporación de Arte y Poesía Prometeo. Poemas suyos han sido publicados en las revistas: *Punto Seguido*, *Prometeo* (Memorias del XVI Festival Internacional de Poesía de Medellín) y *Asfódelo*.

# Carta desde la guerra

*Laura Pardo Restrepo*

Leningrado, Rusia, 22 de junio de 1941

Querida Rose Linee:

He visto al enemigo a los ojos y se me hace tan familiar su miedo, su soledad. Me recuerda a mí y me pregunto entonces, ¿por qué es mi enemigo? ¿Acaso hemos perdido la guerra y yo soy el enemigo? La línea que nos separa a él y a mí es ahora muy difusa, difusa como tú, que estás en medio de ella y desvaneciéndote con ella. Eres tan fría y tan irracional. Tu frialdad la denunciaría un maestro de la crueldad y se compadecería de mí un desdichado sin amor.

El miedo a la muerte que hace tiempo me acompañaba ha muerto y en cambio ha aparecido la señora soledad. Una dama del cinismo que me recuerda que escribir esta carta es un acto sin fundamento. Se burla de mi persistencia y yo, como lazarillo obediente, bajo mi cabeza cual condenado resignado a su pena. Pero soy terco. Y sé que mi carta no es más que una súplica para que, en lo que resta de mi condena, me acompañe tu desvanecido recuerdo. Así que, sin más, lo intentaré una última vez.

Aquí vamos de nuevo. Sentado en la barricada, poseído por el dolor y el cansancio, he recurrido a la calidez de este blancuzco papel, que con inmutable atención calla para escuchar lo que tengo para decirte. Será esta la última vez que mis palabras

lleguen a tu jardín, promesa de soldado melancólico; para tu tranquilidad obligaré a morir a mis ganas de amarte.

Mis días están muertos desde aquella tarde de la que sólo recuerdo tu rostro lleno de dudas y juicios; tarde gris en la que mi barco partía para una guerra de la que hace parte el mundo entero. Pero hoy mis días ya no pueden con el peso de tu ausencia y como aquel que con dolor despide las olas del muelle, como quien observa morir al astro mayor en los dominios de Poseidón, como quien contempla el camino de tus lágrimas para saber dónde secar tus mejillas, mi tristeza se alarga hasta tu regazo para decirte que no abandones a este espíritu cansado. El dolor se prolonga lentamente cuando tus ojos inciertos deciden no contemplar nunca más mis súplicas y quedarte así, eterna en el instante.

Tu frialdad. Tu dulzura contagiosa.

Al abismo de tu espalda y a las cumbres de tus senos los veo como un horizonte que se aleja sin compasión con el martillar de las arenas del tiempo. Como aquel que espera su hora y a la señora oscura que la anuncia a las puertas de Cerbero, mi condena se hace inevitable al saber que tus ojos jamás contemplarán mi exhalación. Ante el esplendor de la silueta de tu cuerpo a contraluz, mis sueños se convierten en pesadillas premonitorias del desastroso final que tus tramposos besos prepararon para mí.

Tu olor. Tu tacto. Mi condena... mi condena.

Me dejas. Te has ido. He muerto.

Pero mi carcelero me ha concedido un último deseo, y en mi ansiedad, sin pensarlo, decido optar por el idílico recurso de la imaginación. He construido una cama de poemas donde se me antoja dibujar a capricho tu sombra. Contener el deseo y no hacer nada, no querer nada. Sólo hacerte deseo y observar

al engañoso amor. Dejar que su aliento te caliente la piel y escurra tus ganas, que fuerce tu cuello, arquee tu espalda y recoja tus manos.

Que esperes por mí. Que esperes. Que grites por mí. Que llores por mí. Para yo esperarte, callarte y consolarte. Para que entierre junto a tus miedos tu soledad. Para que yo de nuevo pueda construir mi razón junto a la locura, esa locura que se aferra a tu rostro y que se desvanece en la distancia.

Pero mi sueño ha terminado y mi realidad está próxima a concluir. Mi partida será triste y el fusil que empuño no será responsable, más bien las sogas que izan estas banderas rojas conseguirán que el camino borre tus pasos, que la locura enloquezca y la música se oiga en el frío infierno, que mis brazos te rodeen y sea tuyo cuando cierre los ojos y encuentre tu llegada. En ese instante, el color de mis mejillas se desvanecerá y mi epitafio dirá: TE AMO.

*Laura Pardo Restrepo*

Nací en Popayán el 13 de julio de 1989. Crecí en muchas partes del país, pero siempre con un común denominador, el arte y sobre todo la música, que es el alma de mi vida y la madre de todas las artes. Estudio Publicidad en la Funlam. Estudio lo que me gusta, por eso lo disfruto todos los días y aspiro a ser la mejor en lo que hago. Escribir es una gran catarsis y un pasatiempo que jamás pienso abandonar.

## Vivirás aun más allá del tiempo

*María del Carmen Gómez Aldana*

Vives aún en mi recuerdo; quizás esta carta sea oportuna, quizás no, pero a veces el tiempo no debe alimentar al silencio, no debe callar el sentir; no todo cae en el olvido. ¿Por qué no decirlo?

Te fuiste y en años no hubo un segundo sin ti, un respiro de ti; no puedo dejar de amarte, de ti no conozco olvido, sólo memoria, memoria que tu ausencia alimenta.

Anhelaba en silencio verte, escucharte y encontrarme de nuevo frente a ti, frente a tus ojos, tus deseables labios. ¿Cómo poder olvidarte y evitar extrañarte? Cuando todo pasó fue imposible alejarme, mi ausente más presente. Mi alma en silencio vibra por ti.

Desde hace un tiempo todo fue nuevo, aun sin ti, ¿sabes? Él habitó tu espacio donde tu ausencia nació; intenté amarlo cada día, vivirlo, besarlo y atarme a su alma, mil besos robarle. Pero no pasó nada: todo pasa y todo queda en ti.

Ella también clamó por tus besos, ella de nuevo llenó tus brazos, reconstruyó tus sueños, aró en ti y cosechó la vida. ¿Cómo pudiste llegar a amarla tanto, más allá de nosotros? La admiro por saber amarte, por saber tenerte, por contemplarte, por enseñarte a olvidar. Vencedora implacable, sentenció mi derrota. ¿Cómo lograste olvidarme y ver en sus ojos el cielo? Y yo, ¿cómo logro hacerlo? Es irónica la vida, pude naufragar en tu alma, pero no fui valiente.

Él aún sigue aquí, nunca habitó en tu espacio, vive en un poco de mí y aunque parece ser suficiente, me duele saber que tu espacio en mí no puede tener otro dueño; y aunque él alimenta mi vida, es vida que perpetúa tu recuerdo. Más allá de ti, dueño de mi derrota, no he podido amarle como él se merece. Angustiosa e irónica verdad.

He clamado al silencio para que él me ayude a olvidarte, que de amarme borre mi pasado hasta que olvide tus ojos, cálida miel. A ti no quiero verte en sus ojos, anhelo verle en los suyos, color tierra negra, fértil y fresca.

Hoy, después de tantos años de hablarte en silencio, escuchas mi voz de nuevo; me aquieto y tiemblo al darme cuenta de que el amor de aquellos tiempos es amor congelado, no muerto, es amor conservado, no frío, cálido e incierto, aún tan vivo como lo siento. No me sorprendes, ¿sabes? Sigues tan vivo como aquellos días; no podré dejar de amarte, ni de suspirar por ti, ni de anhelar verte.

Tu palabra hoy fue ese arco iris de promesas vivido un día; su luz radiante derribó el espacio, el tiempo, oxigenó mi vida. Después de tantos días de amanecer y ocaso, no sabes cuántas veces me ahogué de melancolía y cuánto más me tomó entender que debía marcharme, que encontraste otros ojos, otros labios y otra piel. Lo dijeron tus labios.

Cierro mis ojos, cierra los tuyos y permíteme por el ritual de un momento encontrarte de nuevo; guarda silencio, déjame besar tus ojos, regalarte mil suspiros de todos los infinitos que tengo dentro. No podré tener tu piel pero sí tu mirada; no seré tu dueña, pero habito tu alma. Tal vez pueda enorgullecerme de permanecer en tu recuerdo. Quizás en la otra vida no me acobarde tanto amarte, quizás en la otra vida pueda besarte con pasión, vivirte, contemplarte y germinar en ti la vida; quizás mis labios logren tus labios y seas más que un intento, que seas real en mi tiempo y yo real en tu tiempo.

Cierro mis ojos y aún veo tu mirada, cierro mis ojos y aún siento tu perfume que llega y se va fugazmente; hago un pacto con tu silencio, mi presente mas ausente: déjame ser en mi ausencia tu más hermoso recuerdo, déjame que viva en el tiempo como tu amada anhelada, sombra que a tu soledad rodea y desborda. Te veré en la otra vida donde no será imposible encontrarte en lo profundo de tu mirada. Por ti mi alma guardará calma, inmortal anhelo, amor de mi vida, mi alma gemela... siempre serás borrasca.

*María del Carmen Gómez Aldana*

Soy bogotana. Psicóloga especialista en Intervenciones Sico-sociales. Trabajo con la Alta Consejería para la Reintegración Social en la Ciudad de Medellín. Considero que tanto el arte gráfico como la escritura son medios para expresar el sentir del ser humano y plasmar vivencias o posturas frente a las diferentes situaciones de la vida. La escritura es un medio para expresarme frente a la situación de nuestro país, sobre el amor y el desamor, sobre creer y no creer, sobre los ideales, las lealtades y las traiciones.

# Corazón de madre

*Camila Cartagena López*

Mamá:

Sé que éste no es el mejor momento para escribirte, pero la vida, aunque sea a los golpes, me ha enseñado el valor de tener a una persona que se preocupe por mi bienestar de manera desinteresada.

Hoy, casi que en la puerta de esta sala de cirugía, recuerdo cuán desagradable me resultaba tu presencia en mi habitación, tu insistencia sobre el aseo del hogar. ¿Cuántas peleas nos hubiésemos ahorrado si al recibir tus órdenes, en lugar de agarrar un balón e irme para la calle, hubiera agarrado una escoba durante cortos diez minutos? Estoy seguro de que habrías dejado de derramar muchas lágrimas.

Y lo peor es que cuando miro tu rostro en mi mente, únicamente lo recuerdo bañado en llanto. Tal vez, por mi manera soberbia de actuar, merezco todo lo que me está ocurriendo.

Sé que he sido molesto, vanidoso y, peor aún, un hijo con pocas esperanzas para ti, aunque espiando tus conversaciones he podido escuchar que cuando tus amigas te preguntan por mí respondes con orgullo que soy un gran hijo. Me da pena saber que en realidad piensas algo muy diferente, nunca aprendí la lección, nunca presté una mínima atención a tus palabras de madre bondadosa.

Dios ha querido que mi camino fuese así, me hizo un corazón débil y pequeño que no supe llenar con cosas realmente

importantes, mientras que a ti te hizo uno gigante, capaz de aguantar todos mis desplantes, mis llegadas tarde, mi poca colaboración en el hogar, y, peor aún, mi falta de detalles para la mujer que se desvive por este hijo malcriado y desobediente. De haber sido el hijo que soñaste, estoy seguro de que habrías dejado de derramar muchas lágrimas.

El laberinto que tengo por recorrer lo construí solo, por eso te pido que me dejes recorrerlo por mi cuenta; hoy no sé si te volveré a ver luego de que salga de este cuarto de batas blancas, inyecciones y gente extraña, pero te prometo que si salgo de ésta te recompensaré todas y cada una de las noches en que no dormiste pensando en cómo recompondrías mi camino; nunca más tendrás que rogarme por una caricia, beso o abrazo, y si no logro sobrevivir quiero que sepas que fuiste la mejor madre del mundo, que pocas personas cumplen con una tarea con tanto esmero y dedicación, a pesar de que era yo el que no quería aprender nada de ti.

Te amo infinitamente.

Perdóname, mamá.

*Camila Cartagena López*

Nací el 28 de diciembre de 1991. Soy estudiante de cuarto semestre de Comunicación Social de la Funlam. Una de mis pasiones es el periodismo; por ello, me preparo para ser una excelente profesional, reconocida en el medio. Soy una chica muy alegre, me gusta la música y el buen humor. Amo realmente a mi familia y todo lo que hago es por ella. Vivo con mis cuatro hermanas, mi sobrino y mis padres. Soy una persona que disfruta de todos los momentos.

# Lady Steffanny

*Oscar Darío Bohórquez Marín*

Medellín, mayo 18 de 2009

El dos de agosto de 1992 a las 12:20 p.m. te conocí. En ese momento sentí que Dios me había hecho un regalo muy grande, que Dios me había premiado, pues fueron muchas cosas lindas las que experimenté. Sentí que era capaz de contribuir en la obra creadora de Dios, sentí que era algo muy importante en mi vida, pero también un poco de temor al pensar que un hijo es algo maravilloso, pero de mucho compromiso; en definitiva, sentí una alegría que invadía mi ser... mi alma.

Fuiste creciendo y cada centímetro de tu estatura era para mí una oportunidad... oportunidad para hacer cambios importantes en mi proyecto de vida, cambios que significaban crecer, ya no sólo para mí, sino también crecer para ti.

Cada día que pasaba surgía algo muy lindo entre tú y yo; cada día tú te enamorabas más de mí y yo vivía por ti, mi corazón se llenaba de ti, se llenaba del amor de mi hija. Tú en aquel entonces me amabas como solamente una lunita llena de vida podría amar.

Han pasado ya 16 años desde aquel momento; desde entonces tú has iluminado mi vida con tu presencia, con tu aire, con tu amor... ¡Eso no te lo había dicho!... ¿O sí? En fin, lo que sí he tenido muy claro, Lady, es que te amo con toda mi alma y que eres mi niña adorada y nunca dejarás de serlo.

Hoy estás terminado tus estudios de secundaria, eso es todo un sueño para ti y para mí, pero te confieso que siento nostalgia, porque cuando un hijo se gradúa de bachiller es porque ha crecido, y cuando los hijos crecen pareciera como si con ese crecimiento se fueran muchas alegrías, muchas inocencias, muchas ingenuidades y muchas ternuras; sin embargo, los hijos deben crecer y volar. Sólo te pido una cosa, hijita: déjame que te acompañe en ese vuelo, déjame ser nuevamente tu guía, déjame que te muestre cuáles corrientes de viento son peligrosas y cuáles te llevan hacia arriba, en definitiva, déjame en tu corazón, déjame en tu vida.

Tienes una mamá que ha dado la vida por ti, una mamá que ha priorizado tu vida por encima de la suya; tienes una mamá que desde el momento en que tú naciste no ha hecho cosa distinta que amarte con todas las fuerzas. Valórala como al tesoro máspreciado que Dios te ha regalado. A veces, con pequeñas conductas, se subvalora a una madre y uno no se imagina el daño que le hace.

Hay otras dos personas muy importantes en tu vida... tus dos hermanitos. Ellos están creciendo y se encuentran en etapas ya vividas por ti; ellos están aprendiendo de la vida y formando los valores que tú ya posees; necesitan de una hermana que sea un referente positivo y a quién amar con alegría, no sólo porque eres la hermana mayor, sino porque reciben de ti un gran amor y ejemplo que los motiva y les enseña el valor de la fraternidad... Aún puedes hacerlo.

Por último, te invito a volver a Dios, Él es el único camino, Él es la verdad.

Te ama con el alma, tu padre

## AMOR A LA TINTA

*Oscar Darío Bohórquez Marín*

Nació hace 37 años. Licenciado en Pedagogía Reeducativa. Especialista en Docencia Investigativa Universitaria de la Funlam. Estudiante de décimo semestre de Psicología de esta misma universidad. Magíster en Drogodependencias de la Universidad de Deusto (España). Tiene diferentes publicaciones en medios académicos y es conferencista experto en su área de trabajo. En 2008 obtuvo el Reconocimiento Nacional: Egresado Destacado 2008, otorgado por la Funlam, entre otros reconocimientos y distinciones.

## Con tinta de olvido...

### Carta de un adiós

*Raúl Alberto Ruiz Madrigal*

Todos estos años lo abaté sin tu presencia, lo amarré, lo engañé y lo sentencí al olvido. También creo que lo golpeé sin darme cuenta y, después de veinte años, sigue enojado conmigo, porque de cada uno de sus pedazos hice mil trozos más. Mi corazón no me quiere perdonar, no cree más que volverás, ya palpita indiferente. A veces pienso que no es mío o que tal vez se cansó de esperarte y espera su último latido.

Le repito que no te quiero, que ya te olvidé, que eres pasado, pero él me grita ¡mentiroso!, dice que aún sigues en mí, que aún te amo, que aún me dueles y escribiendo esta carta me doy cuenta de que dice la verdad: siempre serás el amor de mi vida, o mejor dicho, la vida en mi amor. Hoy, después de tantos años, sigues en mí, al lado de mi corazón.

Te amo tanto, que aún conservo la sensación de cuando abrazaba tu espalda; del olor de tu cabello. Recuerdo tus ojos color miel, adormilados, cuando me despertabas con una taza de café en las mañanas... y tu sonrisa, ésa que enloquecía mi boca, mi cuerpo y mi alma. ¿Sabes?, aún conservo la bufanda que me regalaste el primer día que dormimos juntos; guarda un poco de tu aroma a pesar de estar tejida de tristezas y estropeada por el tiempo; ha perdido la sensación de calor y en eso sí se parece a mí, pues después de ti, no sentí nunca más el calor de nadie.

Por las grietas de mis manos se me fue la vida, se me fue la esperanza, se me fue tu presencia, ésa que llegó un día y

aceleró mi corazón. En este momento se me inundan los ojos, pero por más que quiero ahogarte en lágrimas, no puedo.

No me importa ya lo que pase conmigo, ya no me importa mi mundo, es más, ni siquiera estoy seguro de que importe el mundo... pues tú no estás. Te confieso algo: una vez comí una mariposa para tratar de sentir ese vacío en el estómago cuando se pronuncia un ¡Te quiero!, pero fue en vano; los besos y los abrazos ya no son bienvenidos en mi vida, pues tu recuerdo los repele y lo único que hacen es aporrear más mi herida.

Exaltado empuño mis manos, me dueles, siento espinas entre mis dedos, es angustia, tal vez desesperación, pero no remordimiento, es frustración, pero, al fin y al cabo, es amor.

No te guardo rencor, porque cuando se ama como yo te amo a ti sólo se siente dolor en medio de la soledad; esa tempestad que tú desataste para los dos, pues al irte, te llevaste la posibilidad de un amor verdadero, de unos buenos días y del beso en la mañana, de un “te extraño” en la tarde y de un “te amo” en la noche.

Mis amigos me preguntan si sé dónde estás, si me escribes o si me llamaste alguna vez. Les miento y les digo que sí, que de vez en cuando, que te pierdes por años y que luego apareces. La verdad es que no sé dónde estás, pero tú sabes bien dónde estoy yo. Ésta será otra carta que guardaré en el buró, con la esperanza de que algún día las puedas leer y recuerdes el sabor de mi amor, y te cuenten que nunca te olvidé, que igual que todos los viernes en la tarde, te busqué en el café de la esquina, como lo hacía cuando nos encontrábamos al salir del trabajo. Imagino que quizá seguimos ahí, pero que nadie nos puede ver porque nadie comprende nuestro amor. ¿Sabes?, a lo mejor soy yo quien se quedó solo en ese lugar.

Hoy quiero verte, ya no me quedan fuerzas para escribir una carta más, tengo angustia de perderme para siempre en el

silencio sin antes saber de ti, sin antes recibir un último abrazo y decirte que te amo, que te amo con el alma y que si existe otra vida, el cielo u otro plano espiritual, espero encontrarte para abrazarte y no dejarte nunca más.

Estas lágrimas son las más dolorosas, pues están llenas de miedo de perderte para siempre, deirme sin ti, de marcharme sin lo que siempre he esperado: reconciliarme con él, con mi corazón; lo último que recuerdo que me dijo fue: “Sólo te falta arrojarme sobre sal”. Sí, pues estoy sin ti, que eres como una lluvia de abril, como el sol de mi alma, como la vereda que me guarece de la oscuridad y me mantiene en calma.

Quisiera que me abrazaras porque no sabes cuánto te extraño, observo la puerta y lo único que se me ocurre es verte entrar por ella y que te quedes cerca de mí para siempre. Pasan las horas, escasamente puedo hilar estas últimas letras y cada vez mi cuerpo se vuelve más liviano, cierro los ojos y siento que te puedo tocar y no sabes lo feliz que me hace que estés a mi lado. Quiero que me abrases, no quiero que digas nada, las palabras entre nosotros nunca fueron necesarias, sólo me queda decirte: “Gracias por esperarme”. Te cuento que esta última lágrima no me sabe a soledad, siento un profundo sosiego; amor, ya nos podemos marchar.

*Raúl Alberto Ruiz Madrigal*

Nací en Amalfí (Antioquia). Soy abogado de profesión. “Escribir es desatar una tormenta en un puño inconsciente, que sólo busca resguardar las letras en los corazones de los lectores y que al final sea en ellos, donde escampe el amor, la ternura, el odio y la melancolía de sus palabras”.

## Deja que te cante y que te adore

*Andrés San Juan Fajardo*

Niña de sol que tienes los labios en floración de mil quimeras; risas de juventud y sabios aromas de canción y primavera. “Hoy entre amor y amores naufragados, que guarda el corazón, a ti he venido para dormir mi mar a tus costados”.

Te adivinaba en la canción lejana de mis sueños naufragados; te presentía en las venas atormentadas de infinito, de azul y de cristales.

Bogaste siempre, sin adivinarlo, por encima del mástil de mi vida que apuntaba al cielo, en un deseo de penetrarlo y de petrificarse luego en una estrella que siguiera siempre los luceros purísimos de tus ojos.

Cuando te conocí, te supe gemela de mi corazón porque tenías sabor de eternidad.

Me estremeció la desnudez de tu cuello que arropabas gallardamente con tu cabello suelto en aleteos breves de garzas negras. Tus hombros, todos llenos de azuleas, y tus labios suaves como púrpura de cerezas en un horizonte de estrellas.

Irrumpiste en surcos profundos en mi sangre como sombra gigante de tu mar desde tus venas, que como ríos plenos de espumas, van blancos de azucenas y tibios de soles.

Hoy, que subo soñando a las riberas de tus ojos, me siento azul flotando por encima de la noche, cerca al cielo.

Y te he de esperar, hasta que las cumbres nevadas se hayan bebido todos los cielos; los ríos hayan vertido todos los horizontes; los pájaros hayan empujado todos los vientos; y las gemas hayan fundido todas las flores y sean como una cascada de palomas. Ha de ser algún día, y has de tenerme floreciendo, como una emoción de rosas reventadas entre tus brazos de mujer y cielo, esperando.

*Andrés San Juan Fajardo*

Nació en Medellín en 1987. Su gusto por la poesía surgió gracias a la influencia de sus abuelos, quienes, cuando él era niño, le leían sus poemas; poemas que más tarde se convertirían en inspiración para su escritura. Según este estudiante de Comunicación Social de la Funlam, “Deja que te cante y que te adore” surgió de un momento de ausencia e incertidumbre, cuando el protagonista principal fue el amor de alguien que se fue y hasta hoy no ha regresado.

# Presencia ausente

*Elkin Horacio Quirós Lizarazo*

Apreciada compañera:

Compartimos luchas y caminos hace ya algunos años. No pasaba nada con nosotros en ese momento. En ese entonces nuestros pasos tomaron distintas direcciones; cada quien hizo su vida, según sus compromisos, sus tiempos y sus territorios. Cada quien en su vida, en su ambiente. Compañeros, simplemente.

Hace poco, algo de esas luchas hizo que volviéramos a encontrarnos, como si ambos mundos quisieran conversar. No faltaron los mutuos halagos y la admiración compartida por la forma como cada uno vive y actúa, por lo que cada uno hace en su espacio. Estamos convencidos de lo que queremos y nos esforzamos por ello, tenemos fe. Somos buenos en lo que hacemos. Tenemos identidad en nuestras causas. Aun así, somos dos extraños que por avatares de la vida se han re-unido y apenas empiezan a re-conocerse.

Ha pasado un buen rato desde entonces, hoy no sé mucho de vos, pero me fascina el mundo que te inspira, lo que he podido conocer en las fugaces efemérides que nos reúnen. Tu diosa guardiana seduce con su canto y atrae a mi invencible ángel guía, que se vuelve vulnerable –vencible– ante su presencia. Estoy expuesto a tu magia, que a la vez deseo y temo con picardía...

Pero eres totalmente etérea para mí. Estás un momento y al siguiente ya no. Apenas si logramos conversar, apenas si logramos

vernos. Todo el tiempo estas de huida. Como un escualo, en perpetuo movimiento hasta el próximo ataque. Te desvaneces como humo, te deslizas como sombra en los corredores de mi cotidianidad...

Sin embargo, en la fugacidad de nuestros instantes compartidos, logras conmovirme con tus ideas, con tus sueños. Me atropellas de vida con tus proyectos, tus aspiraciones y tus deseos, que comparten seductoras semejanzas y enfrentan sus interesantes diferencias con los míos. Y me fascina todo ese movimiento.

Eres una presencia ausente, eres como un espejismo. Y sin embargo, qué me pasa, te pienso, con esta admiración que quiere convertirse en afecto. Eso me tiene bastante desconcertado conmigo mismo, preocupado, alegre y tenso. Tu cálida presencia se ha convertido en un maravilloso incentivo para intentar cada vez nuevos encuentros.

La idea de poder acercarme un poco más me tienta, me atrae, me desestabiliza. Desafías al cazador que mora en mí. Pero eres implacable, evades las emboscadas que diseño para atraparte. Hueles las trampas, esquivas los perros que te suelto. Pero no huyes, ni te escondes, solo desapareces temporalmente para aparecer luego de nuevo y mantener abierto el juego. ¿Qué clase de perverso depredador eres? ¿Soy el cazador o soy el cebo?

En este estupendo estado de deriva me encuentro. Tal vez tu presencia sea volátil; quizás inflamable, tóxica o radioactiva. Será por eso que se me antoja tan irresistible buscarte.

Soy consciente de que eres un maravilloso riesgo para mi tranquilidad..

... ¡Y a mí que me encanta descuidarme!

## AMOR A LA TINTA

*Elkin Horacio Quirós Lizarazo*

Docente de la Facultad de Ciencias Administrativas, Económicas y Contables de la Funlam. En el campo artístico ha sido integrante del colectivo Cantautor@s Colombia, y participa en proyectos musicales en el ámbito del Metal.

# ¡Qué finca tan rica!

*Luis Fernando Vallejo Gómez*

Medellín, 6 de abril de 2010

Señor  
Enrique Serrano  
Escritor colombiano  
Medellín

Respetado señor Serrano:

He leído con detenimiento la conferencia dictada el 1 de abril de 2003, “Medellín, un conjunto de fincas con un poco de cultura occidental”, publicada en la Revista Memoria del Instituto Tecnológico Metropolitano (ITM), número 10 del año 2003, en las páginas 5 a la 31, donde hace alusión a las características de nuestra querida ciudad Medellín; ciudad, por cierto, de la que usted no es oriundo. En ella, dice usted que nuestra ciudad la conforman “un conjunto de fincas pequeñas”, que no hemos dejado de ser una pequeña población, en relación con la urbe capitalina.

Déjeme decirle entonces que aunque respeto, como lo hago, su trayectoria y sus premios literarios, entre los que se encuentra el Juan Rulfo de cuento en 1996, disiento de su concepto, muy personal por cierto, de nuestra bella ciudad, sentimiento que seguramente tienen todos aquellos que conozca o lean el texto de su conferencia.

Debo aclararle que mi amor por Medellín, aunque supera todas las barreras, no es ciego, como para no apreciar que existen ciudades con más desarrollo, con mejores perspectivas de vida y con innumerables condiciones que las hacen más grandes, más complejas, más industriales. Pero debe saber que no en vano la nuestra hace gala de sus apelativos: “La tacita de plata” o “La ciudad de la eterna primavera”. Es el amor que embriaga nuestros corazones y todo nuestro ser por esta maravillosa ciudad lo que permite que otros, lejanos a este terruño, también terminen enamorados de Medellín.

Pero, además, debe saber que para hablar de Medellín es necesario hablar de Antioquia, porque la construyó su historia; es también importante hablar de Colombia, porque su desarrollo está influenciado por el aporte de la primera; y es indispensable hablar del mundo, porque él la conoce por su templanza, su tesón, su persistencia, su lucha y su incidencia en el desarrollo social, la ciencia, el arte, la cultura, la literatura, la economía y la política.

Medellín, ciudad de antioqueños, amantes de su tierra, respetuosos de su familia y responsables de su trabajo; ciudad de colombianos que aprenden de los amores antioqueños, como pudieron dar fe José María Ricaurte (1820), Mariano Ospina Pérez (1836-37, 1846-47, 1854-55), Tomás Cipriano de Mosquera (1862) y Jorge Isaacs (1880), entre otros, que sin ser de este terruño, gobernaron los destinos antioqueños y amaron sus tierras.

Para hablar de Medellín, se debe haber vivido en ella, se debe haber soñado, sufrido y anhelado con los medellinenses. No es suficiente con las lecturas infinitas que existen sobre ella en Medellín, Antioquia, Colombia y el mundo; no basta con lo aprendido en la academia, es importante saber del por qué: “Eavemaría hombre”, “Virgen santísima” o “Pa’ mi Dios Bendito”.

Quien conoce a Medellín, sabe que aunque es una ciudad de amantes de su tierra y sus costumbres, también lo es de amantes del progreso, de expertos en darla a conocer al mundo, para que vengan a ella y la gocen. Disfruten de su gente, su arte, su cultura, su Feria de las Flores, su Encuentro Internacional de Poesía, sus ferias internacionales de moda y textiles, sus alumbrados navideños, exportables a toda Colombia y al exterior, sus desfiles de mitos y leyendas, apreciados por nacionales y extranjeros.

Para hablar de Medellín, se debe saber que es una ciudad de desarrollistas que exportan sus ideas a Colombia y al mundo: EPM con su reconocimiento mundial; ISA, con su aporte a la problemática energética nacional e internacional; la Federación Nacional de Cafeteros, con toda una vida de soluciones a las dificultades agropecuarias en Colombia y un aporte significativo a la economía internacional; el aeropuerto José María Córdoba, con su efectiva integración de Medellín y Antioquia con Colombia y el mundo; el Metro, el Túnel, la administración pública de la ciudad.

Para hablar de Medellín y Antioquia, se debe saber de sus gentes. De aquellos que han dado grandeza a nuestra tierra, grandeza fuera de nuestras tierras: Tomás Carrasquilla, el maestro Pedro Nel Gómez, Luz Castro de Gutiérrez, María Cano, Diego Echavarría Misas, el maestro Rodrigo Arenas Betancur, el maestro Ramón Vásquez, el maestro Fernando Botero y Débora Arango, como para mencionar sólo unos pocos.

Para hablar de Medellín y Antioquia, se debe saber que en ellas nacieron algunas de las empresas insignias de nuestro país, los bancos más sólidos, los periódicos con mayor reconocimiento, grandes personajes de la política y la universidad con mayor renombre latinoamericano por su aporte a la investigación.

Para hablar de Medellín, es necesario saber que fue a ella donde llegaron los primeros bancos internacionales: el

International Banking Corporation (1897); el Banco Alemán Antioqueño (1902), o el Commercial Bank of Spanish América (1916); al igual que fue a ella donde llegaron los primeros clubes del extranjero: The Medellín British Tennis Club (1907), y The Sporting Football Club (1912).

Para hablar de Medellín, es necesario amar la ciudad de donde se es oriundo, aunque no sea Medellín, pero claro que es necesario haber vivido en Medellín. Medellín es la ciudad de los medellinenses, de los antioqueños, de todos los colombianos y por supuesto del mundo entero.

Medellín enamora y atrapa a quien se nutre de su esencia, y quien conoce y se enamora de ella corre el riesgo de quedarse.

Quien conoce a Medellín y ha estado en ella, sabe que Medellín es una finca muy rica.

Respetuosamente,

Deogracias Vallejo

*Luis Fernando Vallejo Gómez*

Nació en Montebello (Antioquia). Administrador de Recursos Humanos del Ceipa. Formador de Formadores del SENA. Estudiante de último semestre de Derecho en la Funlam. Casado, con dos hijos, amante de la lectura y la escritura.

# Al amor de mi vida: mi alma máter

*Elías Alexander Vallejo Montoya*

Cuando era niño, siempre pasaba por el frente de tu residencia y me emocionaba cuando ingresaba gente adulta; unos con cara de intelectuales y algunos otros de ciudadanos del común, pero siempre tus puertas estaban abarrotadas de gente. Una estatua blanca los saludaba; ésta era la referencia diaria que me decía sin entenderlo que mi destino estaría a tu lado. Pero ¿cómo entenderlo si a diario el bus de la ruta 250 de Robledo me llevaba hasta el Pascual Bravo y apenas estaba terminando mi secundaria? ¿Cómo imaginarlo, si cuando se es joven no se piensa mucho en el futuro, ni siquiera en lo que se es o se desea ser cuando se llegue a la adultez?

Con el tiempo logré entrar tras esas puertas, en las que en las mañanas siempre veía a tantas personas distintas. Ingresé en tu cuerpo y tú sólo tenías quince años de vida; tan joven y tan bella, aunque tu cara no mostraba esa juventud, pues estabas en un cuerpo que no era el tuyo. Ese cuerpo prestado me recibió con amor, cariño y mucha ternura. Lo recorrí todo, no quedó ni un solo espacio de ese maravilloso territorio sin descubrir, para comprender la razón de tu existencia.

Con el tiempo se abrió una puerta en tu interior, se extendieron tus brazos mostrándome tu entusiasmo, ése con el que me anunciabas que seguías viva. Lo celebramos con amor y regocijo porque nos contaste que estabas más altiva y vigente que nunca. Un nuevo hijo te nacía, ése que bautizaste como el bloque cinco; con él nos diste otro espacio y con él, el viejo árbol de aguacate, aquel que fue mi cómplice en todos los

momentos de descanso y ocio. Mis compañeros y yo lo teníamos como nuestro lugar propio, nuestro punto de encuentro para siempre.

Tú, tan coqueta y modesta al mismo tiempo, demostrando siempre tu espíritu juvenil, no te quedabas contenta con los logros, querías aún más conquistas. Fue entonces cuando iniciaste la gran hazaña: la construcción de tu gran obra, el deseo de tener un cuerpo propio y nuevo que se acomodara a tu juventud y a tus sueños de conquista. Ese cuerpo rejuvenecido te dio un aire de grandeza y altura, que sin lugar a dudas te puso de igual a igual con todas las demás que, como tú, buscan estar siempre vigentes en la ciudad.

Tu nombre empezó a conocerse con más fuerza; tus hijos comenzaron a destacarse en los diferentes espacios sociales y académicos, empresariales, políticos, deportivos y culturales. El apellido amigoniano tuvo, pues, mucho más sentido gracias a la dedicación de los frailes terciarios capuchinos que, con esfuerzo y visión, construyeron un sueño.

Tres han sido tus padres, quienes han dejado en tu cuerpo el sello de la esperanza para el futuro de la patria, de su porvenir, de su educación. El primero, el mayor, era el emprendedor, el visionario, el que encontró la oportunidad perfecta para abrir tus ojos y dejar que te acogieran todos aquellos que deseaban practicar la pedagogía de la reeducación. Comenzó con el sueño de darte vida, de llevarte con lentitud hasta que pudieras caminar sola, para luego entregarte a tu segundo padre, el incansable obrero de la educación y de la obra amigoniana. Con tino y rodeado del más compacto equipo de trabajo, bailó contigo el vals de las quince primaveras, mostrando un camino joven pero transitado, por donde el paso a la excelencia pudiese ser mejor. Él descubrió que la Administración de Empresas, con énfasis en Economía Solidaria, era entonces, como hoy, un complemento perfecto para seguir aportando a la propuesta educativa y social. Enfocó su trabajo hacia el reconocimiento

internacional, ganando así prestigio. Tan altos fueron tus pasos, que te llegó el premio Reina Sofía de España, nunca antes otorgado a una universidad en Colombia.

Continuando con tus logros llegó tu tercer padre, el más joven de todos pero el que te quiere inmortalizar, el que te quiere posicionar en las más altas cumbres, el que en su pensamiento tiene la claridad de la prestación del servicio de la educación con los más altos estándares de calidad. Él es el encargado de llevarte en tus veinticinco años de edad a la posición más privilegiada que universidad alguna pueda tener. Los caminos de la excelencia y la calidad empiezas a andar de su mano, para hoy revivir la esperanza de tu patrono el obispo español, el mismo don Luis Amigó, quien veía en la juventud y en la educación el faro que iluminaría al mundo.

Éste, nuestro más querido Obispo, entendió en su transcurrir que la juventud siempre tendría en sus manos la posibilidad de transformar a la sociedad; y eso es más claro hoy, cuando de nuevo te erigiste como la más bella, cuando estrenas un tapete de pasarela para que la juventud colombiana encuentre en tus aulas de clase la oportunidad precisa para confrontar la realidad y construir el futuro, como lo dijo uno de tus más ilustres visitantes, el presidente de la república de Colombia, quién exalto tu labor social, educativa y académica, y asombrado con tu edad y con tus logros, presagió muchos más en el futuro cercano.

Por eso, por todo lo que eres, por todo lo que serás, por todo lo que me has dado, por lo que has hecho de mí, y de muchos más, es que cada día que pasa me enamoro más de ti, de tus espacios, de esas ventanas abiertas al conocimiento por donde la academia permite mostrar que, aun en las condiciones en las que el mundo se debate, pueden existir opciones de desarrollo, de transformación social, política y económica, para combatir el hambre, el desempleo, la violencia y la tristeza humana.

Es hermoso ver cuánta juventud corre hoy por tus venas, ansiosa de conocimientos en búsqueda de respuestas a sus interrogantes, con ganas de aportarle a una nación en crecimiento, con esperanzas de seguir adelante en la solución de sus problemáticas sociales, económicas, políticas, y así posicionarse en el contexto internacional.

Hoy debo darte las gracias, ya que me has permitido conocer gente maravillosa con quienes he logrado construir relaciones de hermandad y fraternidad, y me has permitido rejuvenecerme al lado de los jóvenes del país; agradecerte porque en tus espacios he reído y llorado, y en un partido de fútbol-sala he disfrutado la vida; agradecerte porque he visto a los jóvenes amarse; porque quienes te habitan jamás te violentan y porque entre tus aulas se respira el verdadero significado de la palabra solidaridad, y eso sí que se refleja en las oficinas gracias a las servidoras que te emulan con la más bella y transparente sonrisa, siempre atentas a prestar ayuda y servicio.

Te escribo, mi alma máter, porque cada día le agradezco a Dios tu existencia, porque quién más si no Él fue quien me trajo a ti; porque mi destino lo enlazó contigo; por todo lo que me has permitido amarte por siempre. Nunca existirán murallas, ladrillos, personas o empleados que me impidan seguirte amándote como madre del conocimiento, como estructura, como proyecto, como casa universitaria. Para mí eres la mejor, la única; soy tu hijo y en ti me formé, soy tu novio, pues te adoro con todas las fuerzas de mi corazón,

Por siempre te amaré. Desde mi corazón recibe esta humilde exaltación.

*Elías Alexander Vallejo Montoya*

Escritor empírico. Un amigoniano de verdad, que vive en este espacio de ladrillo y cemento su verdadero proyecto de vida. Su

carrera como administrador de empresas con énfasis en Economía Solidaria le ha permitido crear y soñar con proyectos alternativos en los que se involucran seres humanos llenos de esperanza y vida. Por ello, también se declara un romántico y un promotor del amor; ya que en éste se vive la verdadera presencia de Dios.

## **SEGUNDA PARTE**

### **SELECCIÓN DE TEXTOS PARTICIPANTES EN EL CONCURSO DE CUENTO FUNLAM 2010**



## CUENTO GANADOR

### Entre lienzos y olvido (la voz tras el espejo)

*Natalia Castrillón Pérez*

Todo aquí parece un laberinto en el interior de una pirámide; no hay luces, no se escuchan notas de alguna delicada melodía que brote de tus labios; no están más aquellos juegos prohibidos en las tardes de tedio y soledad, ni siquiera algún pájaro posado en la ventana. Dicen que hay que tener la paciencia para esperar el momento adecuado y el coraje de no decepcionarse con lo encontrado; tal vez el tiempo se haya vuelto mi enemigo más silencioso y me haya hecho esperar más de la cuenta.

Camino por estos corredores que arrastran nostalgias tras mis pasos; todo es tan corriente y vulgar que las paredes de esta vieja construcción no merecen guardar tantos recuerdos, no merecen contener el último suspiro de mi Elizabeth. Me siento tan vacío y tan falto de esperanza como las siluetas que se hundan a lo lejos en el mar y quedan inmortalizadas en el lienzo de algún pintor aficionado.

Me gusta cuando estoy tan solo y mi mente divaga sobre la idea de irme, de dejar todo esto atrás sin arrepentimientos; de acabar en cenizas el abatimiento que me producen estas paredes y enterrar así, como el cuerpo de mi amada, la locura que se apoderó del lugar, quitándome el aire que me permite mantenerme sobrio de sus delicias. Oh, maravillosa idea; esta noche daré fin al exilio voluntario para comenzar una nueva existencia postergando el malestar del pasado incomprensible para muchos. Sólo he de tenerlo todo listo para cuando el reloj de la Catedral dé doce campanadas; iluminaré cada minuto de agonía desde que mi Elizabeth partió a bellos lugares sin este viejo tonto; encenderé el abatimiento de los días y noches en que creí recobrar la cordura; encenderé mi memoria, echaré fuego a mis propias cenizas. Buscaré en la polvorienta alacena uno de mis tantos viejos amigos: una botella de licor, sí, es lo indicado; rociaré todo con tan precioso líquido y una cerilla será testigo de lo que luego será historia.

Uno, dos, tres... las campanas resuenan en mi corazón como ecos macilentos que van lapidando mi sentir, virtuosas composiciones que se lanzan al aire y es una lástima que nadie más pueda apreciarlas. Debo darme prisa, debe ser rápido y conciso. Mis torpes pinturas y mis escritos quedarán sumidos en la más terrible de las decadencias; no quedará nada más que el fantasma de lo que fue un espejismo de felicidad.

Mientras rocío cada rincón de esta sucia morada, encuentro recuerdos que creía olvidados. Bien, no queda sino dar inicio a esta función de luces y pesares; enciendo la cerilla con rapidez y, en un suspiro la arrojo al piso de madera que comienza a arder de inmediato. El instante parece detenerse; comienzo a sentir un leve mareo que me hace dudar de mis facultades y de la atroz imagen que se desnuda ante mis ojos, una humareda negra se desprende de lo que antes fuera mi hogar. Mi corazón se tortura entre el júbilo y la desdicha. Debo abrirme paso en la encendida noche antes de que me acribillen; debo correr, debo irme.

Ya el sol muestra sus primerizos y perezosos rayos a medio camino de París en donde espero borrar todo aquello que he dejado atrás y que ha oprimido mi existencia a lo largo de los años. El camino se vuelve polvo bajo mis pasos, sólo espero llegar pronto y encontrar un lugar dónde refugiarme. No será fácil estar entre la multitud, rodeado de todas esas gentes que parecen vegetar como hojas muertas sobre el asfalto, sin viento, quietas. Sin embargo, soledad y multitud son dos términos iguales que fingen una superflua separación a la luz del día para engañar a los incautos.

Ya es mediodía y aún camino por estos polvorientos parajes. Sé que estaré bien allá donde no estoy, sé que estaré bien en París; espero, con el poco dinero que he guardado durante tantos años, conseguir una humilde morada. ¿Será acaso este mi destino? ¿Será este el verdadero camino a seguir del gran Pierre que antaño fuera un gran artista? A lo lejos ya se vislumbra la atestada ciudad, esa es la tierra, con sus ruidos, sus pasiones, sus vicios, sus letras, la tierra magnífica llena de promesas que expelen un olor a rosas y almizcle; puedo respirar sus calles, me voy acercando, ese es mi destino.

Son más de las tres de la tarde. Ya se observa el ocaso violeta y anaranjado, vacío de contenido vital. Mis ojos se maravillan, las gentes, los bares que albergan almas confundidas, el teatro, los trajes, los sombreros de copa, la Catedral con esas enormes e imponentes campanas que resuenan en el corazón de todos los parisinos; la pobreza que se escabulle por los callejones. Necesito sentarme un momento, el parque es el lugar indicado. Al sentarme pesadamente y mantener mis ojos perdidos en la muchedumbre, algo me hace fijar la mirada unas calles más adelante: una adorable casa, un pequeño y maltrecho balcón, y una puerta color cobre empolvada por los años; su pintura amarillenta me hace suponer que no está habitada, es más, que no lo ha estado durante mucho tiempo. Tal vez sea el lugar apropiado para mí. Sin pensarlo dos veces me dirijo hacia allá. Justo al lado está ubicada una taberna a media luz donde se

refugian unas sombras. Al preguntarles por la casa, sólo me responden que ha estado deshabitada por mucho tiempo, que la puerta nunca está cerrada, a no ser que alguien lo haga desde adentro, y que si quiero puedo tomarla, igual nadie más la quiere.

Después de un torbellino de pensamientos que recorrieron mi mente como bolas de fuego, salí del local decidido a apropiarme de la casa. Y, efectivamente, al empujar la puerta ésta cedió a mi fuerza, un olor a humedad y encierro brotó de inmediato. Frente a la puerta de entrada, unas escaleras invitaban a subir, conté exactamente 17 escalones y me quedé sorprendido cuando al llegar arriba la claridad lo llenaba todo: un salón con pisos de madera, un gran portón de cristal separaba el balcón del resto de la casa, unos cuantos muebles viejos y empolvados pero de madera muy fina, una modesta cocina, y una habitación pequeña. La luz de la Luna penetraba con fuerza por el cristal de las ventanas, mientras observaba extasiado a mi alrededor. En definitiva, era la casa ideal para un viejo como yo.

Después de encender unos cuantos candelabros, abrí con dificultad el gran ventanal de cristal, para divisar desde el balcón de mi nueva morada toda la extensión del parque, de la catedral, las gentes paseándose por allí, las montañas a lo lejos, en donde se escondían las ruinas de mi pasado. ¡Qué bello escenario! De repente un calorillo encendió mi corazón, mi alma se emocionó con fuerza; quería dibujar, quería pintar a esas inocentes personas que se paseaban sin ninguna preocupación; quería plasmar la luna envolviendo la gran ciudad, quería saborear el éxtasis del lienzo bajo mis dedos... pero no, no pude, no tenía un pedazo de tela o de papel. Pero al otro día, sin duda con el dinero que tenía dispuesto para mi casa, compraría los óleos y los lienzos que me fueran menester; al día siguiente el gran Pierre inmortalizaría a París.

Un pesado sueño se apoderó de mi cuerpo; el viaje, las gentes, la melancolía, siempre la melancolía, sólo con ella

advierto la hondura y la plenitud del tiempo. Estaba cansado, aquella pequeña habitación clamaba por mi cuerpo. Sólo recuerdo que caminé unos cuantos pasos, me tendí en la litera y cuando recobré la conciencia el sol brillaba excesivamente, lastimando mi vista. Comprendí que la tan ansiada mañana había llegado. Decidido a conseguir lo que necesitaba, salí de la vieja casa y busqué un lugar dónde comprar los materiales de los que obtendría mi sustento. En una sucia tiendecilla, escondida de la multitud, un viejo de mirada simpática me vendió por poco dinero lo que necesitaba, y yo, con el corazón encendido de dicha y júbilo, sólo quería comenzar mi labor, comenzar mi destino, dejar mi alma volar, mi sentir, explorar aquellos recuerdos a los que siempre les tuve miedo.

Dentro de mí la llamada de la gloria se expandía, así que me senté en una de las tantas banquillas del parque, dispuesto a plasmar lo que mi vista alcanzara, todos esos mortales orgullosos de sus vestidos, aquellos amoríos sin prisas, esos románticos empedernidos que cortejaban a las doncellas; cuánto los envidiaba, cuánto me hacían extrañar a mi amor perdido...

Comencé a pintar lo que mi corazón me pedía. A algunos por gusto, a otros porque los transeúntes me lo pedían y me daban a cambio unas monedas. Con esos retratos podría sobrevivir sin problema. Desdichado, destrozado por el deseo del hombre, pero dichoso del artista.

La gente comenzó a admirar mi trabajo. Era maravilloso: personas que iban y venían, rostros y miradas que se fijaban en mis recuerdos, todo quedaba plasmado. Conforme fueron pasando los días y los meses, mi cabeza pronto se vio despejada de tantos horrores, tuve paz por unos días, hasta que una tarde cualquiera mis pensamientos se tornaron turbios al hallarme tan inmensamente solo entre tanta gente. Me hostigaban el ruido, el humo, el aire, la vida misma; mi corazón se oprimía con furia, comencé a marearme y sentí un sudor frío, la imagen de mi amada se clavó en mi mente. Sin motivo alguno, sentía

que las lágrimas comenzarían a brotar, cuando de repente, una suave voz me distrajo:

—Disculpe señor, debo decirle que es usted un increíble artista. Soy Anabel. Mucho gusto, buen hombre.

¡Qué bella imagen podían observar mis cansados ojos! Una muchacha de piel clara y rizados cabellos como los de mi Elizabeth, ojos claros como el cobre; era una hermosa flor en medio de todo el bullicio de la gente.

—Buenas tardes, bella dama, me honra usted con sus palabras. Hago lo que mi corazón me dicta, no soy yo quien traza en el lienzo sino mi alma. ¿Quiere usted que la retrate?

—Sería encantador, se lo agradezco, pero no se olvide al final de cobrarme el precio justo.

Diciendo esto sonrió y posó para mí como la más bella de las musas. Parecía un cuadro irreal el que en esa tarde de otoño mis torpes manos plasmaban; sentía con éxtasis total un placer indescriptible que exaltaba mi cuerpo, parecía que la tenía justo enfrente de mí, la volvía a ver, a sentir, a oler. Maravillada y a la vez ruborizada, la joven pagó mi trabajo con creces, pese a que yo no quería aceptar su dinero, y se marchó llevándose consigo esa sensación deliciosa que me embriagó por unos momentos.

Era hermosa y, más que hermosa, sorprendente. Cuando estuvo unas calles más alejada, la seguí, la seguí a hurtadillas, sigilosamente, abandonando el trabajo y el dinero que tal vez conseguiría el resto de la tarde. Tenía que saber dónde vivía, tenía que mirar de nuevo ese rostro inmaculado que me recordaba a mi amada perdida.

Después de caminar hasta entrada la noche, la jovencita ingresó en una gran casa ubicada en una de las tantas calles

de París. La observé en silencio, con cautela; pensaba en un pretexto para presentarme en su casa, únicamente para recordar de nuevo a mi amada en sus ojos inocentes. Me quedé esperando en un callejón en la oscuridad, vi esa silueta en la ventana alumbrada por la luz de una vela: no hay nada más profundo, más misterioso, más sensual, más fecundo, que una ventana iluminada por un par de velas. Lo que se puede ver con el Sol es siempre menos interesante que lo que pasa tras un cristal.

A la medianoche, cuando las luces en la casa se extinguieron, emprendí camino hacia mi morada; otra vez ese sudor frío, mi Elizabeth...

Cuando la mañana asomaba de nuevo, vi a los demonios danzar a mi alrededor. Otra vez esa sensación que antaño me atormentara. No podía ser, no podía soportarlo una vez más; tenía que acabar con eso de una vez por todas. Había sido esa muchacha, Anabel, ella era la culpable. Necesitaba verla. Me levanté pesadamente, estaba agotado, el día estaba tan gris, me recordaba mi antigua vida, hacía frío. Me dirigí a su casa cargando mis lienzos y mis oleos.

Ella estaba en el jardín, llevaba un vestido verde que resaltaba el color de sus cabellos. Me resguardé tras una pared, sólo la observé detenidamente como queriendo guardar esa imagen. Mientras la plasmaba una y otra vez, las horas transcurrían. Unas cuantas gotas de lluvia caían con tristeza del cielo amargo. Mi mente comenzaba a obsesionarse con la muchacha, las palpitaciones volvían con presteza, sentía rabia, miedo, frustración, terror al ver a mi Elizabeth en el rostro de esa desconocida, ¡qué agonía! Otra vez veía a la muerte, mi gran amiga asomaba sus negros ropajes, un fuego que me era familiar se encendía en mi pecho. ¿Por qué? Por qué tuvo esa muchacha que cruzarse en mi camino.

Entre oscuros recuerdos y sordos lamentos fue pasando el día, nublado como mi alma; yo seguí allí, observando a la muchacha. Mi desesperación fue creciendo cuando la noche llegó con su mejor gala, luciendo negra y despejada; sentía mi sangre hervir, no podría soportar una noche más con los demonios de mi ser, era inconcebible mi dolor, mi angustia. Ella seguía allí y mis huesos parecían romperse tras la presión del impulso furtivo; cerré los ojos un momento, creyendo que al abrirlos todo sería un sueño, que ya no estaría en aquel lugar, que mi cabeza estaría tranquila y que yo estaría en el parque dibujando amantes, paisajes o palabras, pero no; cuando los abrí todo era igual, era tarde y las campanas de la Catedral sonaron diez veces. La joven Anabel había salido un momento ignorando que no volvería a entrar en su enorme casa. Sí, el momento había llegado: tenía que acabar con esto, las voces volverían a acallarse, los demonios volverían a irse, las sombras correrían a esconderse.

Dejé mis lienzos de lado y con paso muy firme pero algo desorientado caminé al encuentro de la mujer con el corazón a punto de explotar. Conmocionado, atrapado en la sed infinita del arte y la demencia. ¡Oh! Sí, ahí estaba en la parte trasera del jardín dando la espalda a la entrada, un ligero y transparente vestido la cubría. Me detuve detrás suyo con cautela, controlando mi respiración agitada y presurosa, la miré y fue como si viera a mi musa, la sentí, la disfruté cada minuto. Cuando se dio vuelta y me vio, con cara de horror al no reconocermme, lanzó un grito mudo que frené con mis manos; su semblante denotaba miedo, la muerte hacía su aparición: hacía tanto que no me visitabas, vieja amiga, los pájaros negros salían a mi encuentro, las sombras se confundían con mis palpitaciones, mientras que la joven amarrada a mis brazos respiraba con dificultad. Quise mirarla a los ojos un instante: miré su cuerpo glorioso, sus cabellos, sus labios: era mi Elizabeth, sí, la veía claramente aunque más joven.

Le acaricié el cuello delicadamente, y mientras depositaba un beso en su boca, con mis manos agotaba el aire que pasaba

por su cuello, exprimiendo hasta el último de sus suspiros en un agonizante gemido que me llenó de gloria. Sí, la estrangulé con precisión y fue maravilloso: en un instante mágico todo se esfumó, la muerte y las sombras se apartaron de mi lado y aquellas voces se acallaron, mientras sostenía a la bella muerta entre mis brazos, con los ojos terriblemente abiertos y verdosos; ¡qué hermosa era!, me recordaba a mi Elizabeth en aquel fatídico día. Al dejarla caer al suelo comprendí que ahora sí tenía una bella imagen que plasmar en mis lienzos.

*Natalia Castrillón Pérez*

Nací en 1991 en Medellín. Estudio Psicología en la Funlam. Desde pequeña me ha gustado la lectura, pues mi madre me ha incentivado el gusto por ella leyéndome hermosas historias y cuentos. A los 10 años comencé a escribir cortos relatos de la vida cotidiana y poemas. Durante mi vida escolar pertencí a diferentes talleres de escritura y participé en concursos de poesía en el colegio, en los que obtuve el primer puesto en varias ocasiones. Mi debilidad siguen siendo los poemas, en especial los que tienen un toque sombrío, así como los cuentos de terror y las tragedias.

## PRIMERA MENCIÓN

### Amores de trapo

*Marta Cecilia Álvarez Marchena*

No sé cuántos años tengo, pero soy muy linda, ¡es lo que todos dicen!, de ojos rasgados y negros, mejillas canela, boca bien delineada, pelo abundante y crespo, generalmente llevo dos trenzas. Todos se me acercan y comentan acerca de mi belleza pero me olvidan de inmediato; sólo él fue diferente, sólo él no me olvidó.

Todo comenzó una mañana lluviosa y fría: de repente, él llegó silencioso y mojado, se sentó en el sillón azul justo frente a mí, pero no se dio cuenta de mi presencia; se secó, se estiró, bostezó y se quedó profundamente dormido durante casi todo el día, tiempo que aproveché para detallarlo y confirmar su hermosura. Cuando despertó se levantó presuroso y se marchó.

Pasaron muchos días sin que lo volviera a ver; sin embargo, en cada amanecer anhelaba su presencia. Un día escuché una voz que repetidamente llamaba, con prisa llegó él, que la llamaba a ella. Ese día me enteré de que su nombre era Odín. El invierno arreciaba y era lo mejor que podía pasar, pues una vez

empezaba la lluvia, llegaba él, y como un ritual se acomodaba en el sillón azul, se secaba, se estiraba, bostezaba y dormía, de nuevo ignorando mi presencia; no me molestaba tenerlo cerca, aunque silencioso y ausente, era mi alegría.

Al terminar el invierno su rutina cambió. Ahora llegaba y recorría la casa, jugueteaba con cualquier cosa que encontrara, se le veía feliz y sin embargo ausente, era como si viviera en su propio mundo y ni yo ni nadie tuviéramos acceso a él. Me moría de celos cuando veía que ella se le acercaba y lo llenaba de mimos y le hablaba todo el tiempo sin dejar de acariciarlo y él parecía disfrutarlo; incluso, cuando ella estaba sola en el sillón azul leyendo u ocupándose con alguna otra actividad, llegaba él y se acomodaba a su lado hasta llamar su atención por completo, a tal punto que ella abandonaba todo para dedicarse a él y sólo a él.

Mi vida trascurría en medio de la monotonía y el enfado de saberlo lejos e indiferente. Pero un día todo cambió: él ya no se veía igual, lucía más delgado y algo demacrado, pero su belleza no se opacaba. La rutina del sillón azul había cambiado, le costaba trabajo acomodarse; ya no respondía con alegría a la voz que repetidamente le llamaba con dulzura, ya ella no lograba satisfacerle con sus mimos; él había cambiado.

Un día el sillón azul ya no estaba y cuando él llegó se sintió molesto por eso; ¿ahora dónde se acomodaría para la siesta diaria? Así que recorrió la casa y de pronto, mientras buscaba un lugar apto para sentarse, su mirada se encontró con la mía. Por primera vez pude ver sus ojos grandes e iguales a los míos, pero muy brillantes y extraños y, sin lugar a dudas, hermosísimos. Ese día sentí que la espera había valido la pena, su mirada me estremeció y me llenó de emociones que hasta ese momento desconocía.

Él, sigiloso, silencioso y con mucha cautela como siempre, se acercó al lugar donde yo me encontraba, donde yo siempre

estaba, y que apenas hasta ese momento notaba; con murmullos que yo no comprendí se acomodó cerca de mí y se durmió. Era lo más hermoso que había sucedido en mi vida, era la realización de un sueño. Ahora ya no importaba el invierno o el verano, ya no importaban las horas, todo mi ser y mi mundo giraban en torno a él.

Cada vez estaba más delgado, su belleza disminuía pero su presencia en mi vida era fantástica, y aunque él nada me decía, yo sabía que sentía lo mismo que yo, pues cada vez fue más duradera su permanencia junto a mí y cada día, sobre todo los días fríos, él se acercaba más hasta que yacía sobre mis faldas. Y mi emoción era tal que siquiera el intentar moverme era imposible.

Yo no entendía, ¿por qué si ya estábamos tan cerca nunca nos dijimos algo o inventamos un plan para huir juntos a otro lugar? Yo no conozco más que esta casa y esta habitación que es el lugar donde permanezco. Mi horizonte se abrió cuando él llegó a mi vida, y sólo me perturba la llegada de ella cuando lo toma en sus brazos y le susurra al oído. Pero la calma retornaba a mí cuando, a pesar de los mimos que ella le daba, él decidía quedarse conmigo, juntos los dos.

Una noche, después de haberse ausentado por toda una tarde, lo sentí tembloroso y lleno de miedo; ese día por primera vez intentó hablarme, pero estaba tan cambiado que yo apenas si lograba intuir que se quejaba de alguna pena o que algo le dolía. Le fue difícil llegar hasta mí, yo le gritaba con todas mis fuerzas que no se diera por vencido, que yo podía ayudarle y que con mi amor podía curarle cualquier mal que tuviera. Con mucho esfuerzo logró acomodarse en mi regazo y después de un gran suspiro permaneció quieto por un buen rato.

Hasta el día de hoy, después de mucho tiempo, resuenan en mi cabeza las palabras que ella dijo al entrar en la habitación: ¡Se murió el gato... y encima de la muñeca!

## AMOR A LA TINTA

*Marta Cecilia Álvarez Marchena*

Soy administradora de empresas, egresada de la Funlam, Bogotá. Estoy radicada hace dos años en Medellín. El desempleo y la falta de señal de televisión en el lugar donde vivo me despertaron el gusto por la lectura; ahora intento escribir.

## SEGUNDA MENCIÓN

### El primer y último viaje por los sueños

*Mónica María Cardona Zapata*

La recuerdo caminar libre como la brisa por las calles. ¿Cómo olvidar el ondear de su vestido esa tarde en que la vi pasar tan lejos de mi vida? La recuerdo deslumbrándose con las figuras de barro que vendían las indias en las aceras de San Agustín, ese pueblo antiguo que se llena de turistas en vacaciones.

La observaba cuando se detenía a examinar cada pieza, deslizaba sus dedos dibujando de nuevo las líneas de las figuras... las vasijas, las ollas, las réplicas de cazadores se convertían con su tacto en piezas de arte de inimaginable valor. Se detuvo en todos los puestos pero al final no compró ningún ejemplar. Se despidió de las vendedoras con gestos de agradecimiento. Caminé cerca de ella, sí, lo reconozco, como un loco fui detrás suyo; quería conocerla, me intrigaba saber quién era. A veces, cuando me acercaba demasiado, su cabello alcanzaba a rozar mi cara, y yo... yo me perdía en su aroma, no me daba cuenta de que tropezaba con las personas y a mi paso rompí alguno de aquellos objetos de barro que esa mujer acababa de tener entre sus manos.

Siguió caminando hasta detenerse ante el consultorio del doctor Rafael Velásquez, médico del pueblo; lo más rápido que pude me abrí paso entre la multitud para contemplarla de cerca. Mientras ella hablaba con la secretaria del doctor en la antesala del consultorio, yo me distraje observando la hermosa piel que el escote de su vestido dejaba al descubierto. Estando allí, parado en medio de la calle, sentí que alguien me daba una fuerte palmada en la espalda, así que giré a ver quién era.

—Doctor, ¿cómo está? —le pregunté.

—Por lo visto más atento que tú, Hans —respondió él—. Y dime, ¿qué haces por aquí, muchacho?

—Yo sólo pasaba por aquí y quise saludarlo.

Mentí, esperanzado en una invitación de su parte para entrar y así poder estar más cerca de ella; después encontraría la manera de presentármelo.

—Bueno, muchacho, me alegraría atenderte, pero aquella hermosa chica me espera —dijo él.

Sentí un cierto recelo. “Qué tonto soy”, pensé, “no debo sentirme así”. El doctor Velásquez aunque era un hombre joven, no lo era para ella; él ya llegaba a los 45 años de edad y ella no aparentaba más de 25, pero no sería ni la primera ni la última mujer en sostener una relación con un hombre mayor. Deseé que ella no fuera una de esas, es más, ¿por qué pensé en eso? ¿Acaso ese no era un consultorio? Tal vez la razón por la cual ella se encontraba allí era una consulta y por eso el doctor se refería a una cita.

—Está bien, doctor —le dije—. Que tenga una feliz tarde —y empecé a alejarme hacia el parquecito que quedaba al frente del consultorio.

Al verse se abrazaron y entraron juntos a la salita donde el doctor atendía.

No pasó más de media hora y la vi salir del lugar. Me pareció que ella estaba triste y sentí impotencia por no poder consolarla. En esas salió el doctor Velásquez de su consultorio, me miró e hizo señas llamándome. Yo acudí enseguida.

—Hans —me dijo—, necesito un favor de tu parte. Mira, ella es Irene —dijo señalando a la hermosa joven—, es hija de un gran amigo mío y ha venido a visitarme por un tiempo. Necesito que la acompañes a mi casa, pues Irene no recuerda el camino de regreso y por eso te pido que la llesves.

Antes de que yo pudiera asimilar la situación, ella se presentó:

—Hola, me llamo Irene Saavedra —dijo, mientras me ofrecía su mano.

—Mi nombre es Hans, Hans Becer, un placer —respondí.

Ambos sonreímos mientras nos saludamos, ¡era tan suave su piel!, más de lo concebible, la miré a los ojos deseando tenerla siempre frente a mí. Se despidió con un abrazo del doctor Velásquez y salió del consultorio.

—Cuídala, Hans —me dijo él.

—Por supuesto, doctor. Descuide, la cuidaré bien.

Yo estaba dispuesto a protegerla siempre, pues esa tarde sentí en mi joven corazón la imposibilidad de olvidarla. Empecé a caminar a su lado con temor de hablarle, hasta que ella rompió el silencio:

—Dime, Hans, ¿hace tiempo vives en este lugar?

—Sí, nació aquí. Debíó pasar así para hoy poder llevarte a tu casa —le dije sonriendo.

Ella también sonrió, pero no contestó. Siguió caminando junto a mí cual niña pequeña siguiéndome para no perder el camino, ya sin la seguridad que antes le vi en las aceras.

—No te sientas mal por lo que te dije —añadí—. Pues pienso que las cosas pasan por una razón, ¿no lo crees?

Irene asintió con la cabeza, pero no dijo una sola palabra.

—¿Quieres un helado?

— Que sea de chocolate —respondió ella con una sonrisa.

Eso de verdad me alegró, cuando creía estar haciéndolo todo mal. Entonces, rápidamente, me decidí por la tienda de helados que quedaba en la colina al final de la calle 10, para así aprovechar que a esa hora se apreciaba el más bello atardecer, por lo que sería el mejor lugar para conocerla un poco más. Llegamos y ella pidió su helado de chocolate y empezó a saborearlo como si fuese la primera vez que lo hacía; yo la contemplaba con gran admiración, veía en su rostro la belleza que no vi en ninguna otra jamás.

—¡Gracias por el helado y la compañía! —me dijo riendo coquetamente.

—Te invitaré a uno siempre que deseés, para tener la excusa de verte de nuevo —le dije

—¿Quieres verme otra vez?

—Sí —dije sin dudar—. Siento que eres alguien especial y mientras te encuentres en San Agustín recuerda que estoy para lo que necesites.

Luego la llevé a su casa y aceptó que la llevase todos los días a caminar y así conocer mejor el pueblo.

Dos semanas pasaron desde la vez en que el doctor Velásquez me pidió llevarla a su casa. Empezamos a encontrarnos diariamente para pasear por las calles, y al atardecer en aquella colina veíamos juntos ocultarse el sol. Cada día era una nueva experiencia, un crecer juntos. Me deleitaba con su voz cuando cantaba y bailaba a mi alrededor. Nuestras miradas ya se expresaban algo más: amor.

Me sorprendía cómo la vida la hacía más hermosa en las mañanas, y me asombraba también ver cómo en mí el sentimiento se intensificaba y comenzaba a extrañarla cuando la dejaba en su casa, deseando el amanecer que me permitiría estar junto a ella una vez más. “Le confesaré cuanto la quiero”, me dije, sintiéndome decidido a todo; no podía esperar un día más para conocer lo que ella sentía por mí.

Quedamos de encontrarnos en la colina al llegar la tarde y entusiasmado la vi venir hacia mí. Nos saludamos con un abrazo, luego compré su helado y se lo entregué mientras le daba un beso en la frente.

—¿Sabes, Hans? He encontrado en ti la persona más especial, he disfrutado a tu lado las cosas sencillas de la vida, me haces reír, me siento querida a tu lado, y sé que te extrañaré cuando me vaya.

—¿Por qué dices eso?

—Porque pronto me iré de este pueblo, tú sabes que aquí sólo estaba de paso, y lo que más me duele es dejarte —me respondió.

Tuve un impulso y la besé con fuerza y sentí cómo el helado que ella tenía en su mano se cayó al suelo; me abrazó y yo la abracé con el alma, no quería que se fuera.

—Te amo, Irene —le dije mirándola a los ojos.

-Y yo a ti, Hans —me dijo ella.

Me sentí feliz, correspondido, la abracé y la besé muchas veces más, sintiendo cierto aire de tristeza al pensar en su partida de San Agustín. La acompañé a su casa y la besé de nuevo.

—Te amo y es por eso que no quiero que te vayas —le dije con el corazón afligido.

—Hans, yo a ti también, y pase lo que pase, yo trataré de que estemos juntos. Verás que encontraremos la manera de estar cerca —me dijo al oído.

—No digas nada más —le supliqué, la abracé de nuevo, le di la espalda y me fui tan rápido como pude para que ella no viera las lágrimas en mi rostro.

Llegué a mi casa, subí las escaleras y recostado en mi cama traté de calmarme. Sólo pensaba en ella y en lo tonto que fui al no prever que tendría que marcharse alguna vez. Me encontraba solo en mi habitación cuando escuché que llamaban a la puerta, desee que fuera Irene, pero la imaginé organizando su viaje, así que continué en la cama, pensando en cuán maravilloso fue tenerla, en lo afortunado que fui de haberla conocido y en la desdicha que viviría por su partida. Como seguían llamando a la puerta, me levanté decidido a echar a quien fuese y dormirme luego para olvidar por un momento que ella me dejaría.

Abrí la puerta y allí estaba ella. No dijo nada, me abrazó y yo la tomé entre mis brazos, me sentí feliz porque fue a buscarme, la sujeté por la cintura y baile con ella por toda la casa celebrando el tenerla junto a mí. La besaba, tocaba su piel, su espalda, su pecho, para convencerme de que no me había quedado dormido y que no sólo era un sueño. La subí en

mis brazos hasta la habitación, con fuerza uní su cuerpo al mío, sentí su cálido aliento en mi rostro, nos miramos fijamente, ella se desprendió de su vestido lentamente mientras llevaba mi mano a su vientre. Entre besos, miradas y caricias nos quedamos desnudos, la exploré centímetro a centímetro, la acosté en mi cama mientras la besaba. La hice mía, sentí que era un sueño estar dentro de su cuerpo, me entregué con el alma, me sentía volar junto con las mariposas de mi vientre y dormí como un niño toda la noche entre sus brazos.

Era ya de día cuando escuché a alguien llamando a la puerta, y me volteé para ver el ángel que me había acompañado toda la noche. La contemplé tan hermosa a mi lado que no quise levantarme, porque sólo deseaba quedarme junto a ella. Irene ahora era mi mujer, la mujer que soñé y que quería tener siempre conmigo. Pero no cesaban los llamados y bajé rápidamente a abrir la puerta.

—Doctor Velásquez, buenos días, ¿qué se le ofrece tan temprano? —pregunté consternado.

—¿Hans, Irene esta aquí? —me preguntó el doctor con cara de preocupación.

—Sí, ¿por qué, doctor? —le pregunté.

—Tú sabes, Hans, sabes que por su condición en cualquier momento ella puede...

—¿Puede qué? —lo interrumpí alterado.

—Mira, muchacho —me dijo—, no sé si ella te ha contado o no, pero Irene no vino a San Agustín de vacaciones. Mira, he sido su médico desde que era una niña, ella nació con problemas del corazón, padece un estrechamiento de las arterias coronarias que suministran sangre al corazón. A esto se le llama enfermedad arterial coronaria y lentamente, con el transcurso del tiempo,

su corazón dejará de funcionar. Su familia está consciente de eso y la trajeron a este pueblo a pasar posiblemente los últimos días de su vida.

Sentí cómo una tormenta de agua helada caía sobre mi cabeza, y por primera vez entendí la forma de actuar de Irene, sus misterios, pero no comprendí por qué lo había ocultado todo.

—Hans —siguió el doctor—, sus padres están preocupados porque anoche no fue a dormir y temen que le haya pasado algo. Por favor, que Irene no se entere que te he contado todo y llévala a casa inmediatamente —me dijo con gran preocupación.

Subí las escalas lo más rápido que pude, entré en la habitación llamándola a grandes voces para que despertara, pero no respondía; la tomé por los hombros y la agité con fuerza, pero permanecía inmóvil. Sentía que estaba en medio de una pesadilla donde se había acabado su voz y ahora sólo quedaba su helada figura en mi cama. Desesperado, caí junto a ella y cerré mis ojos para volver al sueño en que la tenía aún viva, me perdí en el dolor, en el vacío del sufrimiento.

—¡Irene, despierta, despierta! —le gritaba—. No me abandones, te lo suplico...

Me sentí morir junto a su cuerpo. Quise atarla a la vida con el amor que sentía, mi corazón la amaba pero no pudo salvarla; pedirle que despertara no fue suficiente. Y la besé, la besé de nuevo en su boca mojada por mis lágrimas, la abracé y sentí su cuerpo desnudo entre mis brazos, tibio sólo en mis recuerdos.

Fui consciente de que en realidad la había perdido, sabía que nunca más habría de tenerla, la lloré atado a su cintura, lloré porque se fue muy pronto, dejándome sin ella.

*Mónica María Cardona Zapata*

Nací en el año de 1990. Vivo en Girardota, Antioquia. Estudio sexto semestre de Derecho en la Funlam. Me apasiona aprender cosas nuevas que fortalezcan mi personalidad y que me hagan mejor cada día. Me gustan los libros porque en cada uno de ellos siempre hay un mundo por conocer. Este cuento lo escribí tres días antes del concurso en un momento de inspiración y decidí presentarlo; fue una sorpresa que haya sido tercero entre tantas personas, eso me motiva a seguir leyendo y escribiendo.

# SELECCIÓN DE OTROS CUENTOS PARTICIPANTES

## Elucubraciones

*Juan Camilo Galeano Orozco*

Todo comenzó con una idea vaga y terminó en elucubración... idea perdida como burbuja, luego expandida en micropartículas. Idea enferma o fantasía elocuente.

### **Primera elucubración: Los homúnculos de Odessa**

... y fue así como, sin enterarse, se halló en un lugar sin frontera conocida, acaso arrojado, quizá descendido. Caminó buscando algo sin saberlo concretamente, una búsqueda de nada, un hallazgo negado desde su propia concepción, desde que navegaba entre esperma que buscaba fecundar. Y fue así como llegó después de un caminar tedioso a la entrada de algo que no parecía entrada, sino el lugar mismo en el que se hallaba. Sólo supo que era entrada por el letrero en madera podrida en el que se plasmaba un nombre: “ODESSA”.

—¡Vaya! Estoy en Odessa... —dijo irónico.

Siguió el camino empedrado, tomando una que otra piedra medianamente llamativa. Al encontrar una mejor desdeñaba la anterior, y en esas transcurrió el tiempo hasta que vio algo que lo sorprendió. Por más que se limpió los ojos con las manos sucias no dejó de ver lo que se acercaba. ¿Eran cinco o acaso seis? No. Eran incontables. Caminaban como si sufrieran de artritis y arañaban su propia piel, si es que a eso se le podía llamar piel, hiriéndose hasta sangrar. Caras ausentes suplicando por enseñar un gesto, homúnculos mudos tratando de exclamar sus barbaridades. Lentamente se le acercaron y lo único que pudo entender era que se estaba inundando de un silencio profundo, que manifestaba el vacío y la nada absolutos.

Sus manos aplastaron sus orejas con una presión enérgica y contundente. No quería escuchar el silencio, aunque pareciera ilógico. No lo soportaba porque a medida que el silencio enmudecía, cobraba tal fuerza que irrumpía en forma de pequeño sonido delirante, clavándose como alfiler en sus oídos. El silencio gritaba con más fuerza mientras los homúnculos se arrojaban sobre él como hambrientos ante la comida. Al intentar abrir la boca sintió que no pudo, y el grito se le devolvió con tanta potencia que se hundió más allá del esófago. Trató de abrir un hoyo en la piel que le sellaba los labios... y nada pasó.

Su pensamiento era el único capaz de vomitar los alaridos que le venían de las tripas. Entonces fue allí cuando entendió que había vencido al silencio. El dolor terminó y los homúnculos dejaron de atropellarse sobre él, le dejaron en paz. Sólo quedó sangre ajena en su cuerpo, al que embadurnaba como jalea; ya el silencio no existía como victimario. La conciencia se perdió y restregó su cara contra las rocas afiladas, sin importar nada más...

**Segunda elucubración:  
Los espectros de Oberón**

Nada ocurre exactamente igual más de una vez. Ni siquiera en esta ocasión. Sin embargo, es posible que dos acontecimientos ocurran de manera similar, con algunas características en común, porque al recuperar la conciencia se vio ante una nueva entrada, cuyo letrero en madera podrida rezaba: “OBERÓN”.

Caminó con precaución, observó cauteloso el majestuoso lugar, similar a un antiguo castillo, y tomó su decisión. Al avanzar, no sabía con exactitud si era él quien se incrustaba en la oscuridad o eran las sombras quienes se acercaban apacibles, cubriendo los alrededores, introduciéndolo en su propio boquete. Ya las paredes de piedra se perdían, tatuadas de una negrura insólita. Por momentos parecieron cruzar seres alumbrados sólo por una penumbra mínima, atravesándose ante sus ojos, sobrevolando su cabeza, corriendo tras su espalda, emitiendo lamentos insoportables que se perpetuaban en el eco.

Las piernas le temblaron, los pies poco deseaban dar largos pasos o despegarse del suelo, y sus pupilas ya estaban cansadas de tratar de dilatarse, porque era improbable ver un ápice en aquella oscuridad tan espesa. Sus manos intentaron buscar alguna pared, ya que el equilibrio parecía traicionarle y los espectros cada vez más cerca gemían y lo perturbaban, impregnándole el rostro de un aliento helado. Devolverse ya no era posible, porque adonde girase la cabeza era la nada, y luego una nueva nada diferente a la anterior, ausencias demenciales. ¡Sí!, demencia era lo que provocaba el lugar. Sintió en su piel la frialdad de los espectros que quemaba como el hielo seco.

—Un momento... ¿a qué le temo? ¡Ésta es la misma oscuridad que se hospeda en mi corazón!

Un corazón sombrío, sentimientos absurdos, un ser ambiguo, un claroscuro con tendencia a la sombra y, finalmente, tan humano...

Una lucecilla al fondo le iluminó brevemente y al acercarse le nubló la vista. A la oscuridad se enfrentaba a diario al cerrar los ojos para dormir, sin embargo, sólo hasta ahora lo entendía...

### **Tercera elucubración: Los campos de Odiseo**

En el centro de todo, y allí estaba arrodillado. Aún le molestaba la luz del campo abierto. Kilómetros de terreno, estepas a su espalda y cordilleras al frente. Incalculables tierras de nadie y de todos. Por alguna razón, su mente le construyó un recuerdo y se lo desmenuzó luego, para incitar a las lágrimas que cayeron en la hierba.

El infierno terrenal, la soledad compleja por el abandono. Tan solo el hijo bastardo y ahora loco, onanista, pensador del sufrimiento de un infante. La soledad lo carcomía, lo ahogaba. Un nuevo vacío mucho peor que cualquier otro que lo hubiese invadido. Viajó al submundo para no sentirlo, ejecutó acciones impensables alguna vez, quizá para otros o para sí mismo. Gritaba para que el dolor y la agonía terminaran. Su puño se mojaba una y otra vez en el charco lacrimal.

¿Acaso lo más sencillo sería acabar con todo? Acabar con su mundo, con sus demonios que lo atacaban, más de una vez cada día, delineando el límite de la psicosis...

La soledad abrumadora se disipó un poco, cuando un nuevo recuerdo le pobló el pensamiento. No estaba solo, porque la memoria albergaba imágenes que lo acompañaban siempre. Los buenos recuerdos de una madre haciéndole frente al destino...

Fue en un instante de éxtasis cuando la soledad tomó la forma de una diosa, se le acercó y le dio un beso en la boca. Luego sonrió con un rictus macabro y sabor de victoria:

—Acabas de vivir los tres infiernos humanos. ¿Crees que cualquiera los puede superar?, ¿crees que tú los superaste?

Sus labios rojos y brillantes como fresas dulces se fueron desvaneciendo, llevándose consigo el resto del rostro puro y el cuerpo delicado, y así mismo se evaporaron el terreno, las estepas, las cordilleras y hasta él mismo...

### **Elucubración final**

Tan simple como el hecho de que siempre estuvo solo, agobiado por el silencio y la oscuridad.

Tan sencillo como la alcoba de paredes blancas y abullonadas, o la camisa de fuerza oprimiendo su cuerpo.

Tan infame como la visita de la mujer de labios rojos y brillantes que administra su fortuna, con el descaro y la cobardía que caracterizan a las hienas al acechar a su víctima. Y el adiós fatídico al cruzar la puerta, dejándolo inmerso en la oscuridad de la habitación y con la boca sellada por los sedantes...

*Juan Camilo Galeano Orozco*

Nació en Medellín. Estudia Psicología en la Funlam. Se desempeña como auxiliar de Gestión Interactiva en la empresa ARP-SURA. Le encantan el cine y la literatura. Actualmente asiste a un curso de apreciación cinematográfica. En el año 2008 fue premiado en la empresa Suramericana por el cuento “El Visitante”. Lo apasiona la escritura y tiene el proyecto de publicar un libro que viene escribiendo desde hace algunos años.

# Extirpe

*Hugo de Jesús Tamayo Gómez*

Jaime llama a su amiga y le pregunta:

—Margarita, ¿cómo te fue con la inyección?

—Nada, Jaime, no me hizo efecto.

—Entonces voy a llamar al primo de nuevo, a ver qué hacemos.

—Jaime, a mí me da mucho susto, pero llámelo a ver qué dice —le contesta Margarita.

Jaime se comunica con el primo y concretan una cita para el otro día a las cuatro de la tarde.

Jaime y Margarita llegan a la farmacia, el primo ya se encuentra allí y les presenta al farmacéuta, quien, muy amablemente, los hace pasar a una sala. Los invita a sentarse.

—Eso no lo hacemos acá, es un poco delicado, pero sí tenemos mucha experiencia. Si están decididos en seguir adelante con lo que me dijo su primo, les cuesta treinta mil pesos.

—Pero... ¿está seguro de que no hay problema? —le pregunta Margarita al farmacéuta.

—De esos trabajos hacemos casi todos los días aquí, bueno aquí no, donde van a ir, y hasta ahora no hemos tenido inconveniente.

Margarita escucha al farmaceuta sin apartarle la mirada. La tranquilidad que le nota al hablar la asusta aún más.

—Jaime, ¿va a ser muy duro? Sigo asustada, pero si es la única solución, adelante.

—Bueno, entonces me dan diez mil y lo otro se lo cancelan allá a la señora.

Cuando el farmaceuta recibe los diez mil pesos, grita: “¡Sangrefría, listo!”. Inmediatamente, Sangrefría entra en la sala y el farmaceuta le dice:

—Lleve a estos señores donde Extirpe.

Toman un taxi, Sangrefría guía al conductor, Margarita mira para todos lados, cada quince o veinte cuadras pregunta si ya llegaron. Entonces le dice a Jaime:

—Yo como que no voy a poder, estoy nerviosa.

—No, mi amor, todo va a salir bien —le dice acariciándole el estómago.

—Pero si pasa algo... —insiste Margarita.

Jaime, subiendo un poco la voz, le contesta:

—¿Y qué va a pasar?

—No sé, algo me dice que no deberíamos ir.

Jaime alterado vuelve a recriminarla:

—Sí, ¿y con qué le salgo a mi esposa en un futuro? ¿Usted cree que esto para mí sí es muy fácil?

En el recorrido, Margarita no vuelve a mediar palabra, de ahí en adelante, llora todo el camino.

Sangrefría sigue guiando al taxista y antes de llegar les dice:

—Tranquilos, esto está listo en unos minutos. Mire, ya estamos llegando. Ahí en esa puerta café en mitad de cuadra —le dice al taxista.

Sangrefría se baja, toca la puerta, abre un niño:

—Me llama a su mamá, por favor —le dice.

El niño sale corriendo y grita:

—¡Mami, mami, vino el mismo señor de esta mañana!

La madre sale, le dice al niño que se vaya pa' la cocina con su hermanita; saluda a sus clientes y los invita a entrar. Sangrefría no lo hace, se despide desde la puerta diciéndoles: “Ahí los dejo con la Extirpe”.

Cuando entran, Margarita le dice a Jaime en el oído que esa cara no le gusta; él hace caso omiso a su inquietud.

Ingresan a la pieza, no se ve casi nada. Al encender la luz, se nota que es un garaje; hay manchas de aceite en el suelo, a la pared se le cae la pintura, que por el color que tiene, parece que algún día hubiera sido blanca.

Margarita, acercando sus labios al oído de Jaime, de nuevo le dice:

—Esto es muy desagradable, estoy que me devuelvo.

Jaime, ignorando lo que escucha, con rabia repone:

—Doña, rapidito que estamos de afán.

—Ya voy, no acosen, la demora es que ella se acueste  
—contesta Extirpe. A medida que va bajando la camilla, la desdobla como si fuera una gran mesa de aplanchar; la acomoda en la mitad de la pieza-garaje, saca un plástico y lo limpia un poco, parece tener algunos residuos del trabajo anterior.

Extirpe le dice a Margarita:

—Acuéstese aquí.

Margarita, inmóvil, no habla, como si se hubiera tragado la lengua. Jaime la toma del brazo, ella se deja llevar, sólo mira fijamente a Extirpe.

Él la acomoda sobre la camilla. Cuando la mujer le empieza a levantar la falda, Margarita reacciona. En cuestión de segundos está parada de nuevo y Jaime le pregunta:

—¿Es que usted se quiere rebelar?

Margarita sigue sin contestar. Entonces Jaime se dirige a Extirpe y le habla al oído. Extirpe sale. Regresa pronto con una jeringa y le dice a Margarita:

—Esto no le va a doler.

Ella no contesta, pero tampoco se opone. Le inyectan algo. Lentamente se adormece. Ya con su mirada como de sueño, la trasladan de nuevo a la camilla, la acuestan, Extirpe de nuevo le sube la falda -así puede trabajar con más tranquilidad-, le quita los calzones, le oprime duro el estómago y le mete la mano por la vagina. Margarita grita una sola vez, mueve la cabeza para ambos lados, su cuerpo queda inmóvil, y con voz entrecortada dice:

—¡Basta ya!

Jaime le tapa la boca; ella dobla la cabeza hacia un lado y se duerme. Justo en ese momento, Extirpe saca algo de su entrepierna, lo introduce en una pequeña bolsa, lo echa en un tarro que tiene como basurero y les dice:

—Extirpado.

Jaime mira el tarro y alcanza a ver el resultado de otros dos trabajos anteriores, que pueden medir de ocho a diez centímetros cada uno.

Cuando Margarita recobra el conocimiento, piden un taxi.

—Lléveme al hospital —le dice a Jaime.

—No, mejor a su casa. Si sigue delicada, a la noche la llevo.

A los dos días Margarita lo llama para decirle que se siente muy mal. Él la lleva a un centro médico y la dejan hospitalizada.

Al otro día Jaime llama al primo y le dice:

—Ayer la hospitalizaron, pero la infección estaba muy avanzada. El entierro es hoy a las tres de la tarde.

*Hugo de Jesús Tamayo Gómez*

Nació en Granada, Antioquia, en 1957. Abandonó su casa a los catorce años. Hasta los veintitrés, su vida giró en medio de plazas de mercado por varias ciudades de Colombia. Después de ser taxista en Bogotá durante cinco años, se vincula al gremio automotriz en autopartes para vehículos en la ciudad de Medellín y funda su propia empresa. A sus cincuenta años renuncia a los negocios para dedicarse a la lectura y al estudio de Comunicación Social-Periodismo. Se prepara, en talleres literarios, para alcanzar su próximo sueño: ser un gran escritor.

# De la soledad y la octava plaga

*Fredy Orlando Arango Martínez*

Todo parecía ser cierto. Probablemente el rumor que se extendía por todos los rincones de la Tierra no era en vano. Sin embargo, y aunque la mayoría de las personas se sentían intranquilas, todos se ponían la máscara y dejaban transcurrir sus días, fuera de ellos mismos, con la probabilidad de la zozobra.

Sólo hasta el día en que el rumor se hizo más prolongado y el rostro de quienes estaban al lado dejaban entrever la preocupación, mi vida y la vida de los demás cambió. Corrían de un lado a otro, se preguntaban, llamaban, lloraban y clamaban por una respuesta. Pero nadie respondía, todos sabían pero pocos conocían; la máscara relucía y nadie hacía nada para quitarla.

Hasta el viejo loco de la esquina, el que para nadie era importante porque ya tenía sus años, gritaba frases que parecían inciertas... sin sentido, palabras apropiadas para su edad.

En mi afán por salvarme, “no sé de qué”, traté de reflexionar un poco sobre lo que estaba sucediendo. A lo mejor sería un terremoto. Sin embargo, todas las edificaciones seguían en pie y en algún momento había escuchado que ese tipo de acontecimientos no es predecible.

Caminaba sin rumbo, pensando en no sé qué, y buscando en no sé dónde. Compré unos tapabocas, como lo hicieron muchos, una carpa como las muchas que instalaban en los parques,

medicamentos... Y me preguntaba una y otra vez por el sentido de tanta angustia, incluyendo la mía.

Un hombre de contextura delgada abría un hueco en la tierra con una gran pala. Parecía concentrado en su inefable deseo de conseguir un tesoro. Pero era difícil esperar lo del tesoro con el colapso que estaba teniendo la ciudad. “Amigo”, le dije, “¿le gustaría que le diera una mano?”. Pero aquel hombre gritó que lo único que yo quería era robarle el agua que estaba tratando de recoger para cuando se acabara. Con su pala se dirigió furioso hacia mí; no me quedó más remedio que correr y, después de unos minutos y casi sin aliento, continuar la búsqueda que había emprendido.

Aun cuando no pude ayudarlo a ese hombre y definitivamente no sabía para dónde ir, traté de sacar una conclusión. Seguro el agua era poca y la gente estaba desesperada, pensé. Pero en las noticias del día anterior había escuchado que aunque el agua escaseaba, había reservas por lo menos para cincuenta años más. Otra vez estaba en ascuas, a la espera de mi destino.

En una plaza muy grande encontré a un hombre, al parecer muy popular, pues muchos se aglomeraban alrededor suyo, en un acto público para que lo eligieran El Salvador de la Sociedad. Me acerqué a la multitud que gritaba consignas en su nombre. Le pregunté a alguien por el hombre y qué prometía. Pero nadie me contestó. Todos se empeñaban en gritar más fuerte las arengas.

Me empecé a desesperar. Nadie quería decirme nada y en mi afán por ser incluido en el grupo de los que sabían qué sucedía, empecé a gritar como la mayoría de los que estaban allí. No obstante, sentía que la respuesta estaba muy lejana. Todos entendíamos que el hombre era un charlatán, pero nos empeñábamos en no ver.

Mientras pasaban las horas y sin saber realmente de qué me tenía que salvar, qué era lo que me amenazaba y más

desesperado que al principio, traté de buscar una respuesta en otras personas que cantaban, rezaban y escuchaban a un predicador. Concentrado en su ritual y mezclado con ellos, escuchaba con mucha atención lo que el hombre decía. Mencionaba una plaga que estaba arrasando a la sociedad, una plaga de la que ningún ser humano se podría salvar. Sentí terror. No sabía qué plaga era, pero sabía que debía huir, escapar.

Pero, pese al miedo, no lograba advertir ningún cambio en la vida cotidiana, excepto la ansiedad de la gente... parecían estar felices en medio de la angustia. La ciudad y su bullicio, los días de siempre... hasta que comprendí: poco a poco se fueron desolando las calles. No sé qué era más desesperante: ver a la gente intranquila o no ver a nadie. A lo mejor ya me estaba acostumbrando a vivir en medio del bullicio y la zozobra y no estaba preparado para vivir en medio de la soledad.

Me acerqué a una puerta que se encontraba abierta, con el fin de que alguien me ayudara, que me permitieran hacer parte del caos, que me brindaran la oportunidad de conocer la plaga con la que luchaban y por la que estaban tratando de sobrevivir. En aquella casa tampoco había nadie... Imaginé que a lo mejor las personas habían huido, pues no había muertos, ni destrucción ni sangre...

Pronto deduje que la tal plaga podía tener un aspecto positivo para mí: ser el único sobreviviente tenía sus ventajas. Podía ingresar a cualquier lugar. Los más lujosos y costosos ahora eran todos míos. Aquellos carros a los que nunca pude tener acceso, estaban todos a mi disposición. La comida, el agua, las comodidades; definitivamente aquella plaga no era del todo mala y finalmente a mí no me había hecho nada. Ahora debía empezar a disfrutar. Al recorrer la ciudad, lo primero que hice fue tomar una piedra y arrojarla a una ventana, esperando que algún policía apareciera por ahí para arrestarme... pero aunque el estruendo fue muy fuerte, la ley no llegó. Era realmente libre, libre de la sociedad, de las normas, de los medios, de la gente.

Tanta riqueza y lujo no eran nada sin nadie con quien compartirlos, sin nadie que me viera disfrutar. Entonces me decidí a encontrarlo. Anduve por la ciudad hasta pasada la media noche sin éxito. Tan sólo pude hallar epígrafes por doquier. Algunos de ellos decían: *La plaga del hambre nos quiso matar pero ahora estamos comiendo. La plaga de la sed nos quiso matar y ahora estamos bebiendo. La plaga de la charlatanería nos quiso matar y ahora estamos aprendiendo a hablar. La plaga de la enfermedad nos quiso matar y ahora estamos curados.*

Allí estaba la respuesta, cada persona luchaba contra su propia plaga y estaban tan ocupados tratando de combatirla que me dejaron a expensas del destino. Lo extraño es que a mí no me había atacado ninguna plaga. Podía seguir haciendo mi vida y, aunque estaba solo, debía disfrutar de tan gran beneficio.

He tardado tres años en escribir mi historia. En mi lecho de muerte y sin poder decirle a nadie lo ocurrido, me vi en la obligación de escribir esto para que si alguien lo lee alguna vez, no busque más calamidades, porque la humanidad fue aplastada por la plaga de la indiferencia. La catástrofe terminó por acabarnos a todos, incluyéndome a mí, a quien finalmente mató la soledad.

*Fredy Orlando Arango Martínez*

Soy licenciado en Filosofía de la Funlam. Me gustan la lectura y la escritura. Actualmente trabajo en el sistema académico en los colegios de la Compañía de Jesús. Este cuento va dedicado a todas las personas que como yo, hemos sentido que nos falta salir de nosotros mismos para llegar a comprender un poco a quienes nos rodean.

## **TERCERA PARTE**

### **SELECCIÓN DE TEXTOS PARTICIPANTES EN EL CONCURSO DE ENSAYO FUNLAM 2010**



## ENSAYO GANADOR

### ¿Doscientos años de qué? Por una liberación del pensamiento colonial

*Norman Darío Moreno Carmona*

Cuando se nos invita a pensar en los doscientos años de la Independencia, surgen preguntas como: ¿de qué nos independizamos?, ¿cuáles fueron las libertades que ganamos?, ¿de qué nos han servido?

Para empezar, tendríamos que retomar la reflexión filosófica acerca de la libertad como real posibilidad o como utopía que nos mueve a re-crear el mundo constantemente, al dar un vistazo sobre lo que hemos construido como proyecto educativo en los países latinoamericanos hermanados en la celebración de dicho bicentenario.

Al parecer, más difícil que liberar esclavitudes -aquello que celebramos el 20 de julio de 2010- es liberar pensamientos o mentes, lo que constituye el principal reto de todo sistema educativo: “enseñar a pensar”; esto es, la elevación de los

sujetos hacia nuevas posibilidades, nuevas creaciones y nuevos caminos; la necesidad de lo humano de forjarse siempre opciones nuevas, posibilidades diversas y renovadoras de ser, estar, pensar...; pese a las condiciones recluyentes que le son impuestas por modelos globalizantes y homogenizadores.

Hasta hace apenas unas décadas —espero que esto haya cambiado—, nos enseñaban la historia de América, prácticamente a partir de 1492, presentándonos la conquista como un acto salvador que nos trajo a unos pueblos bárbaros, salvajes e ignorantes, la lengua española, la religión católica y el conocimiento. Se nos presentaba a los conquistadores como héroes y caballeros de brillantes armaduras, a los cuales se dedicaron ciudades, y se nos enseñaba a llamar a España “la Madre Patria”.

Más que debatir aquí si realmente hay algo que agradecer o si lo que debemos hacer es reclamar restitución de lo que se nos arrebató —más allá del oro y de otras riquezas—, quiero detenerme en la reflexión sobre la idea que persiste aún en las escuelas, colegios y universidades, de pensarnos colonizados, subdesarrollados, tercermundistas... inferiores.

En América Latina, este proceso de reestructuración de las ciencias sociales ha asumido rasgos particulares, dados su origen relativamente reciente, su subordinación a los países centrales y los intentos de producir un “pensamiento propio”. En efecto, su emergencia desde la segunda mitad del siglo XX estuvo directamente asociada al proyecto de modernización desarrollista impulsada por Estados Unidos, por lo cual asumieron un compromiso directo con el modelo colonial y la economía capitalista (Torres Carrillo, 2008).

Sigue siendo un anhelo para muchos latinoamericanos llegar a pertenecer al “Primer Mundo”, con la idea de que existen países modelos de desarrollo que debemos alcanzar. Seguimos pensando que la educación deseable, la investigación válida

y el conocimiento reconocible son los producidos en Europa y Estados Unidos.

Se hace necesario, entonces, plantear una alternativa de educación que promueva la real posibilidad de pensar libremente, de construir un conocimiento propio y de hacer de nuestros estudiantes verdaderos productores de conocimiento y no simples replicadores.

En primer lugar, lo que nos urge en estos momentos de crisis –no sólo en el modelo educativo, sino en todas las dinámicas sociales en general– es lograr dar cuenta de lo que realmente es la educación y cómo se da en nuestro país, y no tanto en lo que debería ser, pues se ha ido abriendo cada vez más un abismo insalvable entre los intelectuales y la base social, es decir, entre lo que se dice en la teoría y lo que realmente se practica (Maffesoli, 1997).

La pretendida ruptura epistemológica del modelo racionalista, en la que se valida como única manera de producir conocimiento aquella que se distancia del sentido común, de la subjetividad, de la opinión, hace que la reflexión sobre la educación esté cargada de modelos pedagógicos ideales, muchas veces importados desde otras latitudes, pero que poca aplicación tienen en nuestros contextos locales; y esto, fundamentalmente, porque no hay crítica sino sometimiento a la reproducción del poder, porque no hay discursos que lleven a otros lugares distintos de los de control, como las profesiones, los oficios, la cultura del Estado y las demandas del mercado. Nos hemos convertido en ejecutores de políticas; demasiada normatividad sin secuencia y sin orden (Quiceno, 2002).

Aparece entonces la tensión del campo<sup>1</sup> educativo, que se gesta desde la contraposición de sus mismas funciones:

---

<sup>1</sup> La noción de *campo* lleva intrínseca la noción de un espacio de posiciones (dominante/dominado) estructurado en términos de una disputa concreta y generativo de competencias e intereses específicos (Bourdieu, P.).

transmitir la tradición y formar para la renovación. Esto exige una mirada deconstructiva de la institución educativa, que en términos de Nelson López es “[...] un ejercicio de oír los márgenes de lo institucional; es decir, la posibilidad de ver las fisuras, las grietas que tienen las instituciones, y todo aparato de saber y de poder y de las personas que lo ejercen. Es la posibilidad de oír lo marginal con la misma fuerza del poder”; lo que conlleva la capacidad de establecer rupturas, tanto en el plano personal como social e institucional.

La visión idealizada de ciertos modelos educativos desconoce la realidad social y educativa en la que vivimos, contaminadas ambas por ejercicios de poder —principalmente económico—, que terminan imponiendo políticas y estrategias metodológicas en el interior de la misma institución educativa.

La crisis que viven hoy las disciplinas y el racionalismo modernista está tocando también las puertas de la educación y exige un espíritu más abierto a las experiencias cotidianas, para descubrir en ellas opciones de transformación.

La vida, y por consiguiente el hombre, tiende por naturaleza al desarrollo de su singularidad, entendido en el sentido humano como una tendencia natural a transformarse, re-crear-se, renovar-se, reparar-se, mejorar-se, y la prueba de ello es que cuando lo humano se estanca o es obligado a permanecer en situaciones circulares, reiterativas, cerradas, se enferma, aparece el síntoma que, en el caso de lo social, es entendido como un estallido que irrumpe contra el orden y la aspiración armónica sobre la que aquél descansa, que sería a lo que hace referencia Max-Neef (2004) cuando habla de patologías sociales.

La educación debería entenderse como el espacio privilegiado para el desarrollo de la singularidad. Sin embargo, hoy resulta innegable que el alcance del fenómeno de la globalización neoliberal ha terminado impregnando el sistema educativo; prueba de ello es la actual tendencia de “educación

por competencias”, la cual responde a una política de centrar la educación en la cualificación de la mano de obra, por encima del interés por el conocimiento en sí mismo y del desarrollo de la capacidad de pensar con autonomía y de manera crítica.

Llama la atención que los verbos “formar” y “formalizar”, de los cuales se deriva “formación”, tengan el mismo significado: *dar forma*. Y es a partir de esta aproximación que resulta interesante mirar la educación desde una doble dimensión: *estética* —en tanto trata y trató siempre a propósito de las formas, si se entiende por estética el tratado de las formas— y *psicológica* —apropiándonos aquí de aquello por lo que apeló Aristóteles: alma = forma, objeto inaugural de toda psicología—.

Sería más preciso, entonces, referirse a la formación como un arte y al formador como a un artista, más al estilo del escultor que del pintor, en tanto el primero descubre la obra que yace en la roca, mientras que el segundo, de tanto sumar pinceladas, hace aparecer el cuadro. Por ello, al hablar de formación resulta indispensable pensar en el papel de quien, supuestamente, forma y en la manera como se “da forma” a lo humano.

¿Se trata, acaso, de moldear o de permitir que la *forma*-ción emerja, a partir del reconocimiento de que lo humano siempre suma, no deja intacto, tiende a trans-formar, a desnaturalizar y, en el mismo orden de ideas, a re-crear, antes que dejarse recluir en formas estandarizadas, congeladas, naturalizadas? Aquí es innegable la articulación con el sentido griego de Alma. Desde esta perspectiva, no se forma al Alma, es el Alma la que da forma, de hecho, es forma *per se*.

Esa pura diferencia definitoria de cada ser es, en realidad, el asunto del cual se trata lo humano. Pero, el afán de incluir esa aprehensión dentro de los moldes convencionales de la Ciencia euro-masculino-blanco centrista, impone una universalización donde, paradójicamente, lo singular se esfuma: centenares

de profesionales egresan con una actitud pasiva, legitimadora del orden establecido, replicadores de pensamientos e ideas importadas e incapaces de problematizar la realidad misma y, mucho menos, de leer lo que ella trata de decirnos.

La tensión entre estar *recluido*<sup>2</sup> en formas de ser, estar, pensar, habitar, decididas desde lo social, y una dimensión intrínseca de la condición humana, como lo es el elegir, cambiar, transformar, renovar, reparar, recrear..., nos lleva a preguntarnos cuál sería el objeto del que debería ocuparse toda educación.

Es esencial, entonces, que el hombre complete esa educación encerrada en otra que sólo se puede dar por fuera, en contacto con la naturaleza y el mundo, que sepa hacer, pero también que sea libre, que ocupe un lugar y lo deje cuando sea necesario. Esto es lo que tradicionalmente denominamos “educar para la vida”, y que cada vez está más lejos del campo educativo, en tanto nuestros niños y jóvenes experimentan un cierto extrañamiento entre lo que aprenden en la escuela y lo que viven fuera de ella.

Por lo tanto, si bien la educación institucionalizada –formal– tiene un papel y una función que cumplir en dicha formación, no es la única responsable y, en consecuencia, se mueve en un espectro de permanentes tensiones. No se trata de renunciar a la formalidad de la escuela o a la institucionalización de la educación; se trata de reconocer que la educación no es reductible a esos escenarios y que, como están las cosas, nuestros niños y jóvenes están privilegiando la calle como espacio posible de desarrollo.

---

<sup>2</sup> Entiéndase como una nueva forma de captar las problemáticas humanas, ya no tanto desde la exclusión o clasificación como ha venido operando la ciencia, sino desde una cierta normalidad que estandariza, homogeniza, naturaliza..., dejando sin opciones y tornándose reclusiva. Lo normal puesto en duda.

### Referencias bibliográficas

Gergen, Keneth (1997). *El yo saturado: dilemas de identidad en el mundo contemporáneo*. Madrid: Paidós.

Maffesoli, Michel (1997). *Elogio de la razón sensible*. Buenos Aires: Paidós.

Max Neef, Manfred (2004). *Economía y Realidad*. Conferencia dictada en la Universidad de San Buenaventura, Cali.

Quiceno, Humberto (2002). “Educación tradicional y pedagogía crítica”. *Revista Educación y Cultura*, (59), Bogotá.

Torres Carrillo, Alfonso (2008). *Investigar en los márgenes de las ciencias sociales*. *Folios*, (27), Bogotá.

*Norman Darío Moreno Carmona*

Psicólogo egresado de la Universidad del Valle, magíster en Educación: Desarrollo Humano, de la Universidad de San Buenaventura de Cali. Es oriundo de La Ceja (Antioquia). Su sensibilidad hacia la realidad social de los sectores más vulnerables de la población hace que su interés por la lectura y la escritura esté orientado a despertar, tanto en él como en los lectores, una conciencia crítica hacia condiciones de vida digna para todos. Es un convencido de la importancia de la sensibilización estética —propia del artista— para interpretar la realidad actual.

## PRIMERA MENCIÓN

**Después de 200 años de Independencia,  
¿es ésta la Colombia que soñaron  
nuestros padres?**

*Juan Mauricio Giraldo Olarte*

*La independencia, igual que el honor, es una  
isla rocosa sin playas.  
Napoleón Bonaparte*

*La Libertad, la mayoría de las veces, no es  
para el hombre más que la facultad de elegir  
la esclavitud.  
Gustavo Le Bon*

*Compatriota: las armas os darán la  
independencia, las leyes os darán la libertad.  
Simón Bolívar*

Nos acercamos a la celebración del Bicentenario de la Independencia de Colombia, y en este sentido son muchas las

inquietudes que se formulan acerca de tal acontecimiento. Sin embargo, será propósito de esta reflexión ahondar en el concepto de Independencia, en cómo éste se aplica o no a la realidad propia de una nación “soberana” como es Colombia. Esta reflexión buscará establecer qué tan vigente es la Independencia de Colombia y cuáles son las marcas que aún persisten del Sistema Colonial de corte opresor en la vida nacional actual.

El concepto de “Independencia” nace de la formación de lo que reconoceríamos como la República y, muy específicamente, de lo que hoy se ha establecido como la democracia, que es el sistema político de la mayoría de las naciones en el mundo.

Es la Revolución Francesa, a finales del siglo XVIII, la que impulsaría a que muchas naciones del continente americano asumieran el ideal independentista y rompieran con el sistema gubernamental de corte monárquico.

Ocurrieron diversos hechos como preámbulo de lo que sería la Independencia de Colombia: un florero roto, la firma de un acta que sería modificada por los diferentes ciudades de la nación independiente y, por último, una lucha armada que concluiría nueve años después de la anunciada liberación de la Colonia española. Estos hitos sólo explican históricamente un hecho: fuimos declarados formalmente una nación soberana, por lo que no dependíamos ya de nadie para seguir gobernando nuestro país. En cierto sentido, era la oportunidad de no rendir cuentas de nuestros actos a nadie y de construir una Colombia según nuestros criterios.

Después de doscientos años de “Independencia”, surgen algunas preguntas al hacer el ajuste de cuentas: ¿será que Colombia es independiente? ¿Será que Colombia no es actualmente una colonia de otra nación o de otras? ¿Será que la Independencia que soñó Bolívar y que implicó el derramamiento de la sangre de nuestros Padres de la Patria está en la Colombia

que vemos ahora? Y es que el ajuste de cuentas nos exige mirar atrás sobre esos doscientos años y descubrir si lo construido cumple con las expectativas de la sangre que se derramó y a la cual representa el color rojo de nuestra bandera.

En este punto del debate histórico es posible atreverse a hablar de muchas cosas que no son como parecen ser. En ese sentido el principio del ockhamismo se aplica perfectamente, ya que nos dirá en palabras sencillas que: “Siendo las cosas una igualdad, la respuesta más simple es la correcta”. Entonces podríamos preguntar: ¿qué es más creíble en esta coyuntura de la historia: que hemos construido una nación soberana, libre, llena de valores y principios propios de nuestro contexto; que hemos sido capaces de hacer de Colombia una nación sostenible por sí misma y que cumple el ideal bolivariano y de la sociedad independentista; o que simplemente seguimos subyugados a otras naciones que nos dan la seguridad de sentirnos protegidos y tal vez apadrinados? A lo que dirá Eustorgio Salgar: “Para que un país sea republicano y libre, no basta que lo diga su constitución, es preciso que se lo permitan su inteligencia y estado actual”.

Y en este solo concepto se pueden debatir muchas cosas: primero, hay que decir que Colombia formalmente no es una nación independiente. Desde las relaciones internacionales se percibe la clara dependencia que tenemos hacia la nación más colonizadora y tal vez la más expansiva del mundo: Estados Unidos de América, y pongo de “América” porque muchas naciones de su continente aún siguen siendo parte de su ideal colonizador que nace en las cartas de corte expansionista del mismo Jefferson; por algo diría Nietzsche: “Ser independiente es cosa de una pequeña minoría, es el privilegio de los fuertes”.

Colombia sigue dependiendo de un país que aún lo trata como una sede estratégica de su potencial expansionista, pero cuando se llega a asuntos de políticas que aporten mutuamente y hagan más justas las condiciones de juego en el nivel

geopolítico y tal vez económico, salen a flote los sentimientos de rechazo a partir de un concepto encapuchado llamado “derechos humanos”, aunque no por estos mismos, sino por el constructo neoliberal que sostiene tras de sí.

Colombia no se puede llamar independiente porque tiene poca capacidad de iniciativa. Seguimos imitando el ideal del modelo norteamericano y europeo en nuestro imaginario de progreso; aunque la crítica no yace en que sean malos *per se*, sino que no son apropiados para nuestra realidad concreta. Queremos establecernos como una nación supuestamente avanzada, pero el progreso lo basamos en un modelo dado y no en un modelo construido por nosotros mismos. No somos críticos frente a las construcciones que vienen de otras latitudes y ese esfuerzo de imitación nos acaba llevando a repetir los errores que muchas otras naciones cometieron a lo largo de la historia. Naciones como Rusia y China fueron cediendo con el paso del tiempo al capitalismo. Y otras como las nórdicas y Canadá, que renunciaron al capitalismo, pensaron su propio sistema y evolucionaron como nación.

Colombia no es independiente porque acogió el sistema democrático no como un ideal que respondiera a la cultura y al contexto de América Latina, sino que escogió la ruta fácil, al hacerlo sin reformas, sin reflexiones que hicieran posible un sistema político. Simplemente asumió desafortadamente un sistema que hoy en el siglo XXI, resulta dudoso y tal vez hasta obsoleto, puesto que sus aplicaciones son legales pero no por ello legítimas.

Colombia no es independiente porque sigue modelada por el sistema capitalista. Sistema que, como se demuestra hoy más que nunca, resulta insuficiente para satisfacer las necesidades de las personas, sigue oprimiendo a las clases subyugadas y, finalmente, por su inestabilidad fluctuante, es un sistema frágil, pero del cual somos tan esclavos que es imposible pensar en transformarlo en otros sistemas que hayan funcionado y que

sean de mayor aplicación a nuestra cultura e idiosincrasia. O quién sabe, incluso pensar en un nuevo sistema que funcione en América Latina.

Mi perspectiva no es rescatar el comunismo o el socialismo como respuestas, tampoco agredir al capitalismo, sino moderar y repensar ese “capitalismo salvaje”, y los vicios que acarrea, como lo son el consumismo y el egoísmo, entre otros.

Colombia no es independiente porque sigue manipulada por las ideologías de turno. Copiamos del capitalismo no sólo su realidad económica, sino sus infortunios, como las políticas globalizantes —que ahogan lo propio de cada nación para llevarlas a todas a una esfera común—, su ideología de género y aun los desaciertos tecnológicos de algunas naciones modernas. Incluso las ideas colonizadoras van borrando las huellas de nuestros ancestros: los criollos e indígenas. El trágico final es que nuestro progreso no llegará, por la razón que deja en claro Artineau: “El progreso moral de los pueblos no puede comenzar hasta que no sean realmente independientes”; y de tal cosa nuestra nación carece por completo.

Colombia no es independiente porque la sola idea de crear algo de la nada y que sea propio le resulta ajeno. Nuestros padres lo hicieron, pero las generaciones que heredamos los ideales heroicos de la Independencia, terminamos corrompidas por el facilismo y la imitación barata de modelos extranjeros. La culpa definitivamente no corresponde a quienes sostienen sus políticas expansionistas, ni siquiera a quienes las aceptan, sino definitivamente a la ausencia de ideales verdaderos de independencia.

Finalmente, Colombia no es independiente porque se ha forjado en el conflicto interno, que no tiene fin y que frena el progreso, porque para muchos la guerra es sostenible, en cuanto hace funcionar un país como el nuestro. Pero han

olvidado que nunca un gobierno de corte violento y en conflicto, o lo que llamaremos un gobierno guerrerista, tiene éxito en la historia. Y me atrevo a citar a Max Stimer, quien dice: “La libertad no puede ser conquistada graciosamente; tiene que ser conquistada gloriosamente”. Porque el panorama de Colombia es un panorama ciertamente gracioso, donde los “héroes” son encarcelados y los “villanos” son elegibles para gobernar.

Uno de los indicios de que no existe tal independencia es nuestra falta de identidad. Como nos dice Carlos Andrés Rodas en su texto *Telos y carácter*:

Es en el carácter y en su aceptación reconciliada donde América Latina puede encontrar un *telos* común y avanzar en su historia sacudiéndose de una inercia que es natural a quien no sabe quién es y por tanto no reconoce hacia dónde va. La unidad, fruto de un reconocimiento sincero y sin adornos ni ocultamientos, será la que nos librerá de nuestra tragedia.

Identidad: concepto clave en el que nos falta ahondar y comprender, y que resulta para algunos una hermenéutica adecuada para una América Latina dividida y confusa.

Entonces, ¿por qué Colombia sigue aceptando como un hecho histórico cumplido algo que aún está por vivir? ¿Por qué Colombia se llena de emoción al nombrar los ideales de la Independencia cuando han sido rotos en el transcurrir del tiempo? ¿Por qué Colombia ha olvidado esos nobles senderos que fueron construyendo, y bañaron con su sangre, las ilusiones claras de un grito de Independencia? Es una labor que le queda por responder a la sociedad colombiana y a cada uno de nosotros que seguimos reproduciendo una colonización sin fin. Hemos perdido nuestra independencia. Tragedia que nombrará claramente en su arenga política el mismo Rousseau: “Pueblos libres, recordad esta máxima: Podemos adquirir la libertad, pero nunca se recupera una vez que se pierda”.

¿Dónde quedaron aquellos nobles que rompieron el florero de Llorente y enardecieron los corazones de una nación que quería ser libre? ¿Dónde quedaron aquellos hombres forjados en acero de espada y escopeta y en la lucha por una Colombia que anhelaban libre? ¿Dónde quedaron los vestigios de las ruinas de luchas interminables? ¿Dónde quedó ese grito inmarcesible y el júbilo inmortal? ¿Es después de doscientos años de Independencia la Colombia que soñamos? ¿Tendrá razón Paul Valerie al decir: “La Independencia siempre fue mi deseo, la dependencia siempre fue mi destino”?

## **CUARTA PARTE**

### **SELECCIÓN DE CUENTOS DEL TALLER DE ESCRITURA CREATIVA FUNLAM 2010**



## La premonición

*Jorge Mario Gaviria Hincapié*

A Jorge lo conocían en su casa por tener el don de los sueños premonitorios. Algunos le decían: “Cuando soñes conmigo no me contés”. Sin embargo, su primo Arturo prefería que lo hiciera. Una vez Jorge soñó que estaba en una finca y que allí unos paramilitares llegaban y lo medían con un metro. “¿Para qué me están midiendo?”. “Para su ataúd” le contestaron. Luego un hombre con un fusil le apuntó y no alcanzó a escuchar la detonación. Se despertó cuando la sangre salía a borbotones del corazón. Al día siguiente le contó a la familia: “Vamos a tener velorio; el sueño que tuve lo sentí en la sangre”. Esa noche a un primo hermano suyo se lo llevaron los paramilitares y luego lo encontraron como NN con cuatro tiros de fusil. Otro día soñó que el Cardenal Alfonso López Trujillo era el Papa, y un tiempo después, el afamado cardenal ofició el lavatorio de los pies en Roma porque Juan Pablo II estaba agonizando.

Un día Jorge soñó que su primo Arturo tenía una moneda. Era muy especial: no tenía cara ni cruz. Por un lado tenía lujuria y por la otra terror. Jorge le pedía que lanzara la moneda para una suerte y Arturo la tiraba al aire. A medida que iba cayendo, llegaba la Tía Emilia, con su bastón y sus noventa y tres años, caminando como un pingüino a coger la moneda. La volvía a lanzar y llegaba Susana la hermana de Arturo y cogía la moneda. Una y otra vez, una y otra vez, y la moneda terminaba rodando por el piso hasta el río. Jorge se despertó con esa sensación de misterio que le producía siempre mirar el destino. Con sus acertijos y sus aristas, consciente de estar viendo la proyección de una cuarta dimensión.

Pasaba el tiempo y llegaban los sueños y algunos se olvidaban. Giraba el mundo y cualquier día Jorge y Arturo se fueron con unos amigos para una montaña a pescar y a acampar. Llevaron carpas, ollas, lombrices californianas y unas bolas de marihuana. En la noche prendieron los puchos y se echaron a reír. En medio de la oscuridad se veía el rostro de los pescadores apenas iluminado por la brasa del cigarro cuando lo aspiraban. Jorge le preguntó a Arturo: “¿Te acordás cuando la tía Emilia se fue para tu casa a amanecer y antes de morir se dijo que en tu casa espantaban?”. Arturo no se rió. “Claro que me acuerdo”, le respondió. Arturo se levantó y se fue para el río a orinar y allí se quedó sentado en la orilla. Desde la carpa veían a Arturo como una sombra divisando la estela que dejaba la luna sobre el cauce del río como un camino sereno; le observaban lanzar hacia arriba y luego recoger una moneda que centellaba con la luz de la luna mientras daba vueltas en el aire.

“Contanos pues la historia de la tía”, replicaron los que se quedaron en la carpa. Jorge aspiró una bocanada de marihuana, la retuvo. Uno, dos, tres... vino una tos y un poco de humo le envolvió el rostro.

—Viejos, ella contó antes de morir que cuando se acostó en la casa de Arturo, sintió una mano mojada y fría, fría, fría que le jaló las patas y un cuerpo resoplando al lado. La Tía Emilia dijo: “¿Quién anda ahí?”. La respiración de ese cuerpo se contuvo y empezó a retirarse lentamente. Ella dijo que el corazón se le quería salir y que empezó a rezar un conjuro que le enseñaron cuando estaba chiquita, y después de eso no aguantó más, se puso morada y estiró la pata.

—¡Qué susto tan hijueputa! —dijeron en la carpa.

Mientras tanto, Arturo en la orilla del río estaba pensando en su hermana Susana. Su piel blanca y su pelo castaño le invadían todos los pensamientos. No había para él otras mujeres, la imaginaba en un vestido blanco, descalza, caminando sobre las

baldosas rojas de su casa. Observó en la penumbra el río, el ruido del agua acompasaba el caer de la moneda, siempre en la palma de la mano. Aspiró el pucho de marihuana con el que se había venido de la carpa. No reía.

Recordó muchas noches en las que él estaba recostado en su cama esperando a que la luna llegara a su cenit. Aquel momento cuando el sueño es profundo y todo es sordo. Recordó que muchas veces en esa oscuridad, tener los ojos cerrados o abiertos era lo mismo y la oscuridad lo envolvía de tal manera que él se imaginaba metido en una bóveda del cementerio, con las carnes pudriéndose y que quedaba sólo su esqueleto. Recordó una noche en particular: había acabado de llegar de la calle, había estado todo el día por fuera. Entró a su casa, se quitó la ropa y se acostó. No podía dormir, el pensar en su hermana con sus muslos firmes y sus pechos duros, le hacía latir su corazón con fuerza. Se le hacía agua la boca, imaginaba su lengua recorriendo la piel blanca y tocándole el pubis apenas con su aliento. La respiración se aceleraba. Esperó impacientemente. Recordó que se levantó de la cama, crujieron dos tablas. Las habitaciones en galería no tenían puerta, caminó los pasos que se sabía de memoria hacia la habitación de Susana. La oscuridad era total al igual que muchas noches. Las manos le sudaban, la ansiedad le hacía temblar sin miedo, a medida que se acercaba a la cama el corazón le latía con fuerza. La respiración se hacía más fuerte y su miembro se mantenía erecto y desafiante. Recordó que estiró la mano y la metió entre las cobijas buscando la suavidad de las piernas de Susana. Esa noche era distinto, se topó con una piel áspera y de un frío penetrante. Por un instante imaginó que la misma muerte estaba esperándole, contuvo la respiración y escuchó una voz de espanto en la habitación: “¡Quién anda ahí!”.

Jorge salió de la carpa y se fue para la orilla a buscar a su primo. En la orilla no había nadie, la moneda estaba en la hierba reflejando la luz de la luna. La tomó y la tiró al aire, la atrapó en su palma y se acordó de la Tía Emilia; la volvió a

tirar y se acordó del sueño. “Arturo en estos días soñé con vos”. No contestaba. “Soñé también con Susana. Te acordás que me dijiste que cuando soñara con vos te contara. Primo, volvamos a la carpa pa’ que contemos historias de terror”. Nadie respondió.

Jorge empezó a sudar, sintió una sensación similar a la que tenía después de sus sueños premonitorios. A pesar de la marihuana quiso agudizar sus sentidos: entre el barullo del río, percibió la voz jadeante de Arturo repitiendo una y otra vez: “Susana, Susana”. Jorge buscaba entre la maleza la figura de su primo. Lanzó nuevamente la moneda para disimular su miedo. Se paró en un parte cenagosa, caminó como un pingüino, se acercó a la orilla, Arturo estaba desnudo, repetía frenético: “Susana, Susana”. De pronto, mientras caminaba por la orilla, Jorge escuchó un grito de agonía que lo asustó: “¡Susaaaanaa!”.

La moneda cayó de su mano y rodó al río. Jorge la siguió con la mirada y cuando volvió a ver hacia donde estaba su primo, Arturo ya no estaba allí. El río había lavado su lujuria.

*Jorge Mario Gaviria Hincapié*

Nací en Medellín un primero de enero. Soy modelo 69 doble farola. Nací en la Clínica León XIII, como muchos de los hijos de los trabajadores que estaban afiliados al ISS. Quienes realmente me conocen dicen que soy como Gandhi, porque cuando me están “diciendo las cosas” yo asiento con la cabeza y hago pistola con los dedos de los pies. Me gusta ser papá y esposo y contarle cuentos a mi maestra del Taller Literario de la Funlam. He sido el Ratón Miguelito y el Dr. Framigham, famoso epidemiólogo. Me gustaría ser el autor de la Teoría del Ser Feliz y otras historias de bacterias y virus.

# Izinyanga

*Juan Mauricio Giraldo Olarte*

La mujer estaba allí, cubierta por la calidez de la mañana africana. No era para menos, la tarde anterior languidecía tras las bochornosas lluvias que caían sobre la población. Desesperada por la incandescencia y el sofoco, se precipitó hacia el río más cercano. Le sentaba bien mojar con el agua corriente la ferocidad del calor que la carcomía. Su salud apenas le daba la posibilidad de lentos movimientos y se cansaba con facilidad. Se dirigió a la choza y no encontró el espejo en el que contemplaba cómo los días pasaban por ella. Revolcó todo, pues temía que se lo hubieran llevado; tener el espejo en su comarca era todo un privilegio. No podía acordarse dónde lo podía haber extraviado y la angustia acrecentaba el sufrimiento y la afectaba aun más, ahora que apenas se recuperaba de la enfermedad.

Pero ella, obstinada, persistía en la búsqueda. Buscó debajo del tejido que era su cama; cavó huecos en la arena del piso de su choza y debajo de la madera que usaba como mesón para cocinar. Por un momento se incorporó y recordó con terror la envidia de las otras mujeres. La duda y la rabia la llevaron, imprudente, hacia las chozas vecinas.

Lo intempestivo de su locura no le permitía ningún tipo de racionalidad y por eso la arrojaban sin miramientos. Regresó a su casa cabizbaja, triste por su pérdida, su única compañía: ella misma. De pronto, pareció salir con violencia de su ensoñación. Insegura de lo que ocurría, sintió nuevamente la candente mañana; hacía dos noches rogaban a Isangoma para curarla de

los espíritus que la poseían. Miró a su alrededor y justo al frente de ella permanecía el espejo que había perdido en sueños. Lo tomó en sus manos y miró el rostro pálido que apenas podía esbozar una sonrisa. Este no era un espejo en buen estado, tenía en sus bordes hongos y vaho de la humedad viscosa que iba tomando vida, unas líneas reflejaban la tridimensionalidad del rostro imperfecto y ajado. Ese espejo humedecido, rallado, de imagen borrosa, era preferible para ver su rostro magullado. A su edad, con la salud que tenía y después de una trepanación craneal, aquella mujer estaba condenada a sufrir la soledad. Sin embargo, los dioses y el destino ya habían hablado: había nacido la nueva Izinyanga de la tribu.

## Buscando a Alis

*Lorena Daniels Ávila*

—Tranquilo, esto sólo dolerá un poco, vas a sentir un pequeño piquetazo; a ver, sólo extiende el brazo, un poco más, respira... eeeeso, ¡muy bien!, eres muy fuerte. ¿Ves que no dolió, cierto? Sostén el algodón un ratito más mientras tus venitas se cierran. ¡Excelente! Toma, te mereces este delicioso dulce por ser tan valiente...

—Ese niño es como raro, ¿no, Susan? Los médicos no le han encontrado nada grave, sólo algo de deshidratación, pero desde que lo trajeron los policías no ha hablado, ni llorado, ni siquiera ha querido comer y se ve que tiene hambre ¡Qué pesar! ¿Quién sabe qué le habrá pasado al pobre?

«Pobre, yo no soy pobre, si vieran todos los animales que tiene mi papá allá en La Querendona, es que hay vacas gordas y lecheras, hay gallinas y patos, y unos cerdos más grandes que yo y más blancos que la abuela Juana; y tierra, La Querendona sí que es mucha tierra y toditica de mi papá y algún día será mía. Pobre por estar aquí en este lugar tan frío y maluco, si no mire esa mesa llena de algodón, y ese montón de inyecciones y tarros de jarabes horrorosos, este cuarto frío sin nada bonito que ver; con esta cama tan pequeña, dura y helada, y esos aparatos que nunca había visto y lo único que han hecho es chuzarme. Pobre por estar aquí, escuchándolas hablar de mí con esas palabras raras que no entiendo; pobre, sí, pero porque desde aquel día mi boca se cerró y no me deja hablar, y mis ojos se secaron como el río cuando no llueve y no puedo llorar ni cuando me pinchan con esas agujas; pobre porque ya no voy a volver a La Querendona y no sé qué hacer».

—A ver, ¿cómo sigues amiguito? Me han contado que eres muy valiente, ¿es cierto? Bueno, ahora vamos a revisarte de nuevo para saber cómo ha evolucionado tu organismo, primero abre grande, un poco más, a ver, di aaaahhh, ok. Sólo abre la boca un poco más, eso es, muy bien, ahora voy a revisar cómo están tus latidos, esto no dolerá, sólo colocaré este aparatito, el es-te-tos-copio por aquí y él me va a permitir escuchar tu corazón, ¿ves que no duele?... muy bien, ahora recuéstate un poco y me indicas si hay dolor.

«Cuántas veces repetirá lo mismo, este doctor no se cansa y vuelve a tocarme la barriga, el pecho y la espalda y otra vez llama a las enfermeras y les dice esas cosas raras y vienen ellas y me vuelven a chuzar: si siguen así voy a quedar como la almohadita que mi mamá usaba para clavar sus alfileres...».

—Doctor, ¿qué más quiere que hagamos? Ya le aplicamos los líquidos que indicó.

—Pues sugiero que hablen con la trabajadora social o con la psicóloga del hospital; el niño se encuentra bien, los problemitas que tiene ya se están tratando, pero si no come o no nos dice qué le pasa, será muy difícil seguir ayudándolo.

—De acuerdo, doctor, enseguida la llamo.

—Muy bien, campeón, todo está muy bien. Intenta comer un poco mientras viene mi compañera a hablar un rato contigo.

«Comer, ¿de esa comida tan rara y blanca? No... yo mejor espero que mi mamita cocine...».

—Buenos días, pequeño, por fin te conozco, ya tenía curiosidad, ¿no te han dicho que eres el centro de atención del hospital? Todas las enfermeras hablan de lo buen paciente que has sido, que te has portado muy bien, que eres muy fuerte, que no has llorado con ningún piquetazo, ¿es cierto? Pues eres

mucho más valiente que yo, que a mi edad le tengo pánico a las agujas, ¿puedes creerlo? Soy una adulta miedosa... nada que ver contigo... A ver, los policías que te trajeron me cuentan que unas personas te encontraron caminando solo en medio de la carretera lejos de cualquier caserío... ¿Me quieres decir de dónde vienes? ¿Por qué estabas caminando sólo? ¿Y tus padres o hermanos?

«Pues, estábamos jugando Alis y yo. Jugamos como todos los días y esta vez ella debía encontrarme, y yo tenía mi escondite secreto, el mejor de todos los escondites, allí no me encontraba nadie —ni siquiera yo mismo pensaría en buscar allí—. Ella me busca en toda La Querendona y nunca me puede encontrar, pues cuando va en diez, yo salgo vola’o, corro más rápido que todos, vuelo sobre cualquier charco de un solo impulso, salto encima del jardín de mi mamita, atravieso el largo pasadizo que separa la sala del resto de la casa, abro puertas, y luego me deslizo rápidamente hasta meterme en mi refugio, en el mejor de los mejores lugares para esconderse... Soy tan rápido que mi mamá apenas si me ve en el patio y comienza a decirme: ¡Nicolás, deje de correr con sus dichosos amigos y busque pa’ entro que ya va a llover, está que se larga el agua!

«Entonces yo ya estaba allí en mi gran escondite sin que nadie se diera cuenta, riéndome porque sabía que otra vez Alis nunca me encontraría y se rendiría y me llamaría a gritos por toda La Querendona: “¡Nicolás, así no juego, estás haciendo trampa!””, entonces yo saldría para que jugáramos otro juego. Pero mientras Alis se rendía, dejé de escuchar a mi mamá y a doña Petra; la señora que toda la vida ha estado con nosotros y que crió a todos los hijos de mi mamita; ellas nunca se quedaban calladas, mi papá decía que hablaban más que loras mojadas, y yo sí que lo creo, era muy raro escuchar silencio en La Querendona, ellas nunca se callaban. Pero ese día cuando sonaron más cerca los ruidos que asustaron a las mujeres, todo el mundo se quedó en silencio y luego se escuchó esa voz gruesa que hablaba raro y le dijo a mi mamá: “¡Madrecita querida!,

mis hombres y yo tenemos sed y hambre”, y mi mamá, con los nervios alborotados como siempre decía, buscó lo que había quedado del almuerzo y cocinó algo más para darle comida a los hombres de verde, esos de cara rallada y mirada triste que después de comer como los cerdos siempre partían. Pero este día querían hablar de negocios con el hombre de la casa, con el dueño de La Querendona, y mi mamá, sin más, lo mandó traer con Pedro Emiro, el único trabajador que nunca iba a los potreros, sino que se quedaba ayudando a las mujeres. “¡Es el ayudante de las mujeres!”, decía papá.

«Cuando llegó mi papá, aún Alis no se daba por vencida, quién sabe dónde estaría buscándome y yo aquí en mi gran escondite secreto. Entonces, mi papá le pidió agua a doña Petra y comenzó a hablar con el más grande de los hombres verdes; él se reía muy fuerte y movía la cabeza y le tocaba el hombro a mi papá, “Nicolás, Nicolás, es usted un hombre muy inteligente, pero no se me las quiera dar de listo, mire que todos salimos ganando, usted se queda con lo suyo y nosotros con lo que nos deben por asegurar sus vidas, ¿no le parece justo! Amigo, salde su deuda y todo queda en paz...”. Pero mi papá seguía alegando, así como lo hace con mi mamá, y con los vecinos él siempre está alegando... Y en esas se larga el agua y era una tormenta, sonaba un trueno tras otro y las mujeres gritaban por miedo a los rayos y fueron tantos que por un rato no se escuchó más que puros truenos, truenos y más truenos y yo cerré mis ojos hasta que nuevamente La Querendona se quedara en silencio, y apareció ese olor a hierro, todo güele a hierro, aún hoy, y cuando abrí los ojos, quién lo diría, pasó lo que nunca pensé que pasaría, jamás imaginé que eso pudiera pasar, nunca, nunca jamás, pero estaba allí frente a mí, mojada, riéndose como siempre, era Alis, me había encontrado, había encontrado mi escondite secreto, el mejor de todos los escondites. Aún no entiendo cómo lo pudo encontrar, y entonces me tocó contar a mí y cuando esa gente me vio en la carretera yo sólo estaba buscando a Alis... Aún sigo buscándola pero no la veo, seguro ella también encontró un lugar secreto, su mejor lugar de escondite...».

—Pequeño, debes decirme algo. Todas las personas que estamos en el hospital te queremos ayudar, pero debes poner un poco de tu parte, dime de dónde eres, dónde podemos hallar a tus papás.... Ok, está bien, tómate tu tiempo pero si quieres decirme algo, voy a estar aquí, no dudes en hablarme...

*Lorena Daniels Ávila*

Un 27 de septiembre inicia mi historia, ¡y qué historia! Preludio de maravillosas aventuras; secuencia de etapas inexorables prediseñadas para todos y vividas por pocos... Sí, soy Super Lore, la súper héroe de las utopías —creo que por ello aún no conquisto victoria alguna—. Habito en esta joven tranquila, felizmente estudiante de Licenciatura en Teología, aunque a veces creo ser la única que sé de la existencia de esa carrera y su utilidad. Soy orgullosamente amigoniana, apasionada y enamorada de la vida, y ansiosa por saber todo aquello que ignoro y conocer todo cuanto desconozco.

## Café

*Anderson Arenas Piedrahíta*

Nada llamaba la atención en ese cuerpo apoyado en el bastón. No se incluía en su contorno la tensión que impulsa a la resolución promiscua de querer tocar, oler, desordenar, gozar o crear una herida. Las tardes en el cafetín de don Juan fueron el escenario propicio desde donde nos visitó el milagro puntual de las muchachas que pasaban riendo y que intencionadamente dejaban caer cuadernos, lápices o pedacitos de papel para que viéramos lo que don Juan llamaba sus maldades premeditadas. Las más comunes eran las maldades blancas; pero también había azules, rojas, negras y verdes brillantes. El cojo acuñaba piropos, que según él después de un tiempo las enamoraban: “Adiós, flor de cocuyo, todo lo que yo tengo es tuyo”; “Si como caminas cocinas, renuncio a los vegetales”.

Por ese entonces corrían rumores de que Jorge el carnicero atendía a los clientes de mala gana porque su mujer, delicia para el común gusto de aquellos que amamos los escotes y el realce, salía temprano muy bien arreglada y regresaba tarde. El Cojo, siempre puntual a la hora del tinto, no aparecía hasta el momento en que don Juan cerraba el cafetín. ¿Pero quién iba a pensar mal del Cojo, o mejor dicho, de ese pobre muchacho deforme que nos saludaba a todos y a nadie le negaba un favor? Creyente de tiempo completo, en su cuello colgaban todo tipo de crucifijos y en el brazo izquierdo tenía un tatuaje que decía *Dios y Madre*. El infaltable radio en el que escuchaba “el sonido de las palmeras”, lo hacía ver como la encarnación de la felicidad, marcada en la comisura de sus labios.

Ya nos lo había dicho don Juan: “Por una mujer como esas se va a la guerra”. Y el Cojo libró la suya cuando sintió que un cuchillo mata-ganado le atravesó la espalda. Los que recogieron el cuerpo dicen que en su radio se escuchaba la canción de Héctor Lavoe: “Con lágrimas no se curan heridas, opino que no se debe llorar...”.

*Anderson Arenas Piedrahíta*

Estudia Psicología en la Funlam. Desde el segundo semestre de 2010 pertenece al Taller de Escritura Creativa de la Funlam.

# Éxodo

*Marta Cecilia Álvarez Marchena*

Cada año, con la celebración de la Semana Santa, mi pueblo sufría una transformación; quedaban de lado la algarabía y el jolgorio, el ambiente se enrarecía, y la quietud y la religiosidad se adueñaban del lugar.

Las personas, al igual que los animales, caminaban a paso lento, con la cabeza gacha, en duelo colectivo, y no era para menos: Dios estaba muerto, pero antes soltó al diablo y le dio potestad sobre la tierra, más exactamente sobre este pueblo.

Sólo el viento tenía libertad para hacerse sentir y correr a la velocidad que quisiera. Cuando en forma de torbellino levantaba la polvareda de las calles destapadas... esa era la confirmación... el diablo había llegado.

Por eso, el Lunes Santo todos los “pelaos” buscaban a sus padrinos para recibir, junto con su bendición, la renovación de la fe del bautismo; así el diablo no se los llevaría por moros. Los padrinos, a su vez, obsequiaban algo a sus ahijados para no ser llevados por tacaños.

Había que bañarse antes de las tres de la tarde, la hora santa, o se corría el riesgo de convertirse en bestia. Como ocurrió con un mulo que apareció en el parque del pueblo un Martes Santo; al no tener dueño que lo reclamara, el cura y el alcalde improvisaron un censo. Al constatar que no faltaba ninguno en el pueblo, llegaron a la conclusión de que el mulo

debía ser de un cachaco, de esos que vienen de Medellín y que creen que la gente de la costa es cismática y supersticiosa.

Era mejor andar a pie para evitar recoger gente en el camino. Mi abuelo recuerda que un Miércoles Santo iba en su bicicleta y un compadre, que hacía rato no veía, le pidió que lo acercara, a lo que mi abuelo accedió. El compadre se acomodó en la parrilla; a los pocos metros el pobre viejo ya no podía pedalear porque su acompañante se hacía cada vez más pesado. Cansado, sudoroso y ya intrigado, se volteó y notó que las piernas de su compadre se habían alargado de tal forma que los pies permanecían en la esquina donde lo recogió. Como pudo, se santiguó y alcanzó unas ramas de matarratón, y con ellas sacudió en forma de cruz, tres veces, una por cada caída de Cristo. Inmediatamente su pasajero desapareció. Cuando mi abuelo llegó a su casa recordó que su compadre había muerto hacía ya varios años, un Jueves Santo por la mañana.

Y en vista de que a Dinaluz y su novio les agarró la pasión en pleno amanecer del Viernes Santo, se quedaron pegados y tuvieron que sacarlos a la plaza y dejarlos doce horas, una por cada apóstol de Cristo, para que el sol con su calor y la luna con su frío resfriaran al diablo y saliera con un estornudo.

Y Matilde... desapareció un Viernes Santo y volvió a los ocho días convertida en gata, y todo por estar jugando con una bolita de hilo mientras el gallo cantó tres veces, tal y como lo hizo el miserable de Judas cuando negó a nuestro Señor. Su abuela la reconoció por la mancha negra en la oreja. Matilde la tenía en la frente, pero con la transformación se debió correr. Aunque algunos aseguran haberla visto subirse a un bus, con maletas y todo, y en compañía de su novio, rumbo a Magangué.

Ahora, en vísperas de Semana Santa, todos se van a visitar amigos y parientes, sobre todo a los que viven lejos; el pueblo queda abandonado para que el diablo haga lo que le pegue la gana y regresan el Domingo de Resurrección, cuando están seguros de que Dios está vivo.

# Viaje a casa

## (Una historia en tres tiempos)

*Javier Esteban Suárez Zapata*

### 1. El demonio de bolsillo

Cuando camino solo por las calles, al terminar la jornada, comienzo a sentir en el bolsillo izquierdo de mi pantalón un cosquilleo, algo se mueve... es mi pequeño demonio, que aunque siempre está a mi lado, sólo logro escucharlo en algunas ocasiones... y a veces, pocas veces, contadas veces... salta un instante de su escondrijo y en sólo un segundo saluda, guiña un ojo, se sonríe y dice: “Un día más”. Yo no sé qué contestarle.

Con voz de niño terrible me recuerda, al ver pasar a la gente, la ironía de sus destinos, el tedio de su existencia, lo grotesco de su final. Luego, dos tizoncillos rojos asoman entre los pliegues de la tela, miran mis ojos, y en silencio parecen decir: “También es tu sino”.

Su único oficio es hablar y siempre habla aunque no lo escuche. Cuenta el mito de mi vida y la fábula de mi muerte, la torpeza de mi amar, la cobardía de mi odiar, dice todo lo que no quiero oír.

La estación del Metro aparece frente a mí, es un día oscuro y lluvioso y el murmullo de mi demonio es cada vez más fuerte. Hay días, como el de hoy, en los que definitivamente no puedo soportar la desenfrenada lengua de mi pequeño demonio.

## 2. Ojos azules

Iba tranquilo en su asiento del Metro, haciendo lo que acostumbraba a hacer en los veinticinco minutos que separaban la estación San Antonio de la estación Niquía: mirar por la ventana; ver las gotas de lluvia chocar contra los edificios; los parques, las iglesias, la Universidad, las chocitas... las lomas, las lomas que rotan según el movimiento calculado y siempre igual del tren; ve a las palomas revolotear por una miga de pan; los gallinazos aguardando por el final de uno de los tantos hombres-rata que se refugian en claustrofóbicos, nauseabundos, terroríficos desagües, a la vera de un río color marrón; ve a quienes, a bordo de piraguas, transportan la carga del lecho que han logrado arrancarle al río para conquistar su sustento. De pronto, en una de tantas estaciones, dos relámpagos azules, centelleos de un azul como nunca antes había visto.

El tren se detiene, descarga y recoge a sus pasajeros, todos iguales, con la misma mirada vacía, con el mismo deseo de nada que caracteriza a quienes habitamos en ese laberinto-ciudad, agotados y aburridos, sumidos en un eterno tedio, pero siempre en movimiento.

Sin embargo, algo diferente hay esta vez: entra ella con sus dos brasas azules. Eran los dos relámpagos que un par de segundos atrás casi lo habían cegado. Ella camina y sin ceremonia alguna se sienta justo a su lado; él nota que lo mira, ella nota que él la mira; ella le da la espalda, él, invadido por el azul de esos ojos, respira un aire azul y pesado.

—Me miró —se dice a sí mismo.

—Te miró —le dice una vocecilla que parece provenir del bolsillo izquierdo de su pantalón.

—Háblale —exhorta la pequeña voz.

—No puedo —responde—. ¿Qué podría decirle yo?

—Cuéntale de sus ojos, dile que son azules, azules como las montañas al atardecer... cuando se miran desde lejos.

—¿Para qué le diría eso? Seguro la incomodaría. Que soy un loco... es lo que pensará, además de atrevido e imprudente. Al final, ¿qué importa si le hablo o no?, seguramente sea esta la última vez que la vea en mi vida... luego podré olvidarlo todo y ella no existirá más.

—Precisamente es eso lo que debes evitar —sugiere la pequeña voz—. ¿Acabarás con su existencia por tu cobardía? Háblale de sus ojos, dile que el azul de sus ojos es el azul de su alma, que si los ojos son el espejo del alma, su alma es plácida y profunda y hermosa por sobre todo.

—¿Para qué? ¿Qué ganaría yo con ello? ¿Qué ganaría ella? Con qué motivo puedo obrar para atraerla al fango patético de mi vida, para ensuciar con mi negro espíritu el luminoso azul de su alma. ¿Qué ganaría yo al verme, lóbrego, reflejado en un mar azul? ¿Qué ganaría ella, flor de un instante, al ser tomada por un infeliz?

—Seguramente, no ganarías más que una mirada —responde el demonio.

El tren se llena y se vacía, se vacía y se llena; preso de los rieles que lo guían, atraviesa un universo enmarcado por inexorables montañas. Por sus ventanas discurre el tiempo del mismo modo que fluye el río a sus pies, y en sus entrañas un hombre debate con su demonio en torno al azul de unos ojos.

Ella se aleja y, sin volver la mirada a quien fue su adorador por un instante, se desvanece.

### 3. Ad portas

El cansancio del viaje hace que te duela la cabeza, maldices la suerte que te depararon las hilanderas de tu destino. La voz, la pequeña vocecilla, que puede hablarte durante horas sin parar, parece callar... como siempre lo hace, a las puertas de tu hogar.

Cansado ya, tu pequeño demonio se ha sometido a tu voluntad y se ha silenciado.

Cansado ya, has de ponerte a cubierto tras las murallas de tu reino.

Mañana será un día más.

*Javier Esteban Suárez Zapata*

Estudiante de Psicología de noveno semestre. Pertenece al Taller de Escritura de la Funlam desde hace tres semestres.

# Familia Tirada

*John Jaime Barrios Orozco*

Esta es una familia muy particular cuyos apellidos son Tirado Rest. Tirado, un apellido no muy común; Rest, una palabra inglesa que significa descansar o descanso. Ellos hacen honor a sus apellidos con todas las de la ley, ya que pasan la vida en el piso, tirados; es decir, todas las actividades son en el suelo, acostados; siempre en el suelo, se arrastran. Así lo señala el papá cuando dice: “Tenemos que ser dignos representantes de nuestra ascendencia, de nuestra raza, de nuestro apellido. Nuestra madre estaba acostada cuando nos parió y nacimos acostados, tenemos que vivir en el piso”.

Don Armando, Armando Tirado Rest, es el jefe del hogar. 68 años de edad. 1.60 de estatura. Morenito. Jubilado. Se la pasa en la casa... tirado. Se viste siempre de traje formal con sus colores preferidos: beige o café. Usa corbatas rosadas, fucsias, verde esmeraldas, que combina con camisas rojas o rojo-anaranjadas, preferiblemente floreadas. Sus zapatos son rojos o verdes de charol. Ama el suelo.

Doña Dolores Tirado Rest es la matrona. Tiene la misma edad que el señor Tirado; sus apellidos son en ese orden porque don Armando dice que todos somos hermanos y tenemos que ser idénticos en todo. Ella sólo tiene dos mudas: la de la casa y la de salir. Es la que hace de comer aunque se queja, pues dice que acostada es difícil, pero que ante todo respeta el honor de la familia.

El desocupado, la “oveja negra” de la familia, es Melquisedek Tirado Rest de 51 años. Su pelo es aún totalmente negro y muy largo. No le gustó el estudio y dice que le encanta su vida. Alguna vez pensó en ser “volador”; es decir, practicar el parapente. Por ello se ganó un fuerte regaño del señor Tirado: “Ni se le ocurra que se va a parar del piso y menos que va a volar. Lo único que la dignísima familia puede hacer levantada es entrar al baño”.

Se la pasa, por orden de su padre, en el piso.

La linda de la casa, a la que se quisieran todos, es Isadora. Se llama así porque cuando estaba muy niña se murieron dos tías: Isolda y Dorotea, de allí su nombre. Tiene 42 años y le encantan las minifaldas; vende en su casa toda clase de ropa femenina. Isadora Tirado Rest es también modelo y practica en su casa, pues el señor Tirado dice que si ella sale, se para. Por eso, ella se cambia, se mide, modela toda la ropa, aun la interior, desde donde le mandan sus padres, desde el suelo.

El hijo pequeño es Amado, de 39 años. El joven Amado Tirado Rest es un “enfermo” por la música clásica; de hecho tiene una organeta en la que debe tocar desde el suelo. Ya sabe algunas obras. Se la pasa oyendo música y es un enamorado de Mozart, de ahí su nombre; otro amado por Dios. No come casi por oír al maestro y dice que primero de pie que dejar de oír a su maestro. Reconoce estar realmente muy feliz con su vida tirada. Se viste con pantalonetas con huequitos y con estampados floreados y camisetas manga-sisa que casi nunca lava, pues afirma que desde las alturas nadie lo alcanza a oler.

Una familia bonita; hasta sus mascotas, el perro Arrastrado y la tortuga Speedy, son bellas.

La familia Tirado Rest piensa pasar el fin de año en una finca en Honda. Ni de fundas y por nada del mundo, por nada del mundo, piensan ir al río, pues según palabras de doña Amada

Tirado se ahogaría, así que lo único que exigieron para pasarla bien fueron unos pisos limpios, bien barridos y trapeados. Como reza el lema del padre de familia: “Buenos pisos, buena vida”.

*John Jaime Barrios Orozco*

Nací en Bogotá. Soy estudiante de Licenciatura en Inglés de sexto semestre. Estoy en el Taller de Escritura Creativa de la Funlam desde su inicio, en 2008. Me encanta estar en el Taller pues he aprendido mucho y, gracias a ello, ya me han publicado algunos de mis “absurdos” cuentos. En música, pertenezco al coro de la Funlam con John J. Villegas y estoy en el curso de guitarra con el profesor Joel Sánchez. También trabajo como profesor de inglés en el colegio Prados Verdes de Medellín.

# Claustrofobia

*Hernán Arias Moreno*

La casa era la menos sombría de la región y estaba situada en medio de un bello prado, rodeada de imponentes pinos que se erguían desde el suelo hasta tocar la niebla. Sus largos corredores estaban llenos de azucenas y de plantas que impregnaban el ambiente de un olor exquisito. Las ventanas azules de madera, al abrirlas, iluminaban el fondo de la casa, sin dejar un solo rincón en penumbras. Nada en este recinto era digno de temor, ni siquiera su decrepita habitante, una anciana de 90 años que, en las noches de neblina, recorría los corredores con su camándula y una manta blanca, rezando a las ánimas del purgatorio, las almas en pena que, según ella, merodeaban por la casa en el mes de noviembre.

La casa estaba situada en una vereda a las afueras de la ciudad, en donde parejas pensionadas se retiraban a pasar sus últimos días de vida en medio del silencio y la paz que trae consigo el campo. En este lugar era donde Carlos solía pasar sus mejores momentos en compañía de su madre y de su tía. Solía ir los fines de semana y en vacaciones para así alejarse del bullicio.

Era un solterón redomado. No perdía oportunidad para entregarse al mundo de los placeres mundanos, vivía sin afanes, sin temores, sin remordimientos, sin culpas que lo persiguieran. Decía no amar, pero se sabe que lloraba en silencio, a lo mejor por el tiempo perdido o quizás por las mujeres perdidas. Era aficionado a las motocicletas. Le encantaba ir al campo y recorrer

los caminos en su propia moto, una legendaria “guerrera” de color negro, que le había dejado su padre al morir.

Una noche de noviembre, en pleno mes de los difuntos, después de que su tía elevara unas plegarias al cielo por las ánimas del purgatorio que deambulaban por su casa, Carlos quiso aprovechar la claridad de la noche, con una luna bellísima, para ir a dar uno de sus acostumbrados viajes en moto por los alrededores. Encendió el motor y se abrochó el casco; después de una bendición apostólica que le dio la tía, aunque Carlos decía no creer en nada, partió dejando una estela de humo blanco que se confundía con la poca niebla de la noche.

Después de mucho recorrer los caminos y carreteras destapadas de la vereda, entre pensamientos de amores que lo atormentaban, sintió un fuerte deseo de orinar; pensó en esperar hasta llegar a casa, pero aún estaba bastante lejos. Decidió entonces detenerse en un paraje oscuro al lado de la carretera, en donde podía estacionarse tranquilamente. Se bajó de su motocicleta, la apagó y no se quitó el casco, pues siempre era un trabajo hacerlo; se alejó de la carretera cuidándose de no ensuciarse con el excremento de algún animal y se dispuso a orinar.

De pronto, lo acometió un fuerte escalofrío que recorrió todo su cuerpo; después sintió que en frente suyo, en un matorral, algo se movía y luego se alejaba raudo. Había una densa niebla que no permitía ver muy bien; tal vez si se quitara el casco vería mejor lo que pasaba, qué era aquello que se alejaba de él a unos pocos metros.

Trató de soltar el sistema de sujeción pero el casco no cedía, la hebilla estaba atorada y era imposible quitárselo; intentó entonces levantar la visera, pero ésta también permanecía en su lugar; trató de pensar y reflexionar, de no perder la calma e intentar desabrochar nuevamente la hebilla, pero todo fue en vano. Comenzó a sentir una extraña sensación en su cuerpo.

Tenía mucho calor y su respiración se aceleró, comenzó a jadear y a sudar, pero sus manos estaban frías. Vio con terror cómo el espectro se le acercaba cada vez más y más. Entonces se desplomó y perdió las fuerzas.

Cuando encontraron a Carlos estaba boca arriba, con los ojos abiertos aterrados. Un líquido espeso y oscuro se desprendía de sus labios, bajaba por su cuello y se perdía entre sus cabellos y el casco. Lo que más llamó la atención de la gente fue la cremallera de su pantalón... abierta de par en par.

*Hernán Arias Moreno*

Para ser alguien en la vida, alguna vez quise ser psicólogo, dizque para ser alguien... Hoy soy psicólogo, pero sigo sin saber muy bien quién soy. Me definiría entonces como algo raro, cambiante, inverosímil. Ser psicólogo es sólo mi profesión, una parte de mí, pero no lo es todo. Ahora intento escribir, pero eso no me hace precisamente un escritor... definitivamente será muy difícil saber a ciencia cierta quién soy, y aunque no tenga eso muy claro, sí sé lo que me gusta, y seguiré haciendo lo que me gusta: leer, escribir y amar.

# Historia tonta con argolla

*Fabio Nelson Osorno*

Todo empezó esa tarde; María había perdido su anillo de compromiso y no sabía cómo decírselo a Pedro, su novio, pues faltaban sólo cinco días para la boda. Ella era hermosa; sus ojos grandes y negros dejaban ver la pureza de su alma; su pelo, liso, largo y brillante, como brillan las estrellas en el cielo; su rostro, hermoso cual diosa, cual princesa sacada de un cuento de hadas; sus labios, tan pequeños, tan suaves, provocativos e insinuantes inspiraban grandes deseos.

La búsqueda comenzó después de que Pedro llamara al detective Juan, un hombre alto y corpulento de piel blanca y poco pelo, pues era su cabeza en la única parte del cuerpo donde se reflejaban sus sesenta años. Usaba unas botas hasta el tobillo, negras y puntudas de reluciente brillo, un pantalón negro de paño y una camisa blanca, desabotonada hasta el pecho y con las mangas dobladas hasta el codo. Llevaba también unas gafas negras y grandes que tapaban sus pobladas cejas y un particular sombrero de medio lado.

—¿Cuándo fue la última vez que vio la argolla? —preguntó a María.

—Hoy en la mañana cuando me la quité para ducharme, desde eso no la veo.

Esa respuesta bastó para que el detective iniciara la exhaustiva búsqueda. Siguió las huellas de María desde donde se desvistió y se quitó las joyas, hasta el interior de la ducha.

Sobre la mesa de noche de su habitación, donde ella le dijo al detective que ponía siempre la argolla, había una cajita musical como joyero. Juan empezó a sacar las joyas una a una y a observarlas meticulosamente: todas eran de oro; la cadenita con el dije de María Auxiliadora que le dio a María su papá cuando cumplió los quince años; la pulsera con las iniciales P y M que le regaló Pedro cuando cumplieron su primer año de novios; el reloj que le trajo su tía de París y unos treinta pares de aretes y la misma cantidad de anillos, hermosos.

Después de vaciar la cajita musical, Juan pasó a revisar todos los cajones del armario en el que María guardaba su ropa, muy bien doblada y organizada de acuerdo con el color de cada prenda. Desdobló cada una de las blusas, pantalones, vestidos y sostenes con mucho cuidado, poniéndolos sobre la cama, con el fin de que si algo caía no se perdiera en el piso; luego sacudió uno a uno los veinticinco pares de zapatos, tacones altos y bajos, hermosas sandalias y unos cuantos zapatos deportivos.

Faltaba el último cajón por revisar, el de arriba, Juan se subió en una silla que había al lado de la cama de María para sacar las sábanas, los tendidos de cama, las fundas de almohada y las dos grandes y pesadas cobijas ecuatorianas.

Eran ya las dos de la madrugada y debió suspender la búsqueda para continuar al otro día.

A las ocho en punto de la mañana debía llegar a casa de María; se puso sus puntudas y negras botas, las grandes gafas que tapaban sus cejas y su sombrero de medio lado. Llegó puntual, entró en la habitación de María y continuó buscando la argolla. En el tocador había varias colonias con auténticas fragancias traídas de Francia, cremas de manos de diversas marcas, talcos para el cuerpo y maquillaje; todo, menos la ansiada argolla.

Ya estaba cansado. Fue a la cocina en busca de un café, cuando sintió la cerradura de la puerta principal. María había llegado ansiosa.

—María, deberías estar trabajando, aún no encuentro tu argolla.

—Es por eso que regresé, es que no la he perdido.

—Entonces, ¿cómo explicas todo esto?

—Lo hice porque era la única forma de hacerte venir hasta aquí, sé que vives muy ocupado.

—Perdóname, pero no entiendo nada.

—Perdóname tú, Juan, es que llevo años deseando estar en los brazos de un hombre como tú.

—¡Pero te vas a casar!

María lo calló con un beso y cayeron, uno encima del otro, en el diván de la sala y se olvidaron de la argolla. Juan quitó una a una las prendas de María, en medio de ardientes besos y prohibidas caricias. Bajó sus manos por las caderas de María mientras besaba su cuello y soltó su vestido, subió hacia sus senos sin dejar de besarla y, cuando iba a soltar su sostén, en una de las cargaderas encontró la argolla.

*Fabio Nelson Osorno*

Estudio Licenciatura en Educación con énfasis en Inglés. Para escoger mi carrera traté de mezclar dos cosas que me apasionan: el inglés y trabajar con los niños y jóvenes. Soy soltero por la voluntad de Dios o por pobre y feo. Escribo porque es la forma de expresarme, de liberarme y de vencer el miedo a la soledad. La escritura me hace reír y llorar; la lectura me permite saber que no sé escribir; la escritura y la lectura se convierten en mi esposa y mi amante; la verdad es que no quiero dejar a ninguna.

# La ventana

*Felipe Sánchez Hincapié*

Clementina y Julia son dos hermanas que viven en una casa grande del barrio Prado. Las enormes ventanas con sus finísimos marcos y rejas negras contrastan con las paredes y columnas blancas, dándoles a los visitantes la impresión de que es un lugar apacible y ordenado.

Clementina y Julia son las residentes más antiguas de esa cuadra, y es que sesenta años habitando la misma casa es mucho decir. Allí están las dos desde el mismo día en que nacieron, porque no se quisieron ir para otra parte; su papá se las heredó y el resto de sus hermanos hizo vida aparte.

Clementina, hay que reconocerlo, es la más agraciada. A pesar de sus años conserva una figura envidiable. Habla francés y toca el piano como si fuese toda una niña prodigio. Julia también tiene su encanto y es más elegante para vestir. Ninguna de las dos se casó: Clementina porque se considera una mujer liberada; Julia aún conserva las esperanzas de encontrar un hombre digno. Pero las dos reconocen que dieron mucho de qué hablar en sus años mozos. Una cosa era cuando su papá las sacaba a pasear los domingos por la mañana y otra muy diferente cuando, acolitadas por su madre, salían de noche con los muchachos de la cuadra. Cuando muchos creían que estaban en la Escuela Normal de Señoritas, cumpliendo con sus deberes académicos, se iban a “vitriñar” a Junín, fumaban y coqueteaban con cuánto galán las halagara.

Ambas se ríen de esos años y en el fondo desean devolver el tiempo hasta aquellos días cuando ninguna de las dos se

preocupaba por responsabilidad alguna. Las dos son chismosas y es sagrada para ellas la cita en la ventana a las cuatro de la tarde. Ven pasar a sus vecinos mientras indagan sobre los detalles de sus vidas.

—Esa casa siempre se mantiene sola —dice Clementina.

—Verdad, vos. Yo sólo vi entrar ahí a alguien una vez —comenta Julia mientras examina la gran casa de puertas y ventanas de madera pintadas de verde olivo con un frondoso jardín de claveles rojos.

—¿Cuándo, que yo no me di cuenta? —pregunta Clementina exaltada.

—Hace una semana —responde Julia.

—¿Y quién era? —Clementina está deseosa por saber quién es el habitante de la casa.

—Un muchacho hasta lo más de “pintoso”. Claro que no llegó solo porque venía con una muchacha —comenta Julia.

—¡Ve, o sea que tenemos nuevos vecinos! Hay que hacerles la visita —propone muy decidida Clementina.

—Sí, porque estaban pidiendo un platal por esa casa. ¿Te acordás que ahí vivía don Ernesto? —Julia se pone nostálgica.

—¡Ay, sí! Cómo era de querido don Ernesto con papá; era muy amigo de él. Además su hijo, Manuel, era un primor. Yo salí con él y me lo rumbié —recuerda Clementina entre carcajadas.

—¡Ve a esta tan animada! Y yo que quería salir con él, pero nunca me paró bolas —Julia está desconcertada.

—Ay, hija, quién la manda a ser tan de malas —le reprocha Clementina.

La tarde permanece sin ninguna sorpresa, hasta que llega una visita muy particular.

—Jumm, ¿quién será ese? —Clementina se empina como si se fuera a salir por la ventana.

—Sentate, boba, de más que debe ser un amigo de la pareja esa —Julia le jala la manga de la camisa y Clementina se sienta en su sitio a regañadientes.

El hombre toca la puerta con fuerza, mira las ventanas y recorre el jardín ansiosamente por unos momentos. Su llamado es respondido, la puerta se abre y, como si un agujero negro lo devorase, entra en la casa.

—Eso está muy raro, ¿viste la sospecha con la que entró? Ahí hay gato encerrado —supone Clementina mientras se pasa la mano por la barbilla como si fuera un detective.

—Dejá de meterte ideas en la cabeza —la regaña Julia.

—¿Ideas? Espere y verá —advierte Clementina.

Dicho esto se oyen varios disparos, y como si el viento les asestara un golpe, las dos hermanas se tiran al piso protegiéndose de semejante balacera.

—¡Ay, Dios mío, aquí fue! —grita Clementina

—¡Santa María, por Dios! —empieza Julia a invocar a todos los santos de su devoción.

—¿Si ve que eso pintaba raro? —dice Clementina mientras se arrastra sobre el tapete buscando un lugar seguro.

Termina la conmoción y las dos hermanas se asoman por la ventana con mucho cuidado. Nadie sale de la casa y la tensión permanece. Con el paso de los minutos llegan dos patrullas de la policía. Dos agentes derrumban la puerta. Uno de ellos ordena a sus compañeros que llamen a una ambulancia; aunque luego se retracta y pide que vengan la Fiscalía y Medicina Legal. De ahí en adelante todo es un caos, unos cuántos curiosos se asoman. Clementina y Julia se olvidan de hacerles la visita a sus vecinos y, horrorizadas, ven cómo salen los agentes con tres cuerpos.

—¡Por Dios! —grita Clementina angustiada.

—¿Por qué pasaría eso? —pregunta Julia, mientras se da la bendición repetidas veces.

—¡Yo qué voy a saber, boba! Cerrá esa ventana mujer, no nos vayamos a ganar un tiro nosotras —ordena Clementina.

Nerviosa, recorre a paso largo la sala. Julia cierra la ventana. Luego las dos se abrazan y Clementina mira uno de los extensos pasillos de la casa. Y como si el tiempo desfilara por ahí, recuerda cómo su padre un día las regañó y les advirtió que se llevarían un buen susto por estar sentadas a toda hora en esa ventana.

### *Felipe Sánchez Hincapié*

Nací en Medellín en 1989. Soy artista visual y estudiante de Comunicación Social de primer semestre de la Funlam. Artista visual de la Escuela Superior Tecnológica de Artes Débora Arango. Me gusta escribir y dibujar como una forma de hacer memoria. El rock y el humo de los cigarrillos acompañan ese camino a veces placentero, a veces doloroso, que es la vida misma. Sueño con muchas cosas, pero sobre todo con hacer de la escritura y la imagen una vivencia diaria que me ayude a percibir el mundo de otra manera.

# Miguel

*Bertrille Blandón*

Cuando tenía siete años todo era muy distinto, las cosas eran más pequeñas y más hermosos los sueños. Vivía en una casita arriba de la montaña con mi padre y mi abuela. A veces no alcanzaba a ir a la escuela por el invierno, entonces me quedaba a ayudarle a la abuela Tita en todas las cosas de la casa. Aprendí a hacer sancocho ahumado y tamales tolimenses; aprendí a desgranar los frijoles y a no dejar regar la leche cuando hierva. Nos sentábamos en la mesa de la cocina a preparar la comida y de paso le contaba mis historias de la escuela.

—Mijo, no deberías comportarte de esa manera, porque te puede castigar la maestra.

—No, Mamita, si ella no me ve cuando les pego puños.

—¿Acaso te crees el más valiente de todos? —preguntaba la abuela.

—Sí, y también el más grande y fuerte. Por eso los voy a vencer a todos.

Y entonces mi abuela reía conmigo después de todo.

No conocí a mi madre, murió al darme a luz. Por eso, la imagen materna siempre fue la abuela Tita: una mujer hermosa, feliz, entregada al hogar y a la familia, muy saludable.

Un día le pregunté:

—Mamita, ¿cuántos años tienes?

—¿Para qué, mijo? Tú todavía no sabes contar.

—¿Por qué la gente se muere? —le pregunté.

—Porque Dios los necesita —me dijo.

—Yo no quiero que Dios te necesite, Mamita.

—No hables más de esas cosas, que se te va a enfriar la comida.

—Mamita, prométeme una cosa.

—¿Qué cosa, mijo?

—Que no te puedes morir sin que yo me muera primero.

—¡Qué cosas dices, mijo! Las arrugas que tengo cuentan años de desgaste y cansancio, tus mejillas todavía se ven rosadas y ni siquiera has terminado tu primer año de escuela.

—Sólo prométemelo, Mamita, o no me como la comida... Estoy esperando, Mamita, a que me lo prometas —repliqué.

—Está bien, está bien, mijito, te lo prometo, pero come ya que se te enfría.

De ahí en adelante se lo recordaba cada vez que tenía la oportunidad, y más aún cuando por razones de sus achaques le tocaba guardar unos días en cama. Entonces le decía:

—Mañana estarás bien, Mamita: tú no puedes morirte, ¿lo recuerdas?

Y salía corriendo, para no escucharle la respuesta de sus arrugas y cuántas cosas más que yo no entendía.

Yo sólo quería que la muerte, esa extraña cosa que se había llevado a mi madre al nacer y que me había privado de una infancia normal con una mamá a la cabeza de un hogar tal vez más lleno de hermanos y juguetes, no se llevara la única parte hermosa de mi existencia, la paz y la alegría de todos mis días.

Al año siguiente, la abuela comenzó a enfermarse con más frecuencia, se pasaba mucho tiempo dormida en la cama y cuando le preguntaba qué le pasaba, me decía que sólo era pereza y que quería dormir todo el resto del día. Con el tiempo, yo ya no creí en esa versión y comencé a poner más atención sobre el asunto de la abuela. Revisé las fórmulas que le dejaba el médico en su nochero y, aunque no podía entender, al ver que eran tantos remedios, me convencí de que el asunto era serio. Observaba a mi papá más triste y silencioso, sin querer jugar a los ladrones conmigo, y me preocupaba aún más.

Una noche, después de un día difícil para la abuela, no podía conciliar el sueño y fui al baño para hacer pis -como decía en aquella época- y de regreso en la cama, oí a mi padre en su habitación hablando solo, me detuve y me asomé por debajo de la puerta. Lo vi de rodillas, rezándole a la Virgen, pidiéndole que se llevara a su mamá a descansar ya, que no era justo tenerla en este valle de lágrimas. Lo único que entendí fue que se la llevara a descansar, pero igual no entendía por qué mi abuela se la pasaba descansando, y valle de lágrimas no significaba nada para mí en aquel entonces.

Sin embargo, cuando me acosté en la cama y pensé un poco más, recordé a la temida muerte y lloré toda la noche... Después de eso, me quedaba solo en los corredores de la casa y no iba a visitar tan a menudo a la abuela, hasta que se me ocurrió una idea.

Esperé a que llegará la noche y fui a un cuarto que tenía mi papá lleno de chécheres, sobre los que él decía que: “no se los botaran porque alguna cosa puede servir pa’ más después”; busqué y encontré un traje blanco como para vestir santos y me lo puse sin pensarlo dos veces.

Entré en la habitación de la abuela.

—Mamita, ¿me oyes?... Mamita, ¿estás dormidita?

—Sí, mijo, te estoy escuchando, ¿qué haces aquí? Deberías estar en tu cama —lo dijo muy despacio y pausado.

—Disculpa la hora, Mamita, pero te traigo una razón importante.

—¿Y por qué vienes con esas ropas? ¿Dónde está tu pijama?

—Ya te lo explico, Mamita. Recuerdas que me dijiste que cuando uno se muere es porque Dios lo necesita a uno.

—Claro que lo recuerdo.

—Esta semana llegó un correo de Dios, Mamita, y tuve que salir muy rápido a ayudarlo, los asuntos del cielo son muy grandes y por eso vengo para que vengas conmigo y me ayudes.

—¿Ayudarte?

—Necesitamos hacer una comida especial para Dios y sólo a ti te quedan deliciosas las comidas especiales. Ya hablé con Dios y estuvo de acuerdo con que vinieras a ayudarnos.

—Sería maravilloso que Dios se acordará de mí —fue lo que me respondió.

—Por eso vine a decirte que descanses, que mañana tendrás mucho que hacer. Además, nuestra promesa ya se cumplió, yo llegué primero —me eché a reír.

—Está bien, mijo. Cuando yo llegue, tenme el agua caliente en una olla grande como me gusta.

Le di un beso en la mejilla y me fui llorando a mi habitación, esperando que hubiese entendido que nuestra promesa estaba rota, porque yo no cumplí eso de morirme primero.

## Stora souvenir\*

*Vanessa Cardona Henao*

“Pero, ¿por qué?”, le pregunté a Clara, mi esposa, que estaba sentada de copiloto. Después de mil compras me había dicho que quería una cuna de ocho millones de pesos para nuestro hijo, que nacería dentro de tres meses.

—Quiero que esté cómodo —dijo ella—, que cuando se caiga no se golpee contra el suelo, sino que lo reciba una gran almohada.

—Pero hay pocas posibilidades de que se caiga —dije—. ¿Por qué no comprar una más barata?

—Pero esa me gusta. Comprémosla, así sea de segunda.

Clara hizo un gesto que me conmovió el corazón, sus ojos se aguaron y con su boca hizo un puchero.

—Está bien —la tranquilicé, mientras arrancaba del semáforo en rojo—. Quiero que mi bebé este feliz y si esa cuna lo hace y te hace feliz, haré lo que pueda.

Acaricé su enorme barriga, pero me concentré tanto en mi bebé que olvidé mirar al frente. Cuando reaccioné ya había chocado fuertemente contra un Volkswagen que estaba adelante. Afortunadamente no había pasado a mayores, me

---

\* Gran recuerdo, en sueco.

desabroché el cinturón y abrí la puerta con la intención de sacar a mi esposa. Pero en medio segundo pasó todo: vi cómo un camión se acercaba veloz, ella gritó aterrorizada y no tuve tiempo de sacarla del automóvil. El camión nos arrastró muchos metros hasta voltear el carro por completo. Boca abajo miré a mi esposa ensangrentada, quise abrazarla y llorar encima de ella, pero sentía como me iba, escuchaba un sonido insoportable.

El sonido se intensificó. Abrí los ojos y me encontré en una cama, mejor dicho en mi cama, pero noté que mi esposa no estaba. Apagué el reloj despertador, me levanté y tomé mi bastón, como siempre. Me dirigí a las escaleras y bajé con la esperanza de encontrar a Clara y de que todo hubiera sido una pesadilla.

—Buenos días, querido, ¿quieres desayunar? —dijo alguien cuando me oyó en las escaleras.

Me adentré en la cocina y encontré a Priscilla, mi esposa desde hace 12 años. El recuerdo que me producía mi primera esposa había causado en mí una tristeza profunda, la misma que me invadió tres años después del trágico accidente. Me paré en seco, ya que una imagen se vino a mi mente causando malestar: Clara sirviendo el desayuno y nuestro hijo dándome los buenos días.

Algo confuso, continué mi camino, saludé a Priscilla evitando que se diera cuenta de lo que me pasaba, y me senté a desayunar.

*Vanessa Cardona Henao*

Medellín, 1993. Estudiante de segundo semestre de Comunicación Social de la Funlam. Escribe cuentos, poemas y novelas. Escogió su actual carrera por amor al periodismo. En el futuro se dedicará a la prensa escrita.

# Recordando a Lucho

*María Leticia Vélez Pérez*

La voz angustiada de Alejandro, uno de mis hermanos, llegó a mis oídos, portadora de una mala noticia: “¡Rápido, rápido, a Lucho lo pisó un carro y está tirado en la carretera!”.

Me desperté súbitamente, sorprendida y medio ensordecida por el grito, pero sin saber si era producto de un sueño, lo que hizo que no midiera el alcance de sus palabras. Me incorporé, ya que estaba tendida en el pasto disfrutando de una deliciosa siesta.

A mi mente llega claramente el recuerdo de aquel lugar, que estaba un poco alejado de la carretera y el que fue uno de mis favoritos en los años de infancia. Era en la finca El Respaldo, ubicada en el norte antioqueño, donde junto con mis padres, hermanos y algunos primos, disfrutábamos de las vacaciones de mediados y de final de año. Era el 16 de diciembre, día de los aguinaldos, fecha especial porque todo era un goce haciendo el pesebre para esperar la llegada del Niño Dios.

Al mirar hacia el horizonte pude ver la figura de Alejandro, quien corriendo se alejaba del lugar por el camino que conducía hacia la casa; fue entonces cuando reaccioné y sentí que mi corazón se estremecía al comprender que no se trataba de un sueño. De inmediato eché a correr en la misma dirección y llegué a la carretera, donde efectivamente estaba el cuerpo de Lucho.

Lo primero que vi fueron sus ojos que se cruzaron con los míos y en los que se reflejaba un gran dolor; su cuerpo tendido

en la carretera se veía más grande de lo que era. Cuando intenté correr hacia él, algo me detuvo: un carro venía a toda velocidad y, en mi presencia, le pasó por encima y terminó con lo que quedaba de su vida. ¡Siento un inmenso dolor al recordar aquella escena!

Yo tenía doce años y Lucho tenía nueve; desde mis escasos tres años tuve la fortuna de compartir con él mis mejores momentos. Recuerdo especialmente los programas que hacíamos en familia para irnos a bañar al río que quedaba a una hora de camino; durante el trayecto nos divertíamos cogiendo moras, corriendo y arrojándonos en la manga, y él, que era el más juguetón, se nos lanzaba encima, lleno de alegría y gocijo.

Sin entender por qué mi hermano me había dejado sola en esos momentos, tomé el cuerpo de Lucho entre mis brazos y lo sentí pesado como nunca; sin embargo, saqué fuerzas y me dirigí a la casa. Mi paso se hizo lento y eterno, pero cuando por fin pudo divisar la casa, ya venían muchos a mi encuentro, entonces no pude contenerme y rompí en llanto.

Lo demás ya pueden imaginarlo; todo fue dolor, confusión y caos, pero sobre todo mi corazón de adolescente no podía entender por qué eso nos estaba sucediendo y, además, en esa noche de aguinaldos, que sólo representaba alegría para todos.

Hay sobre esta historia una anécdota que hoy recordamos y en las reuniones familiares hasta nos hace reír. Cuando Alejandro llegó corriendo a la casa, mi mamá estaba atendiendo a una visita; se trataba de unos nuevos vecinos de la finca que todavía no nos conocían a todos. Las palabras de mi hermano fueron: “Mataron a Lucho, mataron a Lucho”, y ellos empezaron a consolar a mi mamá.

¡Oh sorpresa se llevaron cuando supieron que Lucho era nuestro perro!

*María Leticia Vélez Pérez*

Nací en Santa Rosa de Osos, no precisamente en la Calle Real al lado de la casa del Obispo, sino en la calle La Quinta al final de la cuadra. Me gustan el campo, la poesía, la música clásica y levantarme tarde. Estudié Contaduría Pública en la Universidad de Medellín. Actualmente estoy cursando Maestría en Tributación y Política Fiscal. Me desempeño como asesora tributaria y docente universitaria, y participo por primera vez en el Taller Literario de la Funlam.